

LA GRAN... Segunda parte de 3

## 6

### De maestros, mesías y profetas

*Por ejemplo: un cubo con seis paredes*

A veces tengo que imaginarme al hombre como un ser encerrado herméticamente entre las seis paredes de un cuarto cúbico sin salida, sin ventanas, sin cristales transparentes que le permitan ver —o sentir, o vivir— el exterior. Es una situación, llamémosla simbólica si queremos, ante la cual se pueden adoptar diversas actitudes.

La primera, ignorar el encierro, aceptar ese espacio vital con el que se cuenta, y construirse la existencia con arreglo a un condicionamiento previo.

La segunda, tomar conciencia de la falta de libertad, de la imposibilidad radical de escapar de esa celda de los sentidos, con la consiguiente angustia existencial que tal reconocimiento lleva consigo.

Una tercera consistiría en lanzarse de cabeza contra uno cualquiera de los muros y astillarse definitivamente el cráneo en un intento, tan inútil como desesperado, de acceder a una libertad para la que la dureza de nuestros huesos no estaría preparada.

Aún una cuarta —y siento que nos acercamos a un estado ideal e hipotético del ser humano— exigiría un eventual en-

trenamiento, instintivo y personal, de nuestra entidad física, que nos permitiría acceder a un grado de simbólica dureza ósea suficiente para romper, sin excesivo peligro, uno de los muros y salir al exterior y respirar definitivamente un aire de libertad por el contacto directo con ese mundo real —trascendente y mediato— que hemos intuido en un instante u otro de nuestra vida, pero que nunca nos ha permitido levantar ni un simple ángulo de la cubierta que lo esconde para acceder a su esencia.

Esta última actitud cabe tomarla, a su vez, de muy distintas formas. Una de ellas, por el esfuerzo personal puro, por el acto voluntario y casi sobrehumano de toda la personalidad —física y psíquica, intelectual y visceral—, que logra hacer estallar violentamente la barrera sensorial, engañosa y mediatizante, para provocar el surgimiento del espíritu a los horizontes transdimensionales de la suprarrealidad. Otra, mediante el uso *ritual* de determinadas sustancias que, de uno u otro modo, provocan o colaboran en la ruptura de los esquemas —léanse muros— que nos aprisionan en esa realidad, tan aceptada como aparente, de las sensaciones físicas. (Y doy a este término *sensación* su valor primario de estímulo de los sentidos, de captación mediatizada por intermedio de unos órganos físicos que, exactamente lo mismo que la computadora electrónica, nos da apenas el *resultado*, válido o no a niveles trascendentes, de un proceso de interpretación involuntaria de la realidad. Quiero decir que los sentidos —nuestros cinco sentidos occidentales o nuestros *seis* sentidos, si añadimos el mental, de las filosofías de Oriente— no nos dan una *visión*, sino una *interpretación* de la realidad, con lo cual siguen manteniéndonos simbólicamente prisioneros de ese cubo de *seis* lados desde el cual nunca lograremos vislumbrar los horizontes, para nosotros inalcanzables en principio, del auténtico cosmos, del universo suprasensible.)

#### *La apertura de una puerta*

Querría hacer notar la circunstancia de que, aunque he antepuesto en esta actitud el esfuerzo íntimo y propio, muy pocas veces el ser humano logra alcanzar por su solo impulso la ruptura de las barreras sensoriales o, empleando el ejemplo que usé anteriormente, muy pocas veces logra escapar de su

encierro rompiendo personalmente los muros que le separan de la realidad suprasensible. Lo normal —e insisto: normal siempre dentro de un contexto insólito e irracional— es que aquél que intenta escapar de su encierro recurra a otra persona que ya se haya liberado de él y que, desde el exterior —desde un plano de trascendencia ya alcanzada— le ayude o le indique el modo de alcanzar su propia liberación: su estado de conciencia superior.

En cierto modo, ese recurso es —sigamos empleando el símil del encierro cúbico— algo así como un grito lanzado desde dentro, una llamada de socorro al conocimiento que todos, en un momento u otro de nuestra vida, hemos sentido la necesidad visceral de lanzar, aunque luego —quién sabe si por no hallar respuesta o por habernos conformado con la primera voz que nos contestaba— la mayor parte de nosotros hayamos acallado nuestros propios gritos y, en el mejor de los casos, nos hayamos habituado a inventarnos o a aceptar un simulacro de trascendencia —de sacralidad o de religión— perfectamente adecuado al mundo engañoso que podemos percibir desde nuestro encierro sensorial. Y, sobre él, sobre nuestra misma alucinación esquizoide, hemos dejado descansar tranquilamente nuestra rebeldía cósmica de un solo instante.

Excepcionalmente, sin embargo, hay quien extrema su insistencia, hay quien no se conforma con el status fijado y mantenido por los sistemas religiosos o sociales establecidos como norma para la masa conformista de sus fieles. Esos inconformistas no pueden, en principio, aguantar el fraude de la feligresía y, aun sin conocer la eventual posibilidad de que haya algo cierto y real más allá de los muros de su prisión sensorial, intuyen esa realidad que ni siquiera saben aún si se halla en su universo —en su celda cúbica— o fuera de él, pero que, en cualquier caso, es o tiene que ser algo distinto a lo que el hábito y hasta las leyes aceptadas le han obligado a acatar como lo único cierto e inamovible.

Estos buscadores son los que tienen en su mente la certeza intuitiva de que existe una realidad al otro lado de la pura percepción sensorial, una realidad de la cual dicha percepción es apenas un reflejo engañoso. Su certidumbre les lleva a la necesidad de atravesar el muro y esa necesidad les conduce a la búsqueda, que comienza —creo que siempre— a ciegas y es como el golpear de las paredes de la celda, como un tanteo

que trata de hacerse sentir y que, al mismo tiempo, intenta adivinar el modo, el momento y hasta el lugar exacto por el que el muro puede ser accesible, frágil.

#### *La respuesta que llega del otro lado*

Puede suceder entonces que ese buscador encuentre a alguien que, de una u otra forma —porque la fórmula de acceso a la trascendencia no es única, sino que depende de contextos culturales y hasta de modos propios de enfrentar la vida y la realidad objetiva—, tenga en sus manos el instrumento preciso para romper las barreras del engaño sensorial. Alguien que haya logrado ya salir de su encierro y que esté, por lo tanto, en condiciones espirituales de colaborar con quienes desean encontrar ese mismo camino.

El buscador se entrega a él precisamente cuando han fallado sus propios intentos individuales de conseguir su fin. Quiere saber, a través suyo, qué hay al otro lado del conocimiento y cómo se llega a él. (Pero pongamos atención, pues se trata de dos deseos totalmente distintos. Querer saber qué hay al otro lado es una necesidad intelectual que implica, al menos en principio, la tácita renuncia a trasponer la barrera. Por el contrario, muy a menudo el hecho de alcanzar el otro lado implica la ruptura física y psíquica de los obstáculos —de los muros— que nos cierran el acceso, pero puede muy bien suponer al mismo tiempo que ese alcance de la realidad trascendente no implique necesariamente entenderla. Simplemente, se puede *asumir* la realidad y sentirse luego incapaz de razonarla, sobre todo si pensamos que esa realidad es esencialmente irracional. Así se da el caso que podemos comprobar en muchos místicos, los cuales, cuando tratan de contar lo que han vivido en sus *raptos*, lo hacen desde coordenadas estrictas e imposibles de semántica racional o se limitan a hacer descripciones en las que predomina fundamentalmente el absurdo y la irracionalidad.)

En esta misma doble vertiente de acceso —directo o indirecto— a la realidad suprasensorial se sitúan los seres que actúan como catalizadores de la ruptura —teórica o práctica— para los buscadores de la trascendencia. Dependen, tanto su labor como su finalidad, de que sirvan de ayuda al *reconocimiento* de esa trascendencia o de que colaboren acti-

vamente en la ruptura efectiva de los obstáculos que nos separan de ella. Depende igualmente su actuación de que su presencia sea meramente testimonial o de que haya en ellos una auténtica intencionalidad hacia los buscadores —o hacia la totalidad de los seres humanos— para que alcancen de alguna manera la conciencia o la vivencia de esa realidad. Cada una de las formas religiosas o filosóficas de la tierra tiene nombres determinados que designan y aclaran la categoría de estos seres y su lugar estricto en la función trascendente. Cifrándonos de momento a nuestro lenguaje habitual, creo que podemos designarlos, en una división que podría también encontrar toda una serie de categorías intermedias, como *santos*, *profetas*, *mesías* y *maestros*. Naturalmente, se trata de una división también convencional, pero puede servir, al menos, para la comprobación de que el acceso a la realidad superior implica categorías que no pueden en absoluto despegarse de su contexto humano —psíquicamente sensible— de donde parten siempre aquellos que la alcanzan, y a donde vuelven por necesidad, porque forman originariamente parte de él.

### *El mundo de los santos*

El santo tiene, para el buscador de trascendencia, un valor meramente testimonial, en el mejor de los casos ejemplar. Siempre dentro del símil del cubo-celda, el santo vendría a estar representado por los pasos que se escucharían al otro lado de los muros. Pasos que nos pueden hacer sospechar —o hasta adivinar fundadamente— la presencia de una entidad que sí parece haber logrado trasponer de alguna manera las barreras del conocimiento sensorial. (Pero quiero hacer hincapié en el hecho de que, al hablar de santos, no me estoy refiriendo exclusivamente a los que se integran en el santoral ortodoxo de las iglesias cristianas. Incluso, pensando en el hecho de que muchos de ellos lo sean efectivamente, hay que tener en cuenta que ese santoral incluye toda otra serie de categorías que van desde la designación unilateral de santidad por una determinada conveniencia política momentánea del aparato eclesiástico —el caso de ciertos monarcas santificados o el caso reciente de una distribución proporcional de santidades, con arreglo a los países que, en cada momento político, resulta conveniente halagar—, hasta el reconoci-

miento e incluso la personalización casi obligada y convenientemente alterada de entidades e incluso de símbolos sagrados de funciones precristianas que, en su momento, sirvieron para atraer al campo del dogma establecido a concretas comunidades que poseían previamente sistemas religiosos lo bastante coherentes para resultar difíciles de decantar hacia las nuevas creencias.)

El santo, pues, es un *testigo*. Recordemos, a este respecto, que la palabra *mártir*, que suele designar generalmente a los primeros santos —cronológicamente hablando— del santoral cristiano, significa en su acepción griega originaria «testigo», del mismo modo que el sustantivo *martyrion* significa testimonio. Y hay que pensar que, si los primeros cristianos llamaron testigos a sus correligionarios víctimas de la persecución, era precisamente porque, con su muerte ejemplar, alcanzaban una de las formas posibles de acceso a la trascendencia de la que habla su dogma; esa muerte, de forma ideal y según la fe, presumiblemente les permitiría *conocer* directamente la realidad divina prometida por la nueva creencia.

Sin embargo, el santo es un ser que, en el mejor de los casos, sirve apenas de ejemplo y nunca de ayuda, al menos prescindiendo del hecho de que el ejemplo en sí no sea un modo de llevar a cabo dicha ayuda. Trasplantando su significado a la filosofía budista, diríamos que es el ser que, habiendo alcanzado la posibilidad de acceder al *nirvana*, se queda en él, pero sin elegir el estado de *bodhisattva*. O pensando en términos de dogmatismo islámico, podríamos identificarlo con el *morabita* —hombre santo— cuya tumba sirve como testimonio de su existencia y supone un aviso para los fieles que, al visitarla y orar ante ella, reconocen su calidad de ser que alcanzó categoría superior.

### *El planeta de los profetas*

Metámonos en nuestro cubo-celda de nuevo. Quiero decir mejor, volvamos a sentir nuestra radical prisión física y nuestra incapacidad de trascenderla. Pero ahora no son ya pasos lo que oímos en el exterior, sino una voz que se dirige a nosotros y que nos da cuenta de la real existencia de ese universo exterior cuya certeza no podemos en modo alguno racionalizar.

La voz del profeta es un *anuncio*. Para reconocerla como tal, prescindamos primero de acepciones parciales. No pensemos sólo en el término como relativo al ser que augura desgracias o venturas futuras, como sucede en la mente general del mundo religioso judío, cristiano o islámico. El anuncio profético va mucho más allá de esa visión de acontecimientos. Es una ruptura tácita de los conceptos temporales, realizada por un ser que puede hacerlo, porque ha trascendido precisamente la dimensión que nos impide a nosotros tener conciencia de esa realidad. En el fondo, por más que nos empeñemos en adjudicar definiciones y en inventar términos que nos «expliquen racionalmente» la irracionalidad trascendente, todo el problema —simple y a la vez insoluble desde el punto de vista práctico e inmediato— estriba en nuestra dependencia de una dimensión que no sólo no dominamos, sino que nos domina y nos anula.

El profeta anuncia que ese dominio sobre la dimensión temporal es tan posible como lo es el que ejercemos sobre las tres dimensiones que llamamos espaciales del mundo físico en el que estamos inmersos: nuestra celda. Y pongamos atención, pues no es tan importante, muchas veces, la constatación irreversible de que el profeta que nos habla lo haga efectivamente desde el exterior —desde planos desconocidos de la realidad trascendente—, como el estímulo que, a niveles unas veces conscientes y otras inconscientes, produce en aquellos que le escuchan. El profeta puede ser perfectamente fraudulento, podemos incluso llegar a ser conscientes y a tener pruebas irreversibles del fraude y renegar de quien lo ha realizado. Esa comprobación, por negativa que pueda ser, afectará a la persona que sea descubierta en fraude, pero habrá despertado, al mismo tiempo y de todos modos, la conciencia de esa realidad, haciéndola presuntamente cierta a pesar de la falsedad evidenciada.

En el fondo, el hecho es que no existe nada que suponga creación de una realidad total y absolutamente imaginada. Si he dicho en otra parte que ningún loco podría creerse Napoleón si no hubiera existido Bonaparte en carne y hueso, es porque el ser humano resulta incapaz de imaginar una situación, un mundo o un hecho que, de una u otra forma, no tenga una razón cualquiera para formar parte de un concreto estado de la realidad. El dominio del tiempo y su consiguiente anuncio no podría haber sin antecedentes que señalasen, al

menos, la eventualidad de que tal hecho fuera cierto y posible. A partir de ahí cabe todo, desde la turbación mental que hace creer al individuo en su condición de profeta (y aun ahí habría que hacer un estudio en auténtica profundidad de las sinrazones que le han conducido a ese convencimiento), hasta el engaño tácito concebido con fines de manipulación directa de los seres humanos, lo que más adelante tendremos ocasión de ampliar.

### *La galaxia de los mesías*

Es una desgracia, ya inevitable, que después de tantos milenios nos sea imposible distinguir los pasajes relativamente originales de los evangelios (o de los libros sagrados) de aquellos otros intercalados a lo largo de los siglos y de las sucesivas versiones sufridas. Y ello a pesar de que profundos estudiosos de las teologías y exégetas de las escrituras sagradas han ido descubriendo no pocos fragmentos en los que se patentiza el constante afán manipulador de quienes intentaron a toda costa racionalizar el evidente irracionalismo sagrado de los libros, para contento de creyentes ciegos y, sobre todo, con el fin de justificar unas normas que, en tanto que jurídicas o morales, pueden servir de piedra de toque irrefutable —¡lo dicen los Libros!— para dar sentido a todo un proceso de dominio secular e inevitable sobre la masa de los fieles.

En cualquier caso, aun si tomamos los libros sagrados con una imposible frialdad —cosa que, a mi modo de ver, es absurda, porque lo presuntamente sagrado afecta al hombre en su totalidad y la frialdad sólo es posible cuando podemos escamotear una parte importante de nosotros mismos al fin perseguido—, se nos evidencia que, tanto en las escrituras tradicionales como en los escritos pretendidamente sagrados —o sacralizados— que han comenzado a proliferar con la aparición de las nuevas religiones tecnológicas y tecnocráticas, los personajes mesiánicos surgen como seres que, conocedores de los caminos de acceso a la realidad trascendente, *colaboran activamente* con los seres humanos, confirmandoles en su esperanza de liberación e indicándoles el modo de alcanzar esa trascendencia en la que, en cierta manera, se encuentran ellos mismos, para reunirlos a todos en una especie de *rebaño de elegidos*.

Los mesías, pues, parten de la posible o evidente certeza de poseer las claves —los instrumentos— que resultan más a propósito para romper los muros de la cárcel dimensional en que se halla el resto de la humanidad, sacan de ella a quienes son más aptos, y con ellos fabrican la secta o la religión —religión en su sentido estricto— destinada, precisamente por haber alcanzado un estadio superior, a ser guía del resto de los hombres, a los cuales, quieran o no, pretenderán sacar a su vez de su prisión o —más corrientemente— les dominarán desde su posición privilegiada.

Así, en el mesianismo se establecerá irreversiblemente una pirámide que, en esencia, tendrá tres capas: la primera, cúspide y cima del movimiento trascendente, formada por la masa exigua de los adeptos más fieles —los primeros, los puros, los discípulos—, que serán los *proféticos* difusores de la realidad descubierta gracias al instrumento liberalizador del mesías y, en calidad de tales, dirigentes indiscutidos de la tercera capa, constituida por el resto de los hombres. De este modo, la indudable grandeza primera de todo movimiento mesiánico —o de todo auténtico mesías— se ve disminuida en tanto que el ser humano, ocupe la posición que ocupe y alcance el estadio que pueda en el escalafón sacralizado, vivirá su trascendencia en un estado de dependencia que restringirá notablemente la libertad esencial que el mismo conocimiento superior exige. Y cada ser integrado en la pirámide, cualquiera que sea la altura que ocupe, tendrá siempre por encima de él una autoridad restrictiva de libertades, al tiempo que él mismo será esa autoridad esclavizante para quienes tenga por debajo.

#### *El cosmos de los maestros*

Tengo la sospecha de que también el término maestro, como tantos otros, ha sido deteriorado por las interpretaciones manipuladoras de nuestro mundo. La proliferación, sufrida por la casi totalidad de la humanidad occidental, de llamados maestros —o profesores o catedráticos— dedicados incansablemente a meter en las mentes jóvenes unos conocimientos que, por inasimilables en muchos casos, suelen enquistarse y atrofian las capacidades que tiene el ser humano de actuar por cuenta propia, ha hecho que el maestrazgo se haya convertido en una forma más de manipulación, posiblemente la primera en la vida

del hombre, y consecuentemente la más grave, puesto que supone el lento y a la vez violento encajamiento del ser, desde sus primeras etapas vitales, en las estructuras inamovibles de un mundo concebido expresamente para mantener dominado al hombre, cuadriculado en sus esquemas artificiosos y esencialmente reducido en sus recursos de ente en evolución por una monstruosa estructura socio-político-religiosa que le marca los estrictos límites por los que podrá actuar y le «educará» en el temor visceral a cualquier escape de las reglas previamente determinadas y convenientemente insufladas en la mente desde los años escolares.

El maestro, sin embargo, es otra cosa en su sentido originario, el que pretendo traer aquí: el mismo que fue en su acepción gremial durante la Edad Media y sigue siéndolo en la práctica del budismo Zen. El maestro no enseña cosas, puesto que su enseñanza se limita (y no es poco) a *despertar* las potencias trascendentes de quien se pone en sus manos como discípulo. No exige que se le escuche, sino que provoca la iluminación en el interior del discípulo. No da normas para que se la alcance por el conocimiento, sino que colabora en la creación de modos personales e intransferibles para encontrarla cada cual.

Si hemos de volver —y lo haremos, ya que empezamos con ella— a la cárcel cúbica en la que el hombre está encerrado por la acción de sus sentidos, el maestro es el ser que, desde fuera, nos proporciona los medios para que seamos nosotros mismos quienes nos liberemos. Y lo hace de tal modo que su figura y hasta su persona no sean posteriormente —después del acceso del discípulo a la trascendencia— objeto de dependencia. Ese discípulo será, gracias a su acción, un ser lo suficientemente liberado de trabas como para no estar siquiera sujeto a la autoridad del maestro, ni un instante más de lo que sea imprescindible para su acceso a la vivencia o al conocimiento de la realidad que buscaba y necesitaba encontrar.

En cierto modo, la actitud del maestro debería ser concebida como igual y de sentido contrario a la del psicoanalista freudiano. Éste, ante un ser humano afectado (¿o habría que pensar acaso que «agraciado»? por un desequilibrio anímico de insatisfacción ante el mundo circundante, le va obligando a reconocer por sí mismo las causas profundas de su trauma; mientras tiene lugar el análisis, el paciente pasa por un estado de profunda dependencia —*transferencia* es el nombre que recibe en ese caso— hacia su mentor, un estado que, en cierta manera, le

provoca la necesidad de hacer patente, a niveles de consciente, todo su problema, para reintegrarse al estado que llamamos normal y al contexto social, familiar y profesional en el que desarrolla su vida. Una vez alcanzado el objetivo —y muchos psicoanalistas insisten en que es el paciente quien lo consigue, bajo la mera dirección del médico— la transferencia debe desaparecer y el ser humano en cuestión queda integrado a su entorno. Cambiemos la integración por la liberación personal, aun en su sentido más amplio, y probablemente habremos penetrado en la significación más auténtica del maestro a niveles de trascendencia, en tanto que piedra de toque que hace reaccionar al espíritu hacia el conocimiento, pero sin influir directamente sobre él mediante esa actividad que normalmente llamamos enseñanza, de saberes impuestos, de normas preconcebidas o de caminos previamente señalados.

### *Modelos para el maestro*

Hace poco tiempo, una llamada telefónica a propósito de qué sé yo qué me puso en contacto con una persona que se declaraba a sí misma ferviente krishnamurtiana y me habló del grupo formado en Madrid por sus seguidores, insistiendo mucho en la necesidad —recuerdo muy bien sus palabras— «de que nos conociéramos y trabajásemos juntos los que pensamos de igual manera».

Tengo que declarar anticipadamente que experimento un profundo respeto ante la necesidad que mucha gente tiene de sentirse unida, precisamente porque sólo esa unión parece darles respuestas personales afirmativas y sostenerse con sus principios frente a un mundo que, en su inmensa mayoría, ignora, desprecia y hasta llega a atacar cualquier práctica o culto que pueda representar algún tipo de superación individual o colectiva sobre el encierro general o sobre la manipulación que trata, a todos los niveles, de mantener al ser humano en la dependencia más absoluta de sus necesidades inmediatas, naturales o creadas artificialmente. Pero ese respeto que siento no significa en modo alguno que crea que cualquier tipo de sectarismo (y quito a la palabra, esta vez al menos, todo el sentido peyorativo con que solemos cargarla) pueda ayudar realmente a la superación efectiva del ser humano, al *encuentro consciente con la realidad trascendente*.

que ha de ser, por necesidad, íntimo, individual y privado.

Viene esto precisamente a cuento de mi radical incompreensión ante un grupo que, a través de mi interlocutor, se declara ferviente seguidor de un maestro —Krishnamurti— que se ha negado sistemáticamente a aceptar los continuos intentos de convertir su enseñanza en doctrina mesiánica y a su persona en mesías, desde aquellas ya lejanas fechas de 1923 en que la Sociedad Teosófica, a través de sus dirigentes Annie Besant y C. Leadbeater, le proclamaran como tal y crearan para él la Orden de la Estrella de Oriente, que el mismo Krishnamurti se encargó de disolver seis años después, convencido de los peligros que entraña cualquier tipo de dependencia hacia una persona o hacia una creencia determinada, sea cual sea y aunque esté —como muchas lo están, en efecto— empapada de maravillosos sentimientos y de trascendentales intenciones.

Krishnamurti es uno de los escasos modelos de maestro con nombre propio que aún sería posible encontrar en nuestro mundo. No quiero decir que sea el único, pero tampoco querría limitarme a citas de maestros indios o tibetanos o japoneses, que sólo darían una visión parcial del maestrazgo. Y la darían precisamente porque la *moda* de nuestro momento cultural ha conducido preferentemente a una decantación hacia Oriente por parte de los buscadores de la realidad, pero tal decantación se ha producido por puro rechazo ante las demasiado abundantes manipulaciones sufridas entre nosotros, muchas veces hábilmente dirigidas desde la sombra por los grandes grupos de presión.

#### *¿Pero por qué Oriente?*

Naturalmente, la que acabo de señalar es, posiblemente, una razón inmediata y hasta multitudinaria —aunque pensemos siempre a niveles relativamente minoritarios—, pero no cabe duda de que las cosas no resultan tan sencillas de explicar. Y malo sería que lo resultasen. E incluso cabe pensar que, muy a menudo, esas mismas cosas tienen un trasfondo en el que se hallan, a la vez, sus razones profundas, más todo el cúmulo de ventajas e inconvenientes que acarrear.

Hay que plantearse que, en muchos aspectos, la filosofía oriental lleva ventaja sobre la occidental en lo que atañe a

una faceta clave de la comprensión y hasta de la vivencia de la realidad trascendente: su sentido dimensional del tiempo. Olvidémonos de la boyante industria relojera japonesa, porque nada tiene que ver —al menos en su esencia— con una posible prueba de conceptos equivocados en el tema que aquí tratamos. Incluso, rizando el rizo, se podría pensar —y juro que no lo digo en tono de broma— que Japón, con su inundación de tecnología a niveles mundiales, ejerce ya el dominio de Occidente —o de buena parte de él—, atacándole con sus propias armas, con sus propios juguetes, y preservando las suyas —la espiritualidad shinto o búdica, el *kôan* o las artes marciales— para su exclusiva evolución. Fijémonos, siguiendo el ejemplo de Japón; en el hecho de que, siendo hoy probablemente el país tecnológicamente más avanzado del mundo —y si no lo es va a serlo en la próxima década—, conserva incólumes sus estructuras espirituales, su filosofía y su *Weltanschauung* desde centenares, desde millares de años. Que aun siendo el país con mayor renta per cápita del mundo, sigue teocráticamente regido por un emperador celeste —sí, celeste, aunque vista una anacrónica moda occidental en sus escasísimas apariciones públicas—, gobernado por una clase *samurai* que apenas ha trocado la armadura demoníaca por la chaqueta bien cortada, y habitado por un pueblo que, aunque aprende en masa el manejo de las técnicas de la informática, sigue haciendo de la ceremonia del té un acto de sumo conocimiento, una auténtica *religión* en su más estricto sentido, puesto que constituye la base de la intercomunicación humana, más allá de los microprocesadores que mueven sus fábricas.

Muchos podrán decir que Japón está fuera de juego respecto a nuestra época, al menos en ciertos aspectos como los que he mencionado. Sin embargo, pienso de modo distinto. ¿Acaso no estaremos asistiendo a una auténtica y radical ruptura de las reglas cronológicas que nosotros, los occidentales, nos hemos impuesto y tratamos de imponer a los demás?

Porque la lección del Japón está muy lejos de ser, como pretenden algunos optimistas partidarios del salvaje inocente y feliz, una nueva simbiosis de folklore y tecnología artificialmente conservada en el mundo moderno. Japón, exactamente lo mismo que puede suceder con China dentro de muy breve tiempo, ejerce su arcana sabiduría para enfrentarse a la exigencia que pretende imponerle la competitividad de domi-

nio universal ejercida por el mundo occidental, el cual, en cambio, ha abandonado por supuestamente obsoletas y *anacrónicas* las formas de espiritualidad que conformaron sus siglos de auténtico progreso (progreso trascendente, se entiende, porque el técnico que ahora pretendemos vivir no deja de ser, en muchos aspectos, una regresión en la integridad inalienable cuerpo-alma-espíritu del ser humano).

*¿Y los demás, qué?*

De acuerdo: ese fenómeno casi abracadabrante que se está produciendo en Japón y que va a extenderse cualquier día a China, se podrá argüir, se invalida en tanto que movimiento de origen espiritual desde el momento en que no sucede lo mismo con el resto de Oriente: en la India, en Sri Lanka, en Nepal, en Bután, en Indonesia... Sin embargo, ¿se nos ha ocurrido pensar que todos esos países, como los del Cercano Oriente y la mayor parte del continente africano han sido, hasta hace apenas veinte años o aún menos, meras colonias explotadas, manipuladas, anuladas en sus más originales esencias por la todopoderosa Europa, la de la Ilustración y la Era Industrial?

Querría que nadie tuviese la ocurrencia de pensar que estoy haciendo política o que me he pasado a la política desde los planos de trascendencia en los que estaba inmerso anteriormente. Nada más lejos de mi intención, porque lo único que pretendo es mostrar lo más claramente posible que *también* la política y el tercermundismo —y hasta la crisis del petróleo y de las materias primas!— forman parte del ser humano, de sus afanes, de su fin, de su deseo de libertad para elegir su vida y su espiritualidad, para comportarse conforme a sus esquemas más profundamente adquiridos. Si Japón ha logrado desarrollar ese inmenso potencial de lo que podríamos llamar *adecuación intemporal*, para estar en condiciones de enfrentar su propia esencia como pueblo a los otros pueblos, los occidentales, los últimos conquistadores, ha sido precisamente gracias a haber conservado su libertad. Mientras, nosotros hemos asumido el engaño del paso del tiempo (dejando como pretérito muerto lo que habríamos tenido que conservar en un presente perfectamente válido) y nos hemos quedado, en consecuencia, sin el inmenso apoyo de una estructura espiritual —y atención, que digo espiritual, nunca

eclesiástica ni dogmática, puesto que estas estructuras artificiosas son las que en gran medida nos han llevado a esta situación— que habría apoyado, sin lugar a dudas, una auténtica evolución que, de este otro modo, se ha quedado en simple y paupérrimo progreso tecnológico.

#### *Razones —inmediatas— de un deterioro*

Partiendo de este hecho, ya aparentemente irreversible, de la pérdida o de la degradación occidental de esos valores espirituales que llamamos, engañosa y despectivamente, «pasado» (cuando tendríamos que actualizarlos llamándolos, más propiamente, *tradición*), resulta lógico admitir que sólo podamos apoyar nuestra ya demasiado decantada espiritualidad en la esperanza y hasta en la eventual presencia de mesías y profetas, para responder a nuestras aún no del todo perdidas ansias de trascendencia, pero también para que nos arrastren, como a un rebaño, por caminos previamente roturados y convenientemente asfaltados. Es un fenómeno paralelo y correspondiente a la fabricación —en serie— de nuestros utensilios. Del mismo modo que prácticamente, ya no podemos concebir la construcción paciente y personal de aquellos instrumentos que nos son realmente útiles, sino que vamos a adquirirlos indiscriminadamente en los grandes almacenes y los compramos en serie (y hasta exigimos que sean de aquella marca que más se vende o del tipo que todo el mundo ha adquirido antes, aun sin contar con que, efectivamente, sea ese determinado instrumento concreto el que nos está *haciendo falta a nosotros* y a nadie más), así también compramos el libro «que más se vende», escuchamos por la radio «la voz que más se oye» y corremos temerosos detrás de «la luz que más se ve».

En torno nuestro surgen —lo vemos día a día— mesías y profetas, portadores de una aparentemente nueva (*nueva*, nunca vieja o pasada!) espiritualidad. Y corremos igualmente tras ellos en masa, todos los de la estricta minoría —demasiados— y hasta pagamos matrículas exorbitantes para seguir cursos regidos por seguidores de profetas y gurús en los que, según el dinero invertido, nos enseñarán a levitar a tres centímetros o a tres metros de altura. ¡Glorioso!

Y buscamos *en masa* la trascendencia que necesitamos

*cada uno de nosotros*, porque nos han masificado y nos han convencido de que una monstruosidad tan incalificable como es la propia necesidad de hacer TODOS lo mismo, reunirnos, apoyarnos, sostenernos hombro con hombro para defendernos, en apariencia al menos, de un terrible peligro que nos acecha a todos en tanto que comunidad, cuando lo cierto es que la auténtica convivencia es la comunicación de persona a persona, la mutua cesión, la *compasión* ante los valores individuales y ante los logros personales de cada cual, cuando los hay.

Hace poco tiempo, leía una encíclica —la última, en el momento de estar escribiendo estas páginas— del sumo pontífice de la Iglesia católica romana, Juan Pablo II. Me sorprendió el hecho de que, en ella, se hablase constantemente de *misericordia* y ni una sola vez de *compasión*. Y no es que se confundieran engañosamente, involuntariamente, los términos, a causa de una equivocación semántica. Es que se ha perdido —¿definitivamente?— el sentimiento de *compartir* y, en consecuencia, se ha olvidado también que *compadecer* es, precisamente, el sentido que hace que los hombres se unan en la búsqueda —y, claro, en el logro— de la propia evolución espiritual.

En ese sentido, los mesías tienen que experimentar necesariamente misericordia por el ser humano y, para liberarle —claro que por medio de una liberación condicionada— los reúnen a todos en una masificación que tiene mucho más de rebaño, de vuelta al aprisco y al encierro, que de sana, auténtica y consciente liberación.

*Con una linterna en busca de...*

La situación en la que se encuentra el hombre moderno en Occidente viene a ser idéntica a la de nuestro prisionero teórico de la caja cúbica, al cual se le hubiera abierto, no una puerta para *salir* a la realidad de una trascendencia que le es vital para tener conciencia clara de su propia evolución, sino una ventana a través de la cual se le diera sólo la oportunidad de *ver* los infinitos cubos-prisiones que configuran su entorno y, con esa visión, se le consolase en la doble dirección de sentir que los demás están en la misma situación que él y de creer que esa ventana le permite, además, vislumbrar una

realidad de la que no aprecia —porque no puede saberlo— los límites y en la que cree, por boca de la caterva de mesías y de profetas robotizados que le gritan futuros concretos al oído, encontrarse ya a la vista de ese instante preciso del tiempo desde el cual podrá emprender la marcha hacia un simulacro de superación.

Pero nuestra visión —interna— ha quedado alterada por las mismas limitaciones que nos impone la exigua ventana a la que nos permiten asomar. Y entonces, para que nos interpreten esa apariencia de realidad que se nos ha ofrecido, recurrimos a la opinión ajena, a la cátedra dogmática —y no sólo es dogmática la cátedra académica, sino la que se pretende a menudo heterodoxa—, a una información, en fin, que está en sí misma tan manipulada como nuestra inteligencia, como nuestro espíritu o como nuestra propia vida cotidiana.

Escapar de esta situación no es fácil, precisamente porque, al deteriorarla y falsificarla, hemos anulado la figura del maestro (o, tal vez, nos la han anulado por peligrosa, precisamente por constituir una vía idónea para la libertad). Así, no tenemos, nosotros los occidentales, o aquéllos que han sido impregnados por nuestra cultura tecnocrática, otra salida que intentar la rotura violenta de la cárcel por nuestros propios medios. Y aun en este intento desesperado, sentimos cómo intentan taparnos el hueco que hemos comenzado a practicar desde el otro lado —o desde la celda inmediata, o desde la gran celda-madre de toda la prisión colectiva—, cómo nos van fabricando un muro cada vez más espeso, más impracticable, más imposible de romper aun si queremos alcanzar un lugar exterior que ya ni siquiera podemos tener conciencia clara de que sea ciertamente una auténtica libertad y no una imagen también prefabricada, impresa en nuestros circuitos cerebrales por nuestro propio contexto. Estamos siendo engañados, mediante un simulacro de trascendencia que sólo servirá para mantenernos quietos, mansos y conformados con la artificiosa y antinatural situación que hemos aceptado a mayor gloria del espejismo cultural —e incluso espiritual— que tenemos ante nosotros y que nos domina de modo irreversible.

## 7

### La muerte arcana y ficticia del dios

Ahora comenzaría yo por el final, partiendo de la conclusión apriorística de que los sistemas religiosos comienzan a afianzar su poder desde el momento en que asesinan —simbólica (o real) y cruelmente— a la divinidad sobre la que basan sus principios, sus ritos, la fe y el sistema de vida que tratan de imponer al mundo. Ese asesinato, auténtico o mítico, es el que justifica la elaboración de todo un dogma basado en el arrepentimiento y el sacrificio, en la penitencia constante por una culpa que la autoridad religiosa insiste en achacar a la masa de los fieles, al tiempo que se instituye en juez y ejecutor del presunto delito del que sólo ella es responsable.

#### *La fabricación de un mito*

Recuerdo un ejemplo de nuestra historia inmediata que casi se convierte en parábola esclarecedora de lo que acabo de afirmar. Yo mismo, casi por puro azar, fui testigo del hecho y sólo ahora, al paso de los años, se me revela su valor en tanto que ejemplo, en pequeño, de otros acontecimientos más trascendentales en la historia de las creencias religiosas y políticas (porque hay veces en las que la divisoria entre política y

religión se hace, desgraciadamente, tan sutil, que resulta difícil encontrarla y establecer racionalmente sus límites estrictos).

Fue en los días finales de febrero de 1956, cuando la protesta latente y callada de los estudiantes españoles frente al régimen dictatorial del general Franco los lanzó a la calle en un primer (y fallido) intento de hacerse escuchar después de veinte años de silencio reprimido. Uno de aquellos días —ahora no recuerdo la fecha exacta, pero no tiene tanta importancia—, una manifestación de estudiantes se enfrentó en el bulevar madrileño de Alberto Aguilera con una masa de militantes del partido oficial, venidos de todas partes de España. Cuando los dos grupos se encontraban aún a veinte metros de distancia, sonó un disparo y cayó al suelo un muchacho de las filas falangistas. Un disparo que pilló de sorpresa a la masa de estudiantes y que tuvo los siguientes efectos inmediatos (lo cuento como lo vi y escuché, como espectador, a menos de quince metros primero y a poco más de metro y medio unos minutos después):

Un grupo de diez o doce muchachos uniformados con la camisa azul del partido gubernamental se acercaron al chico caído, que sangraba abundantemente por la cabeza. Se quitaron parsimoniosamente sus camisas y, en vez de auxiliar al herido, las bañaron en su sangre y, con el rostro compungido —la manifestación se había detenido a consecuencia del inesperado disparo—, entonaron con el brazo en alto y la mano extendida el himno oficial de su organización. Luego se lanzaron con porras y cadenas sobre los estudiantes.

Poco después, refugiado de la reyerta en una cafetería vecina, mientras tomaba un café y escuchaba las carreras y los golpes que se multiplicaban en la calle, entraron en el bar cuatro o cinco militantes del partido y se colocaron en la barra, a mi espalda. Uno de ellos estaba pálido como un muerto y sus compañeros pidieron para él un doble de brandy. Sin proponérmelo, escuché su conversación, a través de la cual supe que el muchacho pálido había sido el que disparó la pistola e hirió a su propio compañero. Los otros le animaban, sin embargo, insistiendo en cosas como «lo has hecho por la patria», «cumpliste con tu deber» y palabras por el estilo.

Según supe más adelante, al herido se lo llevaron en estado gravísimo, casi muerto, a una clínica cercana. Hubo numerosas detenciones —entre los estudiantes, naturalmente—

y una seria amenaza surgida desde el partido oficial de organizar una nueva «noche de los cuchillos largos» si el muchacho llegaba a morir. La prensa, una gubernamental y otra temerosa, cargó el disparo en la cuenta de los estudiantes rebeldes. Y la clínica —en la que trabajaba un buen amigo mío, que fue quien me contó luego los acontecimientos que tuvieron lugar allí— se pobló de capitoses gubernamentales interesados morbosamente por la suerte del chico y de ministros inseguros de su inmediato futuro que, en ocasiones, llegaron junto al lecho del herido provistos de frascos llenos de agua bendita del santuario de Lourdes para ponerlos bajo su almohada en un intento desesperado de salvarle de una muerte que, de haberse producido, habría abocado en la matanza ritual de numerosos elementos disconformes (o, simplemente, divergentes) del estado de cosas que imperaba y combatía por su pervivencia en el poder.

El chico no murió. Luego se supo que era uno de tantos que, por unos bocadillos y un viaje pagado, había accedido a encabezar una manifestación cuyo motivo profundo ignoraba. Se supo también que nadie en su partido quiso hacerse cargo de él, cuando salió de la clínica con el cerebro irremisiblemente dañado y hasta se supo —siempre de modo extraoficial, naturalmente— que se le dio un puestecillo de conserje o de botones en la misma clínica, porque el muchacho —que había sido durante más de dos meses el mártir esperado de un régimen con la credibilidad en entredicho— falló en su previsto camino hacia el martirio y resultó no ser más que un tarado vitalicio del que muchos sabían que incluso la herida causante de su desgracia había partido de sus espaldas y no —contra lo oficialmente proclamado— de los presuntos rebeldes con los que iba a enfrentarse.

#### *Nada más que un botón de muestra*

La historia de Miguelito —el chico se llamaba así— constituye, a mi modo de ver, una parábola que, a niveles estructurales, contiene los mismos elementos que, a menudo, configuran y entran el proceso de los movimientos religiosos. (Por eso afirmaba un poco más arriba que política y religión se confunden demasiado a menudo.) Desgraciadamente, los sistemas religiosos establecidos constituyen focos de poder tem-

poral que nada —o muy poco— tienen que ver con la trascendencia de los seres humanos. Son iglesias que, en un amplio sentido, gobiernan, disponen y amenazan —de hecho y de derecho— en el proceder de los seres humanos que viven bajo su área de influencia. En los días en que escribo estas líneas se palpa la intromisión de un pontifice polaco en supuestos movimientos de liberación de los trabajadores de su patria, sometidos políticamente a un régimen socialista laico, como se vislumbra la influencia —directa o indirecta— de la revolución islámica del Irán del imán Jhomeini en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos de América. La invasión de la Península Ibérica en el año 711 de la era cristiana se debió a una guerra santa muy paralela a la que ahora amenaza con extenderse como una mecha rápida por todo el Cercano Oriente productor de energía petrolífera. Y todo ello porque la historia, nunca me cansaré de insistir en ello, no es un transcurrir, sino una tensión constante e intemporal de fuerzas que pretenden controlar en su propio beneficio la influencia sobre los seres humanos, siempre temerosos, siempre insolidarios, siempre dispuestos a pactar visceralmente con quienes parecen estar en condiciones de asegurarles la supervivencia con palabras pretendidamente simbólicas y esencialmente huecas y grandilocuentes: patria, pan, justicia, unidad de destino en lo universal, dictadura del proletariado, rebaño de Dios o, ¡qué más da!, la consideración gratuita del ser humano supuesto portador de valores eternos.

Al poder —e insisto en la palabra «poder», para diferenciarla esencialmente del concepto de *autoridad* real y libremente elegida— le hace falta provocar, a niveles masivos, un sentimiento<sup>1</sup> confundido y entremezclado de culpabilidad y de consecuente castigo por un acto o por una postura radicalmente inconsciente y pasiva. Ante esa postura, se hace patente la necesidad de arrepentimiento y penitencia, y de rechazo la obligatoriedad de expresar activa y sensiblemente (por medio del sacrificio ritual, propio o ajeno) la intención de vengar de algún modo el crimen, bien sea sobre uno mismo —autocastigo o penitencia— o sobre los demás —programa, solución final, anatema o auto de fe—, de modo que el sufri-

1. No olvidemos la relación, no sólo fonética sino también semántica, entre el *sentimiento* y los *sentidos* captadores de la realidad inmediata y aparente.

miento psíquico o físico y hasta el castigo y la muerte sean una expiación consciente y proclamada de la falta presuntamente cometida, y al mismo tiempo un acto de sumisión y reconocimiento al poder establecido.

Pero creo también que nos engañáramos si nos aferrásemos únicamente a esta idea como demostración palpable de fuerza y de sumisión, porque, si así fuera, es de suponer que la necesidad del sufrimiento y del castigo habrían de cesar en cuanto la masa de creyentes (o de súbditos) se hubiera mentalizado de modo definitivo e irreversible a la obediencia incondicionada. En el hecho religioso hay también, y muy principalmente, una constante llamada al convencimiento de que la vida en este mundo debe ser tomada como un castigo o —mejor— como una prueba que, según la sepa superar el fiel, le abrirá el paso a otro universo en el que, después de la muerte, se gozará tanto como en éste se haya sufrido. De este modo, tanto por el camino de la expiación como por el de la promesa trascendente, el creyente sumiso está constantemente condicionado hacia el sufrimiento físico y psíquico, de modo permanente o periódico. Ayunos, cilicios, flagelaciones, posturas inverosímiles en lugares increíbles, promesas de misticismos y abstenciones, caminos abruptos seguidos con los pies descalzos o de rodillas y hasta mutilaciones crueles e irreversibles se convierten en pruebas a lo largo de siglos y a través de las creencias, demostraciones patentes de religiosidad revelada. Y queda consuetudinariamente establecido que tanto más puro y sincero será ese creyente cuanto mejor y más duramente cumpla —o haga cumplir— el rito universal del sufrimiento. Un rito que, en el mejor de los casos, se vuelve con los siglos meramente simbólico y recordatorio —como en la Semana Santa cristiana o en el Yom Kippur de los judíos—, pero que es estrictamente cumplido todavía, con toda su carga de culpas penitenciales, por sectas —como los menonitas o los hassidim en ambas corrientes religiosas— que aspiran aún a la pureza tradicional del sufrimiento primegenio.

#### *A la vuelta misma de la esquina*

Uno de los espectáculos más sorprendentes y sobrecogedores que pueden verse todavía en nuestro mundo tecnológico y sofisticado tiene lugar casi a orillas de río Ebro, en el pueblo

riojano de San Vicente de la Sonsierra, durante los días penitenciales de la Semana Santa. Más de una vez, en páginas de otros libros y en artículos esparcidos por varias revistas, he tenido ocasión de hablar de los «picaos» de San Vicente. Y más de una vez también he recibido severas amonestaciones, por parte de honrados párrocos y de fervientes cristianos, por mi interpretación de este rito que persiste inmutable a lo largo de los siglos. A mí no me molestan los reproches, no sólo porque suelen venir de gentes que me enseñan con su fe primaria los entresijos morales del rito, sino porque constituyen una demostración —quién sabe si sana, al lado de la indiferencia general hacia lo presuntamente sagrado— de la persistencia de unos parámetros de lo sagrado que pueden constituir objeto de estudio sociológico inapreciable. Un estudio que, por lo demás, sigue a disposición del investigador en San Vicente de la Sonsierra, a pesar del deterioro turístico que ha sufrido la costumbre y de las —siempre relativas— concesiones que año a año se deben realizar.

En líneas generales, y por no insistir en un tema que probablemente es conocido de la mayoría, el rito de los «picaos» se basa en una cofradía de penitentes que, en los días señalados de la Semana Santa —jueves y viernes santos—, salen con las imágenes procesionales, cubiertos con capuchas y túnicas blancas, y se autoflagelan con sacudidores de lino las espaldas. Cuando la piel se enrojece y brotan ampollas, los penitentes se ponen en manos de unos ayudantes que, provistos de bolas de cera con cristales incrustados, proceden a golpear los hematomas hasta que mana abundantemente la sangre, manchando la túnica y la tierra. El rito se repite en aquellos días por la mañana y por la tarde, en cada una de las procesiones que se convocan para aquellas fechas y, hasta donde yo he podido llegar en los entresijos inmediatos, los flagelantes insisten sinceramente en conservar su incógnito y están —todavía hoy— convencidos del valor penitencial de aquel acto al que asisten como espectadores muchos más turistas que habitantes tiene el pueblo.<sup>1</sup>

Pero por el momento me interesa más destacar el hecho de

1. Quien quiera ampliar los detalles de este tema, puede consultar mis libros *Tras la huella de Babel*, Posada, México, 1979 (cap. 12: «La sangre que fecunda la tierra»); y *Mística y omnis: signos para un apocalipsis*, Altalena, Madrid, 1979 (cap. 2: «La diáspora de ida y vuelta»).

que la tradición de los flagelantes de la Semana Santa —esa tradición que subsiste en San Vicente de la Sonsierra, pero que fue práctica corriente en épocas pasadas en todo el ámbito cristiano —supone una continuidad clarísima de ritos que tenían lugar aún en pleno imperio romano, cuando el cristianismo empezaba a desarrollarse. En fechas paralelas a esta semana de recuerdo oficial del sacrificio de Cristo, los fieles seguidores de los cultos místéricos frigios celebraban la muerte y resurrección de Attis, el hijo de Cibele, la Gran Madre que tuvo sus santuarios primitivos en el Pesionte y en el monte Ida. Las fiestas daban comienzo el 15 de marzo y los adeptos, después de una serie de actos curiosamente semejantes a los que conforman la festividad cristiana —procesión con cañas al templo de Attis (cañas por palmas), traslado de un pino cubierto con vendas de lana roja (como se cubría la cruz en esos días) y adoración del pino como personificación del dios muerto—, iniciaban una semana de luto que tenía un momento culminante en el «sanguinis diae», el día sangriento, a lo largo del cual los fieles se flagelaban hasta sangrar y había incluso mujeres que llegaban a cortarse los pechos y sacerdotes que se castraban con cuchillos de pedernal.

#### *Las religiones del tiempo y el dolor*

Los cultos frigios no fueron los únicos que, a lo largo de la historia religiosa de la humanidad, instigaron a la penitencia dolorosa y al sacrificio sangriento. Los investigadores del fenómeno religioso, desde Frazer a Eliade, nos dan cuenta de numerosos pueblos y cultos que practicaron la crueldad y la muerte ritual y que hicieron —como en cierta manera lo ha venido haciendo el cristianismo— del dolor físico y aun del asesinato —pensemos en el Santo Oficio— una determinada forma de ascesis. Significativamente, se da el caso genérico de que tales ritos cruentos coinciden con formas religiosas practicadas por pueblos agricultores. O, al menos, son ritos que surgen cuando los pueblos pasan a adoptar la agricultura como principal medio de subsistencia y abandonan el nomadismo y la práctica de la caza como forma habitual de vida. La generalidad de los investigadores, al analizar esta circunstancia —aunque no todos han llegado a caer en ella— tratan de explicarla como una forma religiosa de imitación y de ade-

cuación espiritual de los seres humanos al fenómeno de muerte y resurrección que se produce en la naturaleza. Por eso insisten constantemente en la característica generalizada de que esta serie de festividades tengan lugar precisamente en torno al equinoccio primaveral, cuando el invierno (la muerte de la tierra) deja paso a la vida que comienza a germinar coincidiendo con los días largos y tibios.

Es Mircea Eliade el primero —que yo recuerde, al menos— que descubre en estos ritos una circunstancia muy especial y definidora, o, al menos, es el único que parece haber dado en la diana de un factor que, por ser tan obvio, habría podido pasar totalmente desapercibido: «Debemos llamar la atención desde el principio sobre la importancia que toma el *tiempo*, ritmo de las estaciones, para la experiencia religiosa de las sociedades agrarias. El labrador no se encuentra ya sólo implicado en las *zonas sagradas «espaciales»* —la gleba fecunda, las fuerzas activas en las semillas, en los retoños, en las flores— sino que su trabajo está integrado y gobernado por un *conjunto temporal*, por la ronda de las estaciones». <sup>1</sup>

Creo que no cabe duda alguna. El simple recuerdo de otras formas religiosas no ligadas a la agricultura nos pone frente a la realidad del contraste. Ninguno de los sistemas religiosos enraizados con cultos y creencias anteriores a la implantación de la vida agrícola toma en cuenta el tiempo como factor condicionante de la trascendencia. Ninguno de ellos basa una parte —por mínima que sea— de su ritual en el dolor, en la penitencia o en la preocupación morbosamente escatológica, y sólo circunstancialmente —y esto de un modo frío y casi podríamos decir profesional— se realiza el sacrificio sangriento de un animal, sin que el ser humano participe en ningún caso en el presunto dolor o en la muerte de la bestia, sino, todo lo más, en la alegría que supuestamente va a causarle a la divinidad a la que ese animal es ofrecido como alimento.

De modo que, cosa extraña, en ese cúmulo insondable de factores escurridizos que vienen a unirse insólitamente en la formación de una circunstancia trascendente de cualquier tipo, he aquí que tres de ellos surgen decididamente implica-

1. Con la advertencia de que los subrayados son míos, cf. MIRCEA ELIADE, *Tratado de Historia de las Religiones*, trad. de Tomás Segovia, ediciones Era, México, 1972, pág. 299.

dos en un único y especial proceso religioso: *Tiempo, Agricultura y Rito Cruel*. ¿Se trata de una simple coincidencia? ¿Es tal vez el sacrificio cruento —o su secuela *civilizada*, la penitencia dolorosa— una mera reproducción a escala humana de la presunta crueldad del cosmos?

### *Cosas de los cuentos*

He insistido muchas veces en el hecho de que los cuentos populares constituyen, si se leen con atención, una fuente inagotable de tradiciones perdidas y de recuerdo de prácticas ancestrales que ya están sólo presentes en esa memoria cósmica que los seres humanos reproducimos como impulso involuntario del inconsciente. He dicho —y no me importa repetirlo, porque estoy convencido de que hay en ello una realidad que debería estudiarse con todas sus consecuencias culturales— que el cuento es como la implantación en la mente infantil de una enseñanza que se intenta grabar de modo análogo a como Pavlov grababa estímulos reflejos en el cerebro de sus animales de laboratorio. El cuento es como una advertencia a tener en cuenta —inconscientemente— en el futuro; como una iniciación de la que, muy a menudo, apenas subsistirá más que el rito mágico.

En el cuento es posible, incluso, establecer el período histórico de su origen. Hay cuentos de tradición migratoria, como la de los cazadores del paleolítico; otros se remontan a los primeros tiempos del «descubrimiento» de la agricultura. A éstos precisamente quiero remitirme ahora porque, de modo significativo y general, son los que presentan rasgos específicos de crueldad del tipo que he descrito anteriormente: sacrificio doloroso, pago penitencial, separación de un ser querido, mortificación. Lo mismo se exige en el cuento la entrega de un hijo que la amputación de un dedo, la privación vitalicia de la libertad en una servidumbre ominosa o el cumplimiento de una prueba que implica sacrificio y dolor. Se trata, en cualquier caso, de *condiciones* previas a la adquisición de un *secreto* o de *castigos* que deben cumplirse por haber violado una ley que realmente se ignoraba. Estructuralmente, pues, el dolor es un condicionamiento de la trascendencia —del conocimiento— que se desea alcanzar o, al menos, una promesa condicionante de la presunta salvación,

exactamente igual que hoy mismo subsiste, más o menos disimulado, en formas religiosas como el cristianismo, en las que el dolor y la penitencia son, a la vez, expiación de culpas para unos y ascetismos trascendentes para otros.

El aprendizaje de la agricultura exige —tal como surge igualmente en los cuentos populares de origen agrario primitivo— dos factores paralelos a ese del dolor que acabamos de describir someramente: uno de ellos, la estabilización espacial, el abandono obligatorio de la vida nómada y la subsiguiente instalación sedentaria en espacios vitales presuntamente apropiados; otro, la mentalización del ser humano respecto a un concepto cíclico del tiempo. Un concepto que, por otra parte, se encuentra también en la base de todo pretendido conocimiento trascendente. Sólo entonces, cuando estos dos factores se han conjugado, surge el rito penitencial y doloroso. Un rito que, por otra parte, tanto en el cuento como en los mitos religiosos y en las formas místicas —iniciáticas— de la idea trascendente, viene dictado por los mismos maestros o dioses que han transmitido los secretos agrícolas, bien con su ejemplo —Attis, Orfeo, Osiris— o con su enseñanza directa —Quetzalcoatl, Oanes, Triptolemo—. En todas las enseñanzas y en todas las prácticas que se derivan de ellas, el sacrificio doloroso, hasta brutal muchas veces, se realiza casi sin excepción con la tácita aprobación —o, al menos, con la mansa aceptación— de la víctima, cuando no se trata de un autosacrificio en el que dicha víctima es, al mismo tiempo, ejecutora de su propio proceso doloroso.

La descripción que hace Eliade del sacrificio agrícola entre los *jond* de Bengala<sup>1</sup> podría servirnos de ejemplo para muchos otros ritos semejantes en todo el ámbito planetario. Según cuenta, los *meriah* (víctimas) constituían un sector de población previamente elegido y, hasta el momento de su sacrificio, se les trataba excepcionalmente bien e incluso tenían tierras y podían casarse entre ellos y tener hijos. Eran una especie de seres consagrados y se consideraba que su sacrificio era voluntario, aunque muchos de ellos —hijos de otros *meriah*— estaban «biológicamente» destinados desde su nacimiento a ese sacrificio, que tenía lugar en medio de una gran fiesta en la que la orgía precedía sistemáticamente a la

1. MIRCEA ELIADE, *op. cit.*, pág. 311 y ss.

crueldad del momento en el que la persona designada, después de haber sido drogada con opio, era estrangulada primero, para machacarse a continuación los huesos y cortar su cuerpo en pedazos para que cada aldea de la tribu recibiera un fragmento, que sería cuidadosa y ritualmente enterrado en los campos para propiciar las futuras cosechas.

*Quiero sufrir, quiero morir*

A mi entender, resulta tremendamente significativa la entrega voluntaria —o, al menos, sumisa— de la víctima *jond* en el sacrificio ritual. Y me lo parece precisamente porque esa actitud no es únicamente una consecuencia que pudiéramos achacar al carácter presuntamente fatalista de los bengalíes o de algún otro determinado pueblo, sino que se da en muchas creencias religiosas de modo alarmantemente constante. Pensemos, sin ir más lejos, en el martirio de los primeros cristianos en los circos y en las cárceles de Roma. Se sabe —y no sólo a través de las historias hagiográficas más o menos amañadas, sino por testimonios contemporáneos dignos del mejor crédito— que en aquellos mártires no se trataba únicamente de alcanzar a través de la muerte el paraíso prometido en los evangelios, sino que, en muchos casos, se daba efectivamente el placer de sentir el dolor que les estaban produciendo los hierros candentes, las lanzas, los colmillos de las fieras... Un placer que corría paralelo, en todo caso, con el de los verdugos y el de los espectadores que presenciaban el derramamiento de sangre, las decapitaciones y los mil y un suplicios meticulosamente elegidos para hacer más lenta, más cruel, más dolorosa y quién sabe si más placentera esa muerte tan amorosamente deseada, tan morbosamente recibida, tan trascendentemente acogida.

Cronistas amantes auténticos del sufrimiento y de la sangre —hemólatras, los llamé en otro lugar— como Aurelio Prudencio, dedicaron su vida a la exaltación del martirio doloroso como camino directo y codiciable para alcanzar el cielo por la vía rápida. Pero aquella situación no podía durar como matanza colectiva —lo mismo que no pudo sostenerse la heterodoxia cátara, que no sólo aceptaba el martirio del fuego a que les sometían los inquisidores dominicanos, sino que se provocaban la muerte ritual por medio de la

*endura*—<sup>1</sup>, porque la idea evangélica, a pesar de las incitaciones al sufrimiento por parte de los dirigentes religiosos, era una «buena nueva» (ese es el significado literal de la palabra Evangelio) y no un empujón macabro y doloroso hacia la eternidad.

Hacia el siglo IV, con el edicto de Milán, la Iglesia cristiana pasó de perseguida a presunta perseguidora. Quiero decir que alcanzó súbitamente la libertad, la posibilidad de expansión y el principio del poder, que iba a hacerse efectivo muy pocos siglos después. Para muchos cristianos, sin embargo, ese súbito cese de la persecución constituyó un auténtico problema. Porque la santidad a la que aspiraban y que tan fácil resultaba de obtener mediante el martirio se convertía automáticamente en un problema personal, en el que ya no intervendrían unos verdugos dispuestos a sellar con sangre el pasaporte legalizado hacia la eternidad. Es entonces cuando, de modo casi tan masivo como en los circos del imperio, comienzan a surgir en diversos puntos del mundo cristiano hombres y mujeres dispuestos al automartirio, al auto-sufrimiento que les convertiría en aspirantes a la gloria por la vía del dolor, de la penitencia cruel y del castigo físico de la carne.

Los anacoretas surgen por todas partes: en la Tebaida, en los montes de León, en las orillas del Jarama, en las cuevas segovianas de Sepúlveda, en el desierto castellonense de las Palmas, en los cerros de Jaén, en las rocas costeras de Grecia, en el Sáhara cartaginés, en Armenia. Unos se suben durante veinte o cuarenta años a una columna que malamente les permite permanecer en cuclillas; otros ayunan en espera de que el hambre les mate (y, curiosamente, muy a menudo surge un cuervo —ave sagrada precristiana— que les trae cotidianamente el alimento); los hay que se visten de pieles y caminan a cuatro patas. Pero, sobre todo, abundan los que se ataban una soga al cuerpo tan fuertemente que las hebras se les hundían en la carne, o los que vivían con una argolla de púas ceñida a la cintura, o los que se flagelaban sistemáticamente hasta despellejarse. Nuevamente, el dolor y el sufrimiento se hacían razón de vida ansiosa de trascendencia. Lo

1. Sobre la *endura* cántara pueden consultarse las obras de René Nelli (el máximo conocedor del problema) y mi libro citado, *Claves ocultas de la Historia*, en su capítulo I: «Los cántaros: suicidio ritual».

mismo que entre los adeptos de los misterios frígios. Lo mismo que los fakires hinduistas. El sacrificio ritual —sobre uno mismo o sobre los demás— sigue constituyendo una base firme, yo diría que casi imprescindible, de determinados ritos religiosos. El dolor y la muerte tomados como camino de salvación. Y, a ser posible, que ese dolor y esa muerte tengan lugar en un determinado sitio previamente fijado, religiosamente elegido: el enclave sagrado primordial.

### *Los hijos del mago Colibrí*

El caso concreto de la cultura azteca del altiplano de México y sus prácticas religiosas podría darnos tal vez una luz complementaria para esclarecer el origen de este proceder hemolátrico o, al menos, para fijar unas líneas de conducta que nos permitan encontrar los paralelismos precisos que unen el comportamiento de pueblos, civilizaciones y formas religiosas que, al menos en apariencia, distan entre sí enormes distancias históricas, geográficas y culturales.

Es sobradamente conocido que los aztecas practicaron —posiblemente en mayor grado que cualquier otro pueblo conocido, con la probable excepción de la «solución final» nacionalsocialista— el sacrificio masivo de seres humanos. Según cálculos realizados por diversos investigadores —Michael Harner, Sherburne Cook o Woodrow Borah— el número de seres humanos sacrificados anualmente en los altares aztecas antes de la llegada de los conquistadores cortesianos (1518) oscilaba entre los 15.000 y los 250.000. En aquellas ceremonias, unas partes del cuerpo de estas víctimas eran parcialmente devoradas en banquetes rituales en los que intervenían guerreros, nobles y sacerdotes, pero los corazones de los sacrificados (la ejecución se practicaba invariablemente mediante un tajo en el pecho con un cuchillo ritual de pedernal, de sílex o de obsidiana, tajo que ponía inmediatamente al descubierto el corazón, que era arrancado con las manos, aún vivo el reo) se ofrendaban a las representaciones divinas propias de cada ocasión: Huitzilopochtli (el Vichilobos de los españoles), Tláloc o Tezcatlipoca.

Los cronistas españoles de la campaña conquistadora —y aun los frailes que trataron de reconstruir la historia azteca años después de la colonización— nos han dejado testimonios

tan espeluznantes de aquellas prácticas como las figuras que aparecen constantemente en los códices (Magliabechi, Durán, etc.). Bernal Díaz del Castillo, en diversos momentos de su *Historia verdadera de la Conquista de Nueva España*, describe el escenario de aquellos rituales, de tal modo que todavía espeluzna leer sus pasajes: «... y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañado y negro de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente (...) y como todo hedía a carnicería, no víamos la hora de quitarnos de tan mal hedor y peor vista...» (capítulo XCII). Poco más adelante, en el mismo capítulo, continúa: «... y tenían un poco apartado un sacrificadero, y todo ello muy ensangrentado y negro de humo e costras de sangre, y tenían muchas ollas grandes y cántaros y tinajas dentro en la casa llenas de agua, que era allí donde cocinaban la carne de los tristes indios que sacrificaban y que comían los papas (los sacerdotes)» ...Y, llegado el momento de describir el aspecto de esos sacerdotes, apunta en el mismo capítulo: «... he dicho estaban papas con sus vestiduras largas de mantas prietas y las capillas largas asimismo, como de dominicos, que también tiraban un poco a las de los canónigos y el cabello muy largo y hecho que no se puede despartir ni desenredar y todos los más sacrificaban las orejas e en los mismos cabellos mucha sangre». Aquellos sacerdotes con los cabellos emplastados de sangre seca eran la clase dirigente del pueblo azteca, los descendientes de aquel dios Sol, Huitzilopochtli, el «mago Colibrí» que sus antepasados encontraron en una caverna del lejano norte (tal vez las tierras del Lago Salado de Utah) y que les aconsejó que abandonasen la vida nómada y buscasen hacia el sur las tierras buenas para cultivar el maíz.

### *Un ciclo cerrado*

Fijémonos ahora bien en la circunstancia histórica azteca y recordemos cuanto veníamos diciendo anteriormente, referido a otros pueblos. Los aztecas surgen de un lugar incierto del norte de lo que ahora constituye México. Forman parte probablemente, aunque todo quede repleto de incertidumbres en ese primer estadio de su historia, de un gran imperio tolteca que tenía su centro en el altiplano y sus núcleos culturales — eminentemente mágicos — en Teotihuacán, en Tula y en

Xochicalco. Los aztecas, como cazadores nómadas, en un principio —eso cuentan sus crónicas míticas— adoraron a una divinidad femenina, lunar, que fue conocida como Malinal Xochitl primero y luego como Coyolxauhqui, con fama de poseer y de transmitir conocimientos mágicos a sus seguidores.

Todo deja entrever que la emigración hacia el sur de los aztecas —iniciada seguramente hacia principios de siglo xi— se produce coincidiendo con un acercamiento de aquel pueblo a la agricultura. Este paso cultural aparece simbolizado precisamente en el mito del mago Colibrí, Huitzilopochtli, que, según narran las leyendas y recogen posteriormente los cronistas, surgió de una caverna en el lejano norte e inspiró la lenta marcha de todo el pueblo hacia las grandes mesetas del istmo. A lo largo de todo ese enorme recorrido, se rinde culto paralelo a la vieja diosa maga lunar y al nuevo dios solar surgido de las entrañas de la tierra y promotor del ciclo agrícola.

En la segunda mitad del siglo xii —hacia 1168, según Vaillant—<sup>1</sup> los aztecas llegan, como pueblo paupérrimo inmigrante, al Anahuac, el valle de México. A lo largo de todo su recorrido han utilizado la tierra de modo esporádico, plantando maíz y reanudando el largo viaje después de la cosecha. Al pasar por la comarca de Chapultepec, la historia mítica azteca relata que, una noche, aprovechando el sueño de la diosa, los aztecas la abandonaron y siguieron su camino sólo bajo la protección de Huitzilopochtli. Fray Diego Durán, muy certeramente, interpreta el mito apuntando que ese abandono fue el de todos los seguidores del culto a Malinal Xochitl, los cuales se instalaron en el lugar aún hoy conocido por Malinalco y constituyeron una comunidad de brujos que subsistió hasta hace muy pocos años.<sup>2</sup>

Pero no es la aventura de los brujos malinalcos la que ahora nos interesa en primera instancia —aunque su presencia tiene mucho que ver con las conclusiones a las que posiblemente llegaremos— sino la circunstancia de que, una vez abandonado el culto lunar, los aztecas comienzan a practicar

1. GEORGES VAILLANT, *La civilización azteca*, Fondo de Cultura Económica, México, trad. de la ed. francesa *Les aztèques du Mexique*, Guy Straesse-Péan, París, 1951.

2. Cf. mi libro *Claves Ocultas de la Historia*, Latina, Madrid, 1980, cap. IV: «Chalma: el misterio de una peregrinación».

de modo sistemático los sacrificios humanos, al tiempo que se establecen definitivamente en torno a las lagunas del altiplano como agricultores y empiezan a utilizar un calendario —una medida del tiempo— tremendamente sofisticado y de una exactitud que es imposible imaginar inventada sobre la marcha por un pueblo apenas salido del estadio primitivo del nomadismo. Más aún, su primera víctima *cultural* y *periódica* es precisamente la representación de Cópil o Cóhuil, el hijo de la diosa abandonada, que tendría que ser ritualmente despedajado, del mismo modo que la propia diosa lunar sería —también ritualmente— despedazada y desmembrada, tal como han descubierto los hallazgos arqueológicos recientes en la plaza del Tlatelolco de México capital.

### *La demanda de los dioses*

Una vez más, Tiempo, Lugar (agrícola y sedentario) y Dolor se han unido en una más que insólita simbiosis en la que —a mi parecer— no bastan las teorías ecológicas de Harner<sup>1</sup> ni las explicaciones racionalistas y hasta psicológicas de un Wolff —«Obsesión fanática por la sangre y la muerte»—,<sup>2</sup> sino que haría falta atender a la razón supraracional sobre la que, posiblemente, se asienta la clave de esa *obsesión*, tan ajena en principio a la naturaleza misma del ser humano.

Ninguna de las explicaciones que han pretendido justificar racionalmente el fenómeno hemolátrico y antropófago de los aztecas resulta totalmente convincente. Si se quiere entender desde coordenadas alimenticias, como pretende Harner, justificando los sacrificios y la ingestión de partes de los reos como una necesidad fisiológica de obtener proteínas en un lugar donde la carne de animales herbívoros escaseaba en relación con el incremento de la población, habría que pensar que tales sacrificios tuvieron su inicio en épocas en las que no se daba tal circunstancia y en un entorno cultural en el que tampoco existían tales ritos antes de la llegada de los emi-

1. MICHAEL HARNER, «Bases ecológicas del sacrificio azteca», en *Historia* 16, año V, núm. 45, pp. 94-101. En este artículo, el autor trata de explicar —en principio con acierto— el canibalismo azteca como necesidad de acopio de proteínas imposibles de conseguir por otros medios.

2. CITA DE HARNER EN ART. CIT.

grantes del norte, ya que, según confirman Lehmann y diversos investigadores más, los toltecas, anteriores dominadores del altiplano de México, sólo realizaban sacrificios florales a las mismas divinidades agrarias a las que los aztecas llegarían a inmolar (a la llegada de Cortés, 1519) al menos una víctima diaria, sin contar con las épocas de guerra victoriosa, en las que las matanzas rituales y los banquetes religiosos llegaron a dar cifras espeluznantes, como las registradas después de la campaña de Oaxaca, en 1486, cuando fueron sacrificados más de 20.000 prisioneros en una sola ceremonia.

Creo que la clave de estas motivaciones tendríamos que buscarla en las razones que impulsaban a las clases sacerdotales dirigentes —aztecas en el caso inmediato, pero ampliable a un buen número de sistemas religiosos planetarios de ayer y de siempre— a provocar, en principio, el terror, el dolor, la inseguridad, la inquietud y la necesidad de sufrimiento en un pueblo al que tenían atenazado con la excusa de ser únicos conocedores inequívocos (ellos, los sacerdotes) de los deseos divinos, siempre insospechados y siempre sorprendentes, precisamente por no corresponder a las coordenadas lógicas de la mentalidad general. El pueblo no puede ni debe entender aquello, cae fuera de sus límites racionales. Pero se le convence —y ese convencimiento no tiene porqué partir de una irracionalidad absoluta, sino sólo de una incompreensión inmediata— de que el dios lo quiere así y basta para ser aceptado. De lo contrario, según las creencias particulares de la forma religiosa de que se trate, se harán realidad las más increíbles amenazas apocalípticas: la condenación eterna en unos casos, la pérdida de la cosecha, terremotos, huracanes, diluvios o avalanchas en otros, el fin del mundo —de su mundo particular hecho universal— en los más. El pueblo, de este modo, siente que son necesarios el sufrimiento y el dolor para paliar la ira de ese dios sólo conocido por la clase sacerdotal y, por lo tanto, inconscientemente odiado por temido. Y los sacerdotes, sabiéndolo, unen eventualmente el dolor del hombre con el hipotético e improbable dolor —y hasta muerte— del dios, para así justificar el sacrificio y proporcionar, al mismo tiempo, una mínima satisfacción vengativa (instintiva) a la masa víctima sempiterna del dolor ritual.

Prescindiendo de los ejemplos más inmediatos —Cristo, Attis u Osiris, de quienes ya hablábamos anteriormente— también el pueblo azteca nos proporciona en sus costumbres

religiosas un ejemplo diáfano de esta circunstancia *dolorosa* de la muerte del dios como muerte inmediata, sentida y celebrada cruelmente.

#### *Regocijo para la muerte*

La fiesta en honor de Tezcatlipoca, el alma del universo, comenzaba a prepararse desde un año antes de su celebración. En ese momento, los sacerdotes elegían a un muchacho que, durante todo ese tiempo, sería considerado por todos como representación viviente de la divinidad. Se le trataba como a un dios, se le enseñaban y se le fomentaban costumbres propias del más alto rango, se le vestía con suprema elegancia y todo el pueblo le respetaba y le rendía pleitesía religiosa, y hasta le regalaba, porque hacerlo era como regalar al mismo dios. A medida que pasaban los meses, aumentaban los honores y los placeres para aquel trasunto del dios. Aprendía a tocar la flauta y se le proporcionaban los más bellos instrumentos. Veinte días antes de la fiesta, se le casaba con cuatro vírgenes que recibían nombres divinos y la nobleza le ofrecía banquetes suntuosos. El día de la fiesta, el hombre-dios montaba en una barca que, seguida de un cortejo, le llevaba con sus esposas por el lago. Las barcas acompañantes lo iban abandonando a lo largo del viaje. Al llegar junto al templo del dios, le dejaban también sus esposas. El joven tenía que ir subiendo lentamente la escalinata del templo, rompiendo las flautas por el camino. Arriba le esperaban los sacerdotes, le tomaban por los brazos y las piernas, le tendían sobre el altar y, con un golpe certero, le abrían el pecho y le sacaban el corazón para ofrecérselo al dios.

La fiesta del Fuego Nuevo se celebraba cada 52 años. Los preparativos consistían en romper todo lo viejo —muebles, cacharros, imágenes, ropas— y renovar todo el ajuar. Todo el mundo apagaba sus fuegos y emprendía la marcha, detrás de los sacerdotes, hacia el cerro de Ixtapalapa —el cerro de la estrella—, para alcanzar la cumbre a la media noche. En el templo que había en la cima, en medio de la oscuridad, los sacerdotes sacrificaban a un prisionero y, después de haberle extraído el corazón —como de costumbre—, encendían el fuego nuevo sobre el cuerpo ensangrentado. De aquella hoguera tomaban todos los asistentes el fuego nuevo para sus

hogares, después de arrojar sobre la fogata espinas con las que se habían atravesado orejas, dedos, brazos y piernas. Las púas de cacto ensangrentadas eran el homenaje del pueblo al fuego vivificador.

En Malinalco —el lugar donde anteriormente vimos que se refugiaron los magos seguidores de Malinal Xochitl, la diosa lunar— construyeron un impresionante convento fortaleza los caballeros del Sol, que constituían una orden militar y religiosa a la vez. Las ruinas de la fortaleza de Malinalco son, aún hoy, uno de los restos más insólitos del inmenso panorama arqueológico mesoamericano. Templos, pirámides y dependencias están excavados en la masa de roca del cerro de los Peñascos (el Texcaltépec) y uno de sus recintos más impresionantes lo constituye el templo solar, levantado en honor a Huitzilopochtli. Allí, cada 260 días, en la jornada de *nahui olin* —la que figura en el centro mismo del gran calendario iniciático del Zócalo— se celebraba la fiesta llamada Netonatiuhzauualitzli, que consistía en mandar un mensajero a la divinidad con los saludos de los caballeros y regalos rituales que habrían de satisfacer al sol. El enviado —los investigadores no parecen haberse puesto de acuerdo sobre si se trataba de un esclavo prisionero o de un caballero escogido— recibía al pie de la escalinata del templo el bulto con los regalos, aceptaba el encargo que le hacía el sacerdote oferente y remontaba las gradas lentamente, como el ascenso mismo del sol desde el horizonte. Luego subía al altar y hacía la ofrenda en voz alta e inmediatamente era tendido sobre la piedra y sacrificado según la costumbre del golpe de cuchillo de pedernal en el pecho y ofrenda del corazón a la divinidad. En ese momento, el sol se encontraba en su cénit.

Pongamos atención: tres fiestas, tres muertes rituales en lo alto del templo-pirámide-centro-del-mundo, con invocaciones a fuerzas vitales que pueden disponer a su antojo del destino del ser humano. Ni eran las únicas ni he descrito las especialmente crueles. Han sido tomadas casi al azar, pero constituyen, en cierto modo, ejemplos generalizados en los que podía variar la fecha, la hora, la divinidad evocada o el número de sacrificados, pero casi nunca el hecho mismo y simple del golpe certero en el pecho con el cuchillo de pedernal o de obsidiana, del corazón arrancado con las manos y ofrecido todavía caliente a la divinidad, para regocijo suyo y para la paz de los seres humanos que vivían bajo la influencia de su poder superior.

En uno u otro lugar de la tierra, en cualquier época de la historia, remota o reciente, se repite invariablemente la obla-ción cruel y físicamente dolorosa a la divinidad presunta-mente solar que ha llevado a los seres humanos a la costum-bre de cultivar plantas comestibles, y a santificar un determi-nado concepto del tiempo por medio de unas medidas exactas y supuestamente científicas que, lejos de dominarlo, lo con-vierten —al Tiempo— en *rector* absoluto de la vida y de la muerte.

Hay una concreta tendencia del hombre —manifestada en los que llamamos estadios inferiores de la civilización— al nomadismo y a modos de vida conformados a principios má-gicos de origen lunar, que siempre perduran bajo la aparien-cia de poderes trascendentes que pueden ser aprovechados por los pueblos para lograr —personal o colectivamente— un contacto directo e inmediato con una realidad superior. Este poder viene simbolizado, sin excepción, por la divinidad fem-enina, Gran Madre o Maestra que posee en grado superlati-vo la virtud propia de la mujer: la *generación*. Isis, Astarté, Coyolxauhqui, Hécate, Tanit, Hera, Mama Ocllo, Cibeles o María, todas son madres transmisoras de trascendencia, de poder, de conocimientos profundos convertidos en magia y eventualmente anatematizados.

Sin embargo, llega un instante —repetido invariablemente en todas las culturas y en todas las latitudes— en el que el hombre *recibe*, generalmente de modo súbito e inexplicado, *la orden* de convertirse en sedentario. (Y digo que recibe la or-den, no como una imagen literaria, sino como traducción de todos los mitos religiosos que narran el origen de ese cambio fundamental de vida, desde el mago Colibrí de los mexicas a la historia de Triptolemo, desde Baal a Belenos, desde al Vi-racocha andino al Oanes mesopotámico, pasando por ese Attis convertido en árbol que muere y renace cíclicamente y por las remotas divinidades agrícolas de los *jond*.) Al ser humano, a partir de ese instante, se le *asigna* un lugar del que no deberá ya moverse, porque allí y sólo allí estará la fuente de su su-pervivencia (si cumple los preceptos); se le *enseña* cómo ma-nipular dicha supervivencia, mediante el truco ficticio de un concepto del tiempo captado por la lógica —la «ciencia»— sensorial; se le *imbuje* el odio —o el temor— a todo cuanto

signifique metalógica o trascendencia, a todo cuanto sobrepase los límites de esa razón pedestre e inmediata que ha de acatar, y, finalmente, se le *obliga* a tributar su propia sensación física, por medio del dolor y del horror, a esa presunta divinidad que se ha erigido, no ya en maestra de conocimientos, sino en dueña absoluta y machista de un destino que, en realidad, le ha sido arrebatado al hombre como se le arrebató a un prisionero de por vida la decisión de disponer libre y voluntariamente de su propia supervivencia.

Por esta vía, el ser humano deja de comunicarse directamente con la divinidad y se le obliga a que esta eventual comunicación —que sería en realidad la razón de su propia trascendencia— se realice a través de las clases sacerdotales que sirven —o pretenden servir— de *médiums* con esa realidad superior a la que el hombre parece no tener ya acceso. En todas las religiones instituidas (y creo que conviene distinguir entre religiones y escuelas de trascendencia, porque existen diferencias fundamentales entre *maestro* y *rector*, entre *gurú* y *prelado*, incluso entre *imán* y *obispo*; y creo que conviene recordar otra vez que a Jesús lo llaman *maestro* sus discípulos y *Salvador* los prestes que edificaron la Iglesia, «interpretando» convenientemente sus palabras y convirtiendo en acto de fe sus enseñanzas), en todas las religiones, tengo que repetir, hay una institución que mediatiza las relaciones del hombre con su propia trascendencia, obligándole a estar agradecido a quien le salva en lugar de enseñarle a salvarse a sí mismo. A partir de ese instante, en su papel de *mediadora*, la clase sacerdotal impulsa y promueve de mil maneras distintas el sacrificio doloroso, incluso convirtiendo en supuesto dolor el ciclo de las cosechas primero y la eventual presencia, seguida de muerte violenta, de la divinidad entre los humanos después, sólo con el fin de crear en la mente del fiel —del que tiene fe, es decir, del que *cree* sin *saber*— un complejo de culpa que ha de purgarse sufriendo —como sufrían los padres cartagineses, ritualmente obligados a entregar a su primer hijo en sacrificio— y penando y echando mano incluso de un arrepentimiento ficticio (imbuido, obligatoriamente impuesto) por un acto que nadie en su sano juicio podría tener conciencia de haber cometido, ni de tener la mínima responsabilidad, directa ni indirecta, sobre él.

Sin embargo, una vez aceptado el hecho —un hecho que tiene que admitirse, porque está ahí presente, en la historia y

hasta en la vida cotidiana—, impuestos en la existencia universal de esa tendencia al dolor físico y al sufrimiento moral que contribuye a la mediatización de las creencias, tenemos que preguntarnos su razón, su porqué, los motivos por los que ese choque visceral con lo macabro y doloroso parece imprescindible en el comportamiento religioso. ¿Se trata de una «mania» sacerdotal, de un sadismo innato que nace de las mismas clases dirigentes espirituales? ¿O, por el contrario, esas clases han actuado o siguen actuando en la actualidad, efectivamente, como intermediarias de algo que exige por alguna razón el sacrificio o la energía que se desprende del horror y del dolor?

## 8

### La manipulación agárthica

#### *Una historia al biés de la historia*

Hay una visión del devenir del hombre en su proceso histórico que limita el juicio de los investigadores a las pruebas materiales que se encuentran en los archivos y en los yacimientos arqueológicos. Otra, hoy totalmente desprestigiada por el academicismo, que cifra el relato de los acontecimientos del pasado en lo que el hombre transforma a partir de mitos que, en algún momento, aceptó como certezas textuales. Por desgracia, estos dos aspectos de la interpretación histórica raramente llegan a concederse mutuo crédito y, seguramente por ello, la aventura humana sigue apareciendo, incluso a los ojos de los más informados —y tal vez mucho más a sus ojos que a los de quienes únicamente poseen una perspectiva general del tema—, llena de lagunas y de contradicciones que no tienen una respuesta satisfactoria. Negándose a aceptar la gran tradición como fuente de conocimiento, los seguidores del racionalismo a ultranza pierden, a menudo, la oportunidad de penetrar en lo que los seres humanos creyeron, amaron o temieron en instantes concretos de su proceso cultural. Rechazando la realidad tangible de los documentos (a veces sólo expresión de conveniencias o de ansias de justifi-

cación histórica) y de yacimientos que contradicen sólo aparentemente la realidad preconcebida, los mitólogos desaprovechan la ocasión de descubrir bases realmente sólidas que podrían confirmar, incluso a contrapelo o por reducción al absurdo, sus convencimientos tradicionales, tan a menudo levantados sin más prueba que el «se dice» de la débil memoria de los seres humanos.

Sólo reuniendo como punto de partida de la investigación ambas tendencias —o, al menos, no rechazando previamente como obsoleta e inoperante ninguna de ellas— podríamos alcanzar una interpretación más humana del devenir histórico y, posiblemente, desecar lagunas turbias y descubrir en toda su pujanza las riquezas de su fondo; y hasta en algunas ocasiones desvelar la causa y la razón (sí, dije la razón: razón manipulada, pero razón a la postre) de determinados acontecimientos que se aceptan como generados espontáneamente, por capricho de un grupo humano y hasta de un concreto individuo, pero que, en realidad, arrastran sus motivaciones encubiertas desde instantes inconcebibles del pasado.

Hay ocasiones, incluso, en las que surge como de lo imposible una situación histórica perenne o estática, que permanece más o menos críptica, en paralelo con el aparente dinamismo del acontecer del hombre. Es como un farolillo extraño, suspendido en la nada, que sin embargo hace volar en torno suyo ideas y misiones, aventuras y decisiones, guerras y pactos, masas de obcecados creyentes y personalidades concretas de individuos privilegiados que son luminarias históricas, chispa de movimientos y germen de ideas universales. La historia, en casos así, se convierte en una peonza que gira como beoda en torno al núcleo de la idea, siglo tras siglo, moviendo masas y llamando a campanazos estentóreos hacia un fin que nadie ve claro, pero que todos, absolutamente todos, llevan incrustado en el inconsciente. La palabra que nombra el fenómeno cambia, de acuerdo; pero siempre constituye una especie de detonador capaz de aglutinar, en un solo estallido, esperanzas y temores escondidos que, gracias a ella, estallan y se esparcen, inundando el cerebro humano de visiones y presencias de algo vagamente intuido, moralmente difuso y racionalmente rechazado: justo el cúmulo preciso de ingredientes que conforman el proceder ilógico e irracional de lo trascendente.

Vamos a seguir una de esas situaciones estáticas que han servido de farol de cola a la historia y que la han hecho arremolinarse en el torbellino de su potencia aglutinante.

Vamos a recordar el mito noético. Según la Biblia hebrea (parecerá incluso estúpido repetirlo, pero a veces resulta importante), el hombre, con su depravación, provocó la ira de Dios y Dios mandó un Diluvio Universal del que únicamente avisó con antelación al único hombre justo que quedaba entre tanto malvado sobre la superficie del planeta. Pongamos atención a la situación dualista del mito manipulador: Noé es designado como *justo* frente al resto de una humanidad *depravada*. Noé construye un arca, hace entrar en ella a los suyos y a una pareja de cada especie animal existente y pasa un tiempo impreciso —puesto que los 40 días y 40 noches de las Escrituras no han de tomarse históricamente al pie de la letra— vagando entre las aguas, hasta que el ave enviada le avisa de que hay una tierra donde será posible desembarcar.

(Como todos seguramente recordarán, este mito se repite en prácticamente todas las grandes civilizaciones de la Antigüedad y en todos los continentes sin excepción. Volver sobre la universalidad del mito noético sería, aquí y ahora, una pérdida de tiempo innecesaria.)

En el área geográfica de las civilizaciones mediterráneas, en Asia Menor y en la vertiente atlántica del continente europeo y de África, este mito surge con una fuerza particular que muchos historiadores heterodoxos —entre los que tengo que incluirme— asocian con el mito atlante y con la casi indiscutible existencia de una civilización superior, aún desconocida, que desaparecería por obra y gracia de un imprevisto cataclismo, posiblemente entre siete y diez mil años antes de la Era Cristiana. En su traducción histórica, el mito noético vendría a significar la presencia de supervivientes del desastre en zonas de civilización inferior, a las que aportarían unos conocimientos nuevos y en las que habrían de provocar la eclosión de una nueva conciencia: la conciencia tecnológica, la revolución de los descubrimientos culturales del neolítico: la agricultura, el pastoreo, la cerámica y, en un intervalo de pocos milenios, el germen del dominio sobre los metales, sobre la navegación y sobre el transporte y el comercio. De ese saber primario se pasaría inmediatamente a la vida comuni-

taria, a la aparición de las ciudades y de las castas, y a todo el contexto cultural que conforma, en esquema, la vida que va a condicionar el proceso de la historia universal hasta nuestros mismos días.

Volviendo al puro mito noético (o atlante, elijan ustedes), conviene hacer notar cómo hay numerosos enclaves que, en pugna abierta con la verdad «revelada» de la Biblia —o incluso al margen de ella, por desconocimiento de su tradición y por la existencia de otra tradición paralela que se aprovecha de la nomenclatura judía al extenderse los textos sagrados gracias a la expansión del cristianismo, o a través de la visión coránica— sitúa en su propio territorio la presencia de Noé o de sus inmediatos descendientes. El Ararat del Cáucaso tiene montes que le hacen la competencia, como el Barbanza o el Pindo en Galicia, que, aun siendo mucho menos universalmente conocidos, podrían ser, tradicionalmente hablando, tan auténticos como la cumbre clásica. En cuanto al patriarca mítico y sus descendientes —Sem, Cam, Jaffet y su caterva de hijos, con Túbal y compañía a la cabeza— tienen su presencia asegurada y testificada en los mitos históricos del Mediterráneo y, sobre todo, de la vertiente atlántica y cantábrica de la España peninsular. Incluso, como ya hice notar repetidas veces,<sup>1</sup> hay en España enclaves muy precisos que cifran su historia remota en la presencia arcana de los descendientes del patriarca bíblico y en la obra civilizadora que realizaron.

#### *El trasiego de un pueblo misterioso*

Curiosamente, las tradiciones referidas a Noé por un lado y a la Atlántida por otro arraigan en pueblos muy concretos y, al mismo tiempo, terriblemente ignorados y hasta negados —debido a la misma oscuridad que los rodea— por numerosos y sesudos investigadores de la historia. Según la historia tradicional, que circulaba como credo por la Península Ibérica antes de que el racionalismo científico entrase a saco, destruyendo incluso lo que los mitos llevan consigo de verdad, el pueblo que se constituyó en heredero de la civilización aportada por los descendientes noéticos fue el de los ligures,

1. Particularmente en *Los supervivientes de la Atlántida*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1978.

cuya controvertida presencia ha sido puesta en la picota, precisamente porque la ciencia histórica no halló el modo de hincarle el diente a la posible realidad del mito. Según esa historia tradicional, repetida incluso por cronistas del Siglo de Oro, Túbal, el nieto de Noé, fue su primer soberano y a él siguió toda una larga lista de reyes matusalémicos, que fueron aportando su grano de cultura al progreso y a la paz de los hombres. Y llega a decirse de uno de ellos, Ibero, que cruzó el Mediterráneo con una gran flota y que fundó, al otro extremo, una colonia floreciente.

Se trata aquí de una mitología histórica muy particular, porque resulta que, por más negada que haya sido, surgen extrañas coincidencias que obligan a replantearse la cuestión. En primer lugar, por el hecho de que, efectivamente, haya una comarca al sur del Cáucaso, prácticamente coincidente con la actual Armenia y limitada por las fronteras de Turquía, Irán y la Unión Soviética, que, en cartas geográficas no tan remotas, se llamó precisamente Iberia: el mismo nombre con el que, durante tantos siglos, fue conocida la Península. En segundo lugar, por la coincidencia de que presuntos descendientes de Noé fueran a poblar nada menos que la zona en la que, según la tradición del Oriente Mediterráneo, había encajado el arca después del Diluvio. En tercer lugar, por la presunta identidad de las raíces lingüísticas vascas con los dialectos hablados en las comarcas caucásicas, que ha hecho entenderse, al parecer perfectamente, a hombres procedentes de Euskadi con campesinos armenios. En cuarto lugar, por la presencia inequívoca en aquellas zonas de un pueblo que, aunque ninguna prueba histórica racionalista lo avale, coincide por su nombre con el de los ligures de la tradición peninsular: los *uigures*.

De acuerdo con estos supuestos —pues sólo de eso se trata por el momento, aunque las coincidencias descarten ya la pura casualidad—, nos encontramos ante la posible marcha de descendientes atlantes, poseedores de una tradición que nos es prácticamente desconocida, hacia una meta oriental que parece detenerse, al menos de momento, en torno a un gran centro del mundo: el del sagrado monte Ararat. Una zona extrañamente engendradora de ideas trascendentes y núcleo desde el que se han expandido a lo largo del tiempo formas religiosas superiores, como las doctrinas de Zoroastro y buena parte de las herejías gnósticas de los primeros siglos

del cristianismo, así como la religión mística de Mitra, y donde se concentran metas, a menudo también míticas, pero no por ello menos significativas, de renombrados maestros de la espiritualidad. Por ahí pasó Pitágoras. Apolonio de Tiana tomó la comarca como una de sus primeras metas. Y hasta aseguran los herejes musulmanes ahmadíes que aquél fue camino para Jesús cuando, después de su curación de las heridas del tormento de la cruz, iba camino de Cachemira. Meta, pues, de eventual *etapa iniciática* hacia otro lugar. Lo mismo sucedió con los uígures; también ellos querían ir más allá. Pero, ¿hacia dónde?

#### *A trancas con los mitos*

En la tradición arcana de los pueblos surge siempre, de modo paralelo a los mitos tradicionales, una mitología esotérica que camina silenciosa y paralelamente al encuentro de la otra y que, en cierta forma, la motiva y confiere un halo de misterio y de predestinación a los hechos narrados. Quiero decir que, en el fondo, los mitos que se han hecho populares a lo largo de los tiempos contienen toda una serie de causas profundas y oscuras que nunca parecen ser explicadas, pero que son las que ordenan, desde la oscuridad, las acciones de esos hombres o de esos dioses o de esos héroes que son los que el pueblo conoce. Se trata de elementos ocultos, generalmente sobreentendidos, y responden a una ordenación pretendidamente superior que designa, sin dejarse designar, los caminos a seguir, las gestas a realizar, o las actitudes que el ser humano ha de tomar necesariamente ante cada situación que se le presenta.

Junto al caso concreto de la tradición atlante, que es la que aquí podríamos calificar como exotérica, existe igualmente esa otra, misteriosa e indefinida, que jamás se cuenta (al menos a niveles de historia narrada), pero que se plantea indefectiblemente como ordenadora suprema de acontecimientos. Me refiero a la tradición hiperbórea. Si la Atlántida tiene relatores concretos —Platón, por ejemplo, a quien se lo narró Solón, que a su vez lo supo por los sacerdotes egipcios— y un emplazamiento preciso y una historia más o menos cronológica dentro de lo que el mito puede admitir de concre-

ción, Hiperbórea es una pura entelequia de imprecisiones y de medias palabras sobreentendidas. Se la sitúa vagamente al norte, se la designa como cuna primigenia del sol y de la suprema sabiduría, se la nombra como origen de dioses, de ilustres magos, de los grandes sabios —míticos o no— del mundo, como fuente de máxima autoridad y, sobre todo lo demás, como meta inalcanzable a la que sólo se llega por el consentimiento o por el previo deseo de los rectores supremos del mundo que en ella habitan o que de ella proceden.

La tradición mítica de Hiperbórea no se narra: se sobreentiende. Sus enviados, que surgen por el mundo esporádicamente a lo largo de la historia, no llevan carta de identidad: se les reconoce. Su emplazamiento no está marcado en los mapas: se sospecha y se designa por una vaga localización geográfica que marca más, si cabe, sus aires de secreto supremo y fundamental. La misma confusión de todos los datos que giran en torno suyo hace de ella un lugar añorado, sospechado y temido a la vez, con el mismo temor añorante que causa el sol, cuya proximidad abrasaría irremisiblemente, pero cuyo lejano calor hace imprescindiblemente divina su presencia para los pueblos. No en vano los estudiosos del fenómeno esotérico han identificado ese núcleo mítico de emanación trascendente con el sol y con el origen de los cultos solares. No es gratuito, por tanto, que de allí llegase Apolo, la divinidad solar por excelencia del mundo mediterráneo, y que se convirtiera en el poderoso revulsivo aniquilador de todos los demás poderes divinos menores.

La tradición oculta cuenta —y lo hace siempre a medias, como es lógico— que Hiperbórea fue una tierra dominadora del planeta que, lo mismo que Atlántida, pero mucho antes, desapareció a causa de otro cataclismo impreciso. Sus habitantes, en lugar de esparcirse por el mundo como los atlantes, se concentraron en ese lugar al que nadie tiene acceso y desde él, poseedores del máximo poder y de la más alta autoridad, siguen gobernando secretamente el mundo y rigiendo el destino de los hombres. (Lo cual, traducido al tema que llevamos entre manos, podríamos contarlo con palabras que vendrían a demostrar cómo ese supuesto clan secreto de seres superiores es capaz de ejercer sobre los seres humanos una manipulación que ha ido conformando, a lo largo de milenios de historia, su destino concreto, su desarrollo cultural, sus creencias y hasta esos mismos mitos en los que siempre surge su presen-

cia, su suprema influencia como mano conductora de los hilos que mueven irremisiblemente al planeta y a todos sus habitantes.)

### *Precisas imprecisiones*

Las vagas alusiones que se hacen a esta tierra en los textos más remotos han pasado inadvertidas de modo general. Y, del mismo modo que a Apolo se le ha aceptado como simple divinidad olímpica y hasta se le ha fijado una filiación que apenas deja entrever su origen, la tradición bíblica ha contado sucesos como la historia de Gog y Magog y del poderoso rey-sacerdote Melquisedec<sup>1</sup> sin especificar espacios geográficos que no parecían querer definirse, precisamente porque se encontraban ya en la memoria de quienes estaban en condiciones de localizarlos. La misma imprecisión surge en los Evangelios<sup>2</sup> a la hora de fijar el origen concreto de los Magos llegados ante Jesucristo niño para reconocerle y hacerle el don de los regalos solares simbólicos: el oro, el incienso y la mirra.

Sin embargo, en todas estas tradiciones flota una presencia extraña, ordenadora aparente de los destinos humanos, e imprescindible a la hora de juzgar y decidir acciones fundamentalmente trascendentes para las creencias de los pueblos del planeta. Incluso, llegado el momento de entrever el origen de determinados mitos primigenios, convertidos en motivo de acción trascendente, el mundo de esos rectores implacables vuelve a dejarse entrever y su influencia inapelable sobre el devenir del hombre se personifica en seres a caballo entre lo divino y lo humano, que, curiosamente, reciben en secreto un culto a contrapelo del que se asigna a la divinidad reconocida de turno. Parece como si esos seres representasen, en realidad, esa rebelión de origen terrestre, creada en exclusiva por el hombre mismo y para el hombre mismo, que cualquier religión establecida proclama como nefanda, en tanto que empuja a la humanidad, o al menos a un sector de ella, a entregarse a fuerzas de conocimiento esencialmente contrarias a la creencia ciega que esos movimientos

1. Génesis, 14, 23.

2. Hebreos, 10, 20. Mateo, 2, 1.

teocráticos quieren implantar en la conciencia de sus fieles.

Todo el mito luciferino está ahí encarnado. Lucifer, como presunto portador de la luz y del saber (recordemos su presencia simbolizada por la serpiente en el árbol del Edén), es la entidad prometeica que roba a los dioses establecidos la luz y hace entrega de ella a los hombres, la personalidad indefinida que tiene su sede en las entrañas del centro de la tierra, en lugar también impreciso, aunque a menudo secretamente sospechado, que impone un poder de conocimiento tan fuerte (pero siempre contrario y complementario) como el poder presuntamente salvífico de la fe ciega y aceptada con renuncia plena al saber consciente.

Significativamente, de la conciencia de ese lugar remoto y secreto y de las entidades que rigen desde él al mundo a contrapelo de las creencias, imponiendo su sabiduría suprahumana —y, en consecuencia lógica, enemiga mortal de lo considerado divino y de todo cuanto representa—, surge toda una tradición de fuerza escondida y avasalladora, que puede hacerse patente en un momento cualquiera del devenir humano, para terminar definitivamente con la influencia omnimoda del poder presuntamente divino. Es, en cierto modo, el Anticristo del Apocalipsis, la entidad concreta que surgirá con la misma fuerza atribuida al dios desconocido para seguir manipulando al hombre como ese mismo dios lo hace, para seguir exigiéndole obediencia, pero no ya desde las coordenadas de la fe, sino de un conocimiento que habrá de convertirse, en la mente de sus exégetas, en religión definitiva de los seres humanos.

Lucifer, Prometeo, Melquisedec bíblico, Mahasura hindú, Anticristo, Apolo solar, Hayyat de Iblis o entidades hiperbóreas. Se trata de todo un bosque oscuro de tradiciones aparentemente desconectadas entre sí que, si nos molestamos en bucear en su génesis, tienen todas un origen incierto en el tiempo (preatlante) y una localización difusa en el espacio: hacia el norte, hacia donde señala inaplicablemente la Estrella Polar.

#### *Fijando puntos concretos*

Durante la Edad Media, la tradición de ese lugar incierto de donde emana el poder de conocimiento que rige los desti-

nos de la humanidad, parece concretarse. Al menos, si podemos establecer una determinada concreción a partir de hechos que la historia ha registrado, aunque no ha sido capaz de fijar su relación con el supuesto mito arcaico. En torno al siglo IV de la era cristiana, ese pueblo extraño y probablemente escaso de los uigures, que antes relacionábamos con los ligures peninsulares, sigue su interrumpida emigración, abandona la Iberia Caucásica y se dirige, a través de los actuales territorios de Afganistán, Pakistán y Cachemira, cruzando el Karakorum y los montes sagrados de Kwen Lun, a una zona del Asia Central limitada por esta última cordillera y las cumbres de Tien Shan: el desierto de Takla Makán. Allí, tal como han averiguado los historiadores, debieron ser convertidos a una creencia herética por monjes de una secta supuestamente de origen nestoriano y adoptan una religión de indudable carácter sincrético, en la que un cristianismo transformado se conjuga con prácticas de tipo budista y con saberes de raíz chamánica. En cierto modo, se trata de un culto que tiende a romper los moldes estrictos de una determinada creencia, para integrarse en un universalismo religioso que habría sido seguramente rechazado como herético y luciferino por cualquiera de las formas espirituales concretas de las que se servía.

En cualquier caso, lo que ha permanecido en el misterio, a pesar de los intentos de explicación racionalista histórica que se han esgrimido, es la extraña comunidad de creyentes supuestamente nestorianos que interviene en el conversión masiva de los uigures. Queda apenas conciencia de su sincretismo (un sincretismo que entra de lleno en la abolición de dogmas, a fuerza de tomar de ellos sólo elementos de supuesto conocimiento) y de un lugar, ya relativamente concretado, que va a ser considerado, a lo largo de un dilatado periodo medieval, como la sede, corte y estado de un personaje dado como mítico por los historiadores, pero continuador en su inconcreta persona de esa misma tradición hiperbórea que viene arrastrándose desde los tiempos más oscuros de la antigüedad: el Preste Juan.

El Preste Juan está en la memoria de los mitos de la Edad Media que recogen el recuerdo del pasado ancestral, con características que lo enlazan directamente con la desconocida historia de los orígenes. A pesar de los atributos presuntamente cristianizados que se le adosan, a pesar incluso de las

cartas que parece haber cruzado con príncipes y pontífices europeos durante los siglos XII y XIII —precisamente en momentos de pugna abierta entre la Iglesia y el Estado, en el reinado imperial de Federico II Stauffen— y hasta a pesar de los presuntos emisarios que llegaron desde su lejana y desconocida corte y de aquellos otros que fueron enviados en busca de su tierra como embajadores extraordinarios, tratando de conferir realidad palpable a una situación que escapaba a todos los intentos de integración en las coordenadas de unos acontecimientos concretos, el Preste Juan seguía siendo, lo mismo que el centro del mundo hiperbóreo de las civilizaciones antiguas, una meta inconcreta del simbolismo ocultista surgido como contraposición y rivalidad de conocimientos a la religión oficialmente establecida.

El reino mítico del Preste Juan surge en la tradición cabaleresca de raíz cátara y templaria, como sede donde quedará definitivamente protegido el conocimiento sagrado por excelencia, el ancestral recipiente de sabiduría, caldera o copa graálica, o piedra desprendida de la frente de Lucifer. Los cartulanos medievales, muchos de ellos cuidadosamente realizados por kabalistas judíos detentadores de la tradición arcaica, identifican esa tierra —ya vagamente señalada— con Gog y Magog, con el reino originario de los Magos, hasta con el lugar de donde habrá de proceder irremisiblemente el Anticristo luciferino que terminará de un golpe con las religiones salvíficas, en ese tiempo mesiánico que la iglesia pondrá como instante futuro crítico de la humanidad. Ramon Llull, en los primeros años del siglo XIV, tratará también de alcanzar aquel lugar presentido y sospechado, y, para llegar a él, no dudará en dirigirse a Chipre para que el último maestre de la orden templaria, Jacques de Molay, le proporcione datos sobre el ignorado camino y un salvoconducto que le abra la posibilidad de atravesar zonas geográficas que parecen estar dedicadas a proteger fieramente el acceso a tierras sagradas y tradicionalmente prohibidas.

#### *Líneas que convergen en un punto*

Paralelamente a esta continuidad de mitos surgidos en Europa y en el Cercano Oriente, la tradición asiática posee también un contexto tradicional que, desde las estepas sibe-

rianas a Ceylán y desde Cachemira a Corea, sitúa un lugar en el cual se concentra el poder rector secreto del mundo y el centro espiritual desde el que se esparcen las líneas maestras de saberes y creencias universales. Para el taoísmo hay un lugar —incierto situado entre los montes Celestes (Tien Shan) y la cordillera prohibida (Kwen Lun)— donde está la sede de las entidades divinas encargadas de regir la tierra en todas sus vertientes. Para hinduistas y budistas existe, más allá del Himalaya, un lugar secreto donde los grandes maestros de la humanidad se esconden en cavernas de la curiosidad de los seres humanos y desde donde expanden su autoridad sobre todo lo viviente. Esta tradición de los grandes *mahatmas* se mantiene viva en la India y en las tierras tibetanas, pero jamás como mito, sino como una realidad, no menos cierta por el hecho de ser desconocida e impalpable: *Shambhalla*. Es la misma realidad que, con características abiertamente luciferinas —y no cometamos el error de confundir todavía lo luciferino con lo demoníaco— pervive en Mongolia y en Siberia como reino de *Agartha* desde el cual el Rey del Mundo —una personificación oriental del europeo Preste Juan de la Edad Media— gobierna a pueblos y naciones del planeta con un poder que ningún príncipe se atrevería a poner en entredicho. Curiosamente, de aquella extraña tierra desconocida dicen las tradiciones budistas que llegará Maitreya, el último Budha que habrá de salvar la humanidad y conducirla a su definitiva superación; una figura paralela al Anticristo luciferino de las tradiciones occidentales.

Entre el último cuarto del siglo XIX y los albores del XX, se funden en una sola tradición planetaria los componentes del mito hiperbóreo europeo y las tradiciones shambháticas y agáricas de los países orientales.

Durante la revolución bolchevique, el príncipe ruso Ungern von Sternberg, descendiente de caballeros teutónicos, organiza un ejército mongol dispuesto a terminar a sangre y fuego con los principios del recién implantado comunismo soviético y asegura haberse puesto en contacto con el mismo Rey del Mundo para vencer en esa lucha mesiánica en la que se ha comprometido.

Años antes, los fundadores de la Sociedad Teosófica, madame Blavatsky, la señora Besant y el coronel Olcott, dan a conocer a sus seguidores los mensajes que aseguran haber estado recibiendo de los grandes *mahatmas* (señores) que repre-

sentan la máxima autoridad planetaria y viven en ese lugar secreto de los montes asiáticos.

Hacia el primer cuarto del siglo, otro investigador —místico, pintor, zoólogo, filósofo y espiritualista, todo en una pieza—, el también ruso Nikolai Roerich, emprende una serie de expediciones de búsqueda por las regiones tibetanas, chinas y mongolas de los desiertos de Takla Makán y del Gobi, y regresa de la primera de ellas portador también de un presunto mensaje de paz y amistad de los gobernantes desconocidos con los que dice haber establecido contacto en aquellos territorios, dirigido a Lenin y a los dirigentes soviéticos.

Extrañamente significativo: en líneas generales, pero mucho más concretamente de lo que aparece en la Edad Media, el lugar misterioso y presuntamente legendario se va localizando; ya se pueden conocer espacios territoriales, dentro de cuyos límites coinciden testimonios de viajeros y antiquísimas tradiciones que enlazan cosmogonías de Oriente y Occidente y que parecen mezclar en un todo homogéneo formas religiosas determinadas con una historia remota que, fundamentalmente, no se conforma con serlo, sino que toma el papel de situación perenne y estática que influye inapelablemente, sin que el ser humano llegue a ser dueño real de su propio destino, sobre el devenir de la especie. Una tradición, en fin, que pretende crear, o dar cuenta supuestamente certificada, de una fuerza sobrehumana más, condicionadora del pasado y del futuro y, sobre todo, manipuladora de los actos desde niveles manifiestamente superiores.

#### *Los perros de presa*

No se trata de que intentemos aquí y ahora convencernos de una supuesta realidad del mito shambhánico. A pesar de pretendidas pruebas que podrían, al menos, hacer que lo admitiéramos como una más entre las realidades irracionales que manejan el proceso evolutivo del ser humano, falta siempre el factor de evidencia inapelable que nos permitiría eliminar dudas y reticencias. Falta ese mismo factor que haría que, al fin y al cabo, tantos hechos sospechados y tantas pruebas parciales e incompletas pasaran a convertirse en realidades inapelables de las que nadie podría dudar y que convertiría la creencia y la fe en conocimiento reconocido e

indudable. Pero, lo mismo que sucede con todo cuanto forma parte del mundo de la manipulación —trascendente o inmediata— el fenómeno surge y se manifiesta dejando siempre tras de sí documentos incompletos, evidencias jamás definitivas que importan mucho menos en sí mismas que por las masas que llegan a mover, sectores más o menos numerosos de fieles dispuestos a asumirlas como creencia para hacer luego uso de ella.

Así, exactamente igual que, en el caso de los fenómenos luminosos —OVNI o apariciones—, con su secuela de pruebas a medias, de mensajes, de órdenes y de cosmogonias más o menos divinas, se mueven masas de fieles dispuestas a dejarse conducir por lo que su propia evanescencia tiene de sospechosamente trascendente, exactamente igual la tradición hiperbórea o agárthica ha tenido y sigue teniendo seguidores que consideran fundamental, tanto para su propia superación como para alcanzar un status de dominio sobre el resto de la especie humana, asumir la nunca probada inmediatez y la controvertida realidad del enigma para convertirse en sus paladines, incluso creando, o conformando a imagen de sus intenciones, aquellas preguntas que permanecen sin respuesta en el contexto total del misterio.

Porqués, cuándo y cómo, circunstancias que el fenómeno nunca ha revelado por sí mismo, se adaptan a los esquemas ideológicos de quienes lo aceptan sólo con la intención de convertirse en sus representantes entre los demás miembros de la especie humana, con el fin de tomar, en tanto que delegados de la realidad trascendente, el papel de beneficiarios de sus supuestos poderes. Para conseguirlo, serán capaces de reconstruir, a su imagen y semejanza, las piezas que faltan para completar el gran *puzzle* cósmico, atribuirán al fenómeno sus propias esperanzas y actuarán en su nombre, adjudicándole deseos, órdenes, leyes y filosofías que sólo serán reflejo de sus propias y exclusivas intenciones manipuladoras. Serán los guardianes de un presunto orden trascendente que sólo existirá, con sus características de dominio y de poder, en sus propias mentes, y transferirán su íntimo sistema de comportamiento como si fuera un ideal que debería cumplirse a rajatabla, precisamente porque defenderán que la entidad a la que siguen lo desea así y de ningún otro modo.

En casos de esta índole, el acceso al conocimiento o a la mera noticia de la existencia del fenómeno, constituye ya por

si solo el germen de todo un proceso ideológico, en el cual el fenómeno mismo se convierte en objeto de investigación únicamente para que aporte las pruebas que ya habían sido previamente creadas para justificar una determinada actitud. De ese modo, se reconstruye la realidad desde los cimientos y se eliminan limpiamente o se transforman aquellas evidencias que no concuerdan con la previa ideología del investigador que sólo trata de encontrar confirmación —trascendente, eso sí— a sus supuestos vitales.

### *Los budas exterminadores*

Sólo así se pueden explicar actitudes individuales como la del barón Ungern von Sternberg, del que hablábamos anteriormente, que se proclamaba budista visceral y practicaba las técnicas del yoga, mientras reunía un ejército con el que entraba a sangre y fuego en aldeas y ciudades siberianas con la única obsesión mesiánica de eliminar bolcheviques y establecer un estado agárthico en la Mongolia Exterior.<sup>1</sup> Sólo mediante esta transformación (o invención, podríamos decir) de la supuesta intencionalidad trascendente, creando religión mesiánica de la propia ideología y asumiendo ser portavoz de la realidad rectora superior que nunca se manifiesta al hombre totalmente, pueden surgir fenómenos político-religiosos como algunos que han conmovido sangrientamente al mundo en este siglo y siguen eventualmente intentando el acceso al supremo poder manipulador definitivo e inapelable del ser humano en tanto que especie constitutiva de ese rebaño de los dioses, del que aspiran a ser los perros pastores.

Es muy probable que la mayoría de los lectores tengan noticia del interés que mostraron los dirigentes ideológicos de la Alemania nazi, en el momento de su auge político, por la confirmación de la realidad agárthica. Pauwels y Bergier lo contaron ampliamente en aquel libro desde tantos aspectos ejemplar que fue *El retorno de los brujos*. Sin embargo, es muy probable que también muchos lectores, conocedores de los principios del budismo —posiblemente el sistema filosófico

1. Ferdinand Ossendowsky conoció al barón Ungern y habla extensamente de él en su libro autobiográfico *Bestias, hombres, dioses*, ed. española Aguilar, Madrid, 1947.

trascendente más esencialmente humano y hasta humanitario entre los existentes— se extrañen de que determinadas ideologías hayan hecho bandera de esa filosofía para justificar una política de opresión y de exterminio que casi llegó a destruir al mundo y que costó el sacrificio de tantos millones de seres humanos en los campos de la muerte. Dejemos aparte la cuestión estrictamente judía, que se ha convertido en cierto modo en la justificación sangrienta del Estado de Israel. La ideología nazi, que se cebó en el pueblo hebreo porque era el que caía más a mano y el que primero tuvo la oportunidad de aniquilar, partía precisamente de unos principios raciales que tenían su origen en la presunta existencia de esa raza raíz —la raza aria— que, habiendo sido la creadora de la primera civilización de la humanidad, tenía el derecho inalienable de regir los destinos de toda la especie y de alcanzar antes que ningún otro pueblo advenedizo el grado de evolución, el derecho de alcanzar el siguiente estrato de poder. En este contexto, el *hombre nuevo* proclamado desde ya antes del nazismo por todas las ideologías paralelas, poseedor de una visión nueva del destino humano y capaz de adquirir poderes que le acercarian a los dioses, tendría que salir precisamente de esa raza que, bajada del norte hiperbóreo en épocas perdidas, habría constituido YA en algún lugar preciso, cada vez más estrechamente localizado por las tradiciones asiáticas y remotamente conservado en la memoria de la mística solar de la edad media, un centro de poder similar o hasta paralelo al que el nazismo pretendía construir a partir de sus supuestos ideológicos.

En este contexto, las técnicas del budismo y los resultados trascendentes obtenidos por algunos de sus yoguis a fuerza de superación puramente personal, se consideraron como una especie de atributo inherente a esa raza que estaba destinada unilateralmente a convertirse en portadora de la antorcha de la evolución humana, en poseedora exclusiva del derecho a la supervivencia y al inapelable dominio sobre el resto de los ciudadanos, que serían destinados a su servicio por leyes cósmicas de evolución inapelable y mesiánica.

#### *Motivos profundos de irracionalidad*

Las técnicas de acceso a la trascendencia, en este universo

de presunto dominio sobre el resto de la humanidad —dominio previo a la aniquilación que habría de llegar de modo inapelable en su momento—, respondieron paso a paso a esta idea de aceleración selectiva para acceder a la creación de ese hombre nuevo del que ya se estaba en posesión de la estructura física: los miembros de la raza aria. Sólo ellos tendrían el derecho (avalado por su remota presencia en el mundo en tanto que raza raíz) de lanzarse a la aventura de escalar las metas del estrato evolutivo inmediato. Pero para acceder a ellas había que barrer previamente, no sólo a los seres humanos inferiores, sino a todo el racionalismo secular que habían ido creando a lo largo de la historia.

Sólo así pueden entenderse un buen manojo de absurdos aparentes y de teorías abracadabrantas que el nazismo adoptó como punto de partida para la creación de una nueva cosmogonía totalmente opuesta a los supuestos científicos aceptados por la civilización occidental. Cuando los investigadores al servicio de las potencias aliadas vencedoras tuvieron acceso a archivos y documentos del Tercer Reich y pudieron tomarse tiempo para analizarlos y estudiarlos, se asombraron ante la evidencia de que los prohombres de la Alemania nazi hubieran aceptado sin pestañear toda una serie de supuestos cosmogónicos y hasta teogónicos que nada tenían que ver con las evidencias científicas que rigen por derecho propio y como dogma de fe el mundo industrializado de Occidente. Cuando los resultados de estas investigaciones salieron a la luz, lo hicieron siempre como de tapadillo, como si subsistiera un cierto temor a confesar que una locura irracional semejante hubiera estado a punto de dar al traste con la civilización dominante de la técnica y de la razón omnipotente.

Parecía absurdo combinar las teorías pseudocientíficas y alucinadas de locos reconocidos como Hörbiger, proclamando la remota existencia de varias lunas que fueron cayendo a lo largo de milenios sobre la superficie de la tierra, con la evidencia de unas bombas volantes que casi consiguieron, en el último instante de la Segunda Guerra Mundial, dar un giro de noventa grados a las perspectivas aliadas de victoria total. Incluso costaba creer —y era lógico que sucediera así, en las coordenadas de una contienda en la que parecía desempeñar un papel definitivo la técnica más friamente racional— que Hitler hubiera enviado a su *Wehrmacht* a la campaña de Rusia sin más abrigo contra el frío de la estepa que ligeras bu-

fandas, porque creyó a pies juntillas que los hielos y las nieves retrocederían lo mismo que los ejércitos bolcheviques ante la presencia arrolladora y mesiánica de las divisiones arias.

Y sin embargo, los hechos, analizados friamente, eran así. Todo un país —una nación occidental, podríamos añadir—, empapado hasta la médula de irracionalismo y de ideas mesiánicas sacadas de una tradición sistemáticamente negada como absurda e ilógica por los herederos del enciclopedismo, estaba dispuesto a tomar las riendas del destino humano y a transformar los supuestos evolucionistas a imagen y semejanza de una *Weltanschauung* que había sido arrancada de los mitos más arcaicos de las civilizaciones presuntamente primitivas. Una vez más, en la historia de la humanidad se enfrentaban, con ansias de manipulación total de la especie humana, la ciencia y el mesianismo, la razón y la ruptura absoluta de la lógica, el *stablishment* de unos condicionamientos friamente tecnocráticos y la magia esotérica llevada a sus límites extremos.

### *Los reflejos eternos de la historia*

He dicho eso de una vez más en la historia y cabe que más de uno piense que el fenómeno de la esencial irracionalidad nazi fue algo único e irrepetible, un episodio aislado del largo devenir humano. No es así, sin embargo. Con distintos nombres y apellidos, pero con idénticos ideales de trascendencia mesiánica, de los que el fenómeno del nazismo fue sólo un hito más, la mística solar hiperbórea constituye una situación estática y permanente de la historia que, de tiempo en tiempo, emerge en medio de lo episódico con ánimo decidido de conquista y poder y que, en los periodos intermedios, se mantiene larvada, como un ideal secreto y recóndito de grupos humanos ansiosos de alcanzar la gran transformación del mundo a imagen y semejanza de su propio dominio sobre la Humanidad con mayúscula.

Si nos detenemos a meditar en torno a determinadas situaciones de la historia universal, comprobaremos que, incluso con características sólo anecdóticamente distintas, con crueldades más o menos paralelas y hasta con rasgos espirituales de claro componente místico, el fondo indudable del ansia de poder y de manipulación sobre el género humano, en

aras de un orden nuevo, ha sido la característica de esos periodos más o menos largos en los que se han implantado gobiernos teocráticos —cabría llamarlos en ocasiones heliocráticos—, dispuestos a asumir su propio destino trascendente de dominio universal. En esas coordenadas cabe insertar la implantación del culto solar por Ekhnatón en Egipto, la simulada ortodoxia hebrea de Salomón, recibiendo del mismísimo Yavé las estructuras iniciáticas del templo que había que levantar en honor suyo en el centro mismo de Sidón, centro-del-mundo paralelo al Agartha de la tradición hiperbórea; las conquistas de Alejandro Magno, todas encaminadas a un dominio de la tierra en aras del conocimiento superior; los ideales agárthicos de Asoka, expandiendo por Asia el budismo como forma política dominadora de pueblos; la Guerra Santa islámica, que extendía el omnímodo poder conferido por Dios mismo a un iniciado mesiánico (aunque Mahoma jamás fuera reconocido como mesías, sino como profeta anunciador de tiempos de esplendor divinal); la lenta marcha dominadora del imperio solar incaico; los tiempos de la dinastía carolingia, detentadora de un dominio europeo convertido en unidad solar de destino; las conquistas agárthicas de Gengis Khan, tradicionalmente considerado como portavoz mesiánico de los secretos dueños del mundo, como en cierto modo lo fuera Atila siglos antes; la ambición, a la vez religiosa y política de un Federico II Stauffen, imbuido de ideales hiperbóreos de raíz a partes iguales islámica y teutónica; la conquista de la tierra atlante de Canarias por caballeros normandos descendientes de paladines graálicos y protagonistas de gestas caballerescas de indudable carácter heliocrático; el dilatado reinado expansionista de un Luis XIV dispuesto a convertir al mundo en un feudo familiar (racial, en fin); e incluso la increíble ascensión mesiánica de un Bonaparte tocado por los dioses, que no permitió que las manos del papa colocasen en sus sienes la corona imperial que él mismo había conquistado.

Faltan hechos todavía. Hechos posiblemente menos impresionantes de la historia que se alzan como pequeñas burbujas de una situación soterrada que pugna por dar cuenta y sinrazón de sí misma. Anécdotas olvidadas como la justicia mesiánica de la Santa *Vehme* o las conquistas bálticas de los caballeros de la orden teutónica; aventuras heréticas como las de las sectas luciferinas y misterios apenas entrevistados de la

historia, como la aventura mesiánica de Juana de Arco; procesos con sus orígenes tergiversados, como los de los alumbrados en Castilla o los de los flagelantes en Europa Central; personajes jamás claramente definidos, como Gilles de Rais o Charles Manson.

### *Un baño solar de sangre caliente*

No es casualidad que, en la mayor parte de los acontecimientos que he citado, lo mismo que en las aventuras humanas comentadas en el capítulo precedente, haya siempre un componente de violencia, sangriento, sacrificial, que parece ser el que da sentido al fenómeno. Es como si únicamente la violencia lo justificase y como si sólo a través de la violencia pudiera alcanzar su razón de ser el culto consciente o inconsciente a esa entidad hiperbórea que, sin embargo, parece manifestarse como esencialmente trascendente, sobre todo en su vertiente shambhática, tal como está concebida desde las coordenadas del budismo puro originario. Esta circunstancia ha de poner necesariamente en guardia a quienes, conscientes de los valores humanísticos de los grandes movimientos orientales de origen búdico, se tropiezan con la aparente identificación que aquí se ha hecho con las corrientes mesiánicas agárficas, tanto de Oriente como de Occidente.

Me gustaría, sin embargo, que partiéramos de unos hechos objetivos, para dejar sentado lo que más adelante habrá de desarrollarse con mayor conocimiento de causa, después del análisis de otros fenómenos trascendentes paralelos, y tras haber abordado otros aspectos de esa inmensa manipulación cósmica de la que el hombre es víctima y verdugo a la vez. Si el hombre tiene conciencia, o al menos intuición, de las fuerzas manipuladoras que actúan sobre él desde todos los niveles (pero fundamentalmente desde el plano de lo irracional, de lo inaprehensible y de lo visceralmente desconocido), tiene en su mano la posibilidad de liberarse de ellas de dos modos: trascendiendo individualmente los poderes que le manipulan o convirtiéndose, a su vez, en manipulador. En este segundo caso, y aunque la apariencia pueda querer desmentirlo, el hombre lleva a cabo apenas un simulacro de trascendencia. Dándose cuenta o no de que forma parte de *toda la especie*, intenta separarse de ella y hasta actuar sobre ella del mismo

modo en que las demás fuerzas de presión han actuado sobre él.

Sin embargo, al no haber dejado a un lado definitivamente más que la parte menos trascendente de la propia dependencia, por medio de las técnicas de autodomínio, ese apenas medio escalón ascendido sirve para someter al resto de la especie que no ha llegado a él, pero no es válido para alcanzar realmente la propia liberación. El sentimiento del autodomínio, solo o aislado, únicamente lleva al deseo —incluso a la necesidad— de ejercerlo sobre los demás. Y falto de una real y auténtica liberación a todos los demás niveles del espíritu, tal dominio sólo se puede ejercer de modo efectivo por la violencia, por el terror, por el mismo miedo pánico que el sujeto ha sentido al pasar el grado iniciático que conduce a ese autodomínio primero.

Recuerdo haber tenido noticia de una de las pruebas por las que tenían que pasar, en la Alemania nazi, los aspirantes al ingreso en los cuerpos de choque del partido, las SS. Colocados de pie dentro de una zanja, debían quitar la espoleta a una granada, ponerse ésta encima de la cabeza y quedarse inmóviles durante un tiempo determinado. Si se mantenía sobre la cabeza del aspirante el tiempo requerido, la prueba se había superado, pero si llegaba a caer —con lo que la explosión era inevitable— el aspirante tenía dos posibilidades: o seguir inmóvil, en cuyo caso, si sobrevivía, tendría derecho a una pensión vitalicia de invalidez, o saltar fuera de la zanja para evitar la metralla; en tal caso, tendría inapelablemente cerrado el acceso a la orden negra.

Pensemos un momento: un ser humano cuya iniciación consiste en demostrar el autodomínio a tales niveles, tiene que estar necesariamente abocado a la misma violencia a la que ha sido sometido. Para él, esa violencia, en la guerra o en el exterminio, será consecuencia directa de una actitud vital y hasta religiosa, a su manera. Y su liberación del miedo sólo podrá conducirlo a emplear ese mismo terror, a los niveles que sea necesario, para ejercer sobre los demás el dominio del que él cree haberse liberado. Sentirá el derecho inalienable de ejercerlo, precisamente por creer que ha accedido a unos grados de suprahumanidad que los demás mortales, fuera de su contexto esotérico, están muy lejos de poder alcanzar. Lo mismo que un dominico inquisidor, habituado al cilicio, consideraba lógico el tormento en las celdas

inquisitoriales, el caballero de la orden aria tenía conciencia —tan religiosa como pudiera tenerla el dominico en cuestión— de su derecho a manipular con el mismo miedo que él supo vencer.

## Como una luz sobre un árbol

*Estructura de una historia*

En esquema, la historia se ha repetido muchas veces, sin apenas alteraciones. Todo ha comenzado con unas personas de inteligencia simple y de fe atávicamente arraigada. Gente de vida y mente sencillas, habituadas a modos de vida primitivos e inmediatos, sin las complicaciones ni las exigencias de unas estructuras sociales envenenadas por la vida ciudadana. En un porcentaje muy elevado de los casos, se ha tratado de niños o de adolescentes con mentalidad infantil.

En un instante concreto de sus vidas, esos seres, unidos en grupos de dos, de tres o de cuatro, se han alejado de su hábitat normal —el pueblo, la aldea o el caserío—, siguiendo un camino que les es habitual, bien porque suelen llevar por allí su ganado, bien porque es el que cada día les lleva de la casa a la escuela o al lugar de sus juegos. Son gente de creencia sencilla, que les ha sido implantada desde la más tierna infancia.

Y un día sucede: en las cercanías de una gruta, o simplemente en medio del campo —siempre relativamente lejos de la comunidad habitual— surge de pronto una luz que, con mayor o menor rapidez, adopta la forma de ángel, de santo o de la mismísima Nuestra Señora (el caso más corriente). La

aparición les habla, les declara antes o después seres puros y portadores de un mensaje, les certifica su identidad celestial y les conmina, bien desde su primera aparición o después de varias citas escrupulosamente cumplidas, a que hablen de su visión, a que comuniquen a los demás la nueva, a que lleven *allí* a la gente o a que proclamen ante las autoridades la necesidad de levantar, siempre allí, un santuario que habrá de convertirse en centro de peregrinaciones. Normalmente, la aparición se complementa con prodigios, con profecías, con oraciones muy especiales, con mensajes y augurios dirigidos a personas concretas, al país entero o a todo el mundo.

Los protagonistas de la aparición tardan más o menos en confesar lo que han presenciado. Pero terminan siempre por hacerlo y, a partir de ese instante, el lugar comienza a ser visitado por curiosos y creyentes. Siguen las visitas del ente o de los entes presuntamente celestiales y se van acumulando toda una serie de fenómenos —éxtasis, visiones, milagros, actos masivos de fe colectiva— que, sin excepción, tienen como intermediarios a los primeros videntes, aunque ocasionalmente hay contagios trascendentes protagonizados por alguno de los nuevos visitantes.

### *La gran fiesta de los sentidos*

Me gustaría llamar la atención respecto a unas circunstancias que se repiten indefectiblemente en este tipo de contactos trascendentes: en ellos intervienen, de modo activo y hasta necesario, todos los sentidos a través de los cuales tomamos contacto con la realidad de cada día, vista, oído, olfato, gusto y tacto.

Los protagonistas de la presunta manifestación celeste comienzan *viéndola* directamente —tras una transformación a partir de la luz primaria— y la siguen contemplando a través de las sucesivas manifestaciones. Pero siempre son ellos quienes ven y transmiten su visión a los demás, que nunca (o muy pocas veces, al menos) tienen la suerte de compartir el espectáculo con los primeros afectados, salvo en el caso de un eventual momento de gran *show* espectacular colectivo, ampliamente anunciado o preparado y que, en general, se da sólo una vez y nunca vuelve a repetirse.

Esos mismos protagonistas son también quienes *escuchan*

la voz de la aparición, quienes se convierten en una especie de receptores y emisores —médiuns— del mensaje o de toda una serie de mensajes que, sin embargo, van dirigidos a los demás, a menudo a la humanidad entera. Nadie más que ellos capta las voces o escucha las profecías. Sólo ellos las repiten o las transcriben, si saben leer y escribir (a menudo no sucede así). Son, en cierto modo, los mensajeros elegidos por la pregunta persona «divinal».

Los mismos protagonistas son los encargados de tomar de los fieles los objetos, cruces, medallas y relicarios que éstos desean que *toque* el personaje celeste que ellos no pueden ver. Y esa función táctil —la posesión supersticiosa de algo que el personaje celestial haya tenido entre sus manos o tocado con sus vestidos— se convierte en uno de los objetos fundamentales de la peregrinación.

El sentido del *olfato* suele activarse, en estos casos, primero a través de los divinales aromas que los videntes manifiestan sentir en presencia de la aparición o precediéndola, y hasta siguiéndola, cuando ya la visión ha concluido. Se trata siempre de aromas relacionados con perfumes florales y muy semejantes, por su descripción, a los que han notado los testigos de las exhumaciones de cuerpos incorruptos de santos y beatos, gurús y avatares.

Finalmente, el *gusto* se manifiesta en formas concretas que aparecen en la boca de los videntes en los momentos culminantes de sus estados de éxtasis, formas que los cristianos llaman hostias consagradas y que los tales videntes muestran en sus lenguas y todos pueden ver y hasta retratar, antes de tragarlas en un acto eucarístico prodigioso que sirve como testimonio a menudo incontrovertible del supuesto hecho milagroso.

#### *El juego insólito del sexto sentido*

Los orientales dicen que el ser humano cuenta, no con los cinco sentidos que nosotros reconocemos, sino con un sexto que ayuda a ponerle en contacto con el mundo de las apariencias. Este sexto sentido, que en Occidente se toma como máxima manifestación de la captación de la realidad, es la mente. Una mente lógica y racional que encauza y canaliza las sensaciones que nos transmiten la vista, el oído, el gusto, el

olfato y el tacto, interpretando, nominando y definiendo el conjunto de las restantes sensaciones. La mente nos da *nuestro* particular sentido del tiempo y compone las bases lógicas de la comprensión sensible.

Pues bien, ese sexto sentido mental se manifiesta igualmente en los protagonistas elegidos del mundo de las apariciones. Estos seres, generalmente poco habituados al ejercicio *lógico* de la mente, captan (instintivamente, al parecer) el mensaje que les comunica su particular aparición, lo canalizan a través de un cerebro básicamente virgen de preocupaciones, de juegos intelectuales y de formas mentales derivadas de las necesidades culturales, y lo lanzan a la memoria colectiva de los fieles seguidores bajo la forma de anuncios, de profecías mediatas o inmediatas, de consejos y hasta, a veces, de proclamas curiosamente políticas.

La memoria de los videntes se implanta con los mensajes y queda, en cierto modo, convertida en un disco o en una cinta magnética sólo apta para guardar la información venida del lado de su aparición. En ocasiones, durante el resto de su vida —recordemos los escritos de Lucía, la niña superviviente de los hechos de Fátima— se limitan a recitar o a transcribir montones de mensajes, de teorías, de profecías y hasta de teogonías y cosmogonías que su visión les grabó en la mente en momentos cronológicamente imposibles. Algo paralelo, en cierta manera, a lo que nuestro gran heterodoxo Ramón Llull confesaba en su escrito autobiográfico, al asegurar que el pastor que se le presentó, casi milagrosamente también, en su retiro de Randa, le había contado en media hora lo que los más preclaros maestros habrían tardado años enteros en explicar.

Da la sensación, en estos casos, de que los mensajes venidos a través de las apariciones se producen de modo paralelo a esos ultrasonidos o esos sonidos acelerados y agudísimos, imposibles de entender a velocidades normales de los magnetófonos, precisamente porque fueron grabados a frecuencias superiores y sólo pueden captarse al reducir a la mitad o a la cuarta parte la velocidad de audición. Sé que el caso no es el mismo, pero creo que el paralelismo puede hacer comprender, a niveles racionales, un fenómeno que, en sí mismo, escapa a cualquier interpretación lógica.

### *Bombardeo sensorial*

Todos los datos expuestos hasta ahora respecto a la acción de las presuntas apariciones sobre la personalidad de sus contactados —e, indirectamente, sobre testigos y demás creyentes— llevan a la conclusión de que la actividad trascendente se ejerce mediante una agresión súbita e irracional sobre los centros de captación de la realidad cotidiana. La afirmación puede parecernos perogrullesca, pero pienso ya muy a menudo que son precisamente las verdades —y hasta las mentiras— de Perogrullo las únicas que, en contra mismo de nuestras aberraciones racionales, pueden conducirnos a la captación —que no a la comprensión— de cualquier fenómeno de los que venimos a llamar trascendentes.

Visiones, aromas, contactos físicos, voces o músicas y hasta sabores llegan, en el caso de las apariciones, de donde nunca sería lógico que llegasen. La mente, por su parte, interpreta los estímulos con arreglo a modelos suprracionales de metalógica manipulada por las creencias oficialmente implantadas. Es natural que una mente virgen de complicaciones intelectuales explique cuanto choca con sus esquemas como proveniente de unos cielos prefabricados y de una divinidad impuesta secularmente a golpe de hisopo y cilicio mental.

Pero tengámoslo en cuenta: la impregnación trascendente se produce siempre desde el plano sensorial, precisamente cuando ese plano, base de nuestra experiencia inmediata, queda extorsionado mediante estímulos que no responden a los que la costumbre cotidiana nos ha habituado a aceptar como naturales y humanos. Si vemos, oímos, olemos, etcétera, «cosas» que lógicamente no pueden formar parte de nuestro entorno inmediato, no nos cabe más que rechazarlas o aceptarlas como procedentes de planos divinales previamente aceptados por el acatamiento a las fuerzas manipuladoras del poder espiritual. El «pienso, luego existo» cartesiano tiene un contrario que nada tiene que ver con discursos metodológicos: «creo, luego acepto». Así, sin más, por obra y gracia de unos estímulos que no deberían lógicamente producirse; por la acción de una fuerza que, no habiendo sido jamás catalogada por la experiencia científica, caen de lleno dentro de los límites de lo incontrolado, de lo estrictamente imposible de explicación racional.

Un siguiente escalón estructural que no parece ofrecer duda respecto a los posibles motivos por los que esos seres se ven abocados a su condición de contactos de algo indefinible, es que tal contacto se realiza sin que medie en modo alguno su voluntad. Su misma naturaleza, en cierto modo primitiva —o, al menos, sencilla y simple— les deja marginados ante una posible sospecha de fraude consciente o de previo deseo de entrar en contacto con la entidad extrahumana. Un repaso a las historias de las apariciones de Fátima, de La Salette, del Palmar de Troya o de cualquier otro lugar, nos da descripciones que no por manipuladas —naturalmente, por los sectores religiosos que han asumido el supuesto prodigio y se quieren servir de él— son menos claras en este sentido. Esos niños o esos adolescentes que fueron en su momento los protagonistas de los hechos no tenían, al menos en principio, voluntad alguna de establecer el contacto. Esa voluntad les surge, en todo caso, a posteriori e incluso, muy a menudo, no se trata tanto de voluntad como de necesidad o, eventualmente, de estímulos más o menos reclamados y exigidos por la masa de creyentes y de autoridades religiosas, ávidos todos de prodigios que susciten y afirmen su fe —implantada— y su esperanza —manipulada—.

La conclusión a la que puede llegarse en este sentido es que ese «lo-que-sea» que aparece envuelto en luz, sonido y aroma en espectáculo extraterreno, ha *elegido* su propio sujeto intermediario y le ha hecho servir de cebo —tan espiritual y trascendente como queramos reconocerlo— para ejercer su influencia sobre los demás y ponerse en supuesta comunicación unilateral con ellos. En cierto modo, sucede lo mismo que en los casos en los que un mago o un investigador del ocultismo encuentran, muy a menudo por obra del azar, un *médium* que les sirve para realizar experiencias que su misma naturaleza o su carencia de supuestos poderes les impiden llevar a cabo directamente. El o la médium, en tales casos, suele ser una persona que ni siquiera tuvo conciencia de sus cualidades hasta no ser descubierta. Y hasta se da el caso, bastante corriente por otra parte, de que esos supuestos poderes —que para mí no lo son, sino cualidades ajenas a la voluntad, precisamente cuando el poder implica un acto voluntarioso antes que cualquier otra cosa— habrían sido difíciles o

hasta imposibles de captar por el sujeto que los posee, porque su inteligencia o incluso alguna tara mental o física, le habrían impedido tomar conciencia de ellos por sí mismo.

### *El problema de las taras*

En alguna —más de una— ocasión, he tenido oportunidad de escribir o decir que los *sujetos pasivos* de estas experiencias trascendentes eran gente tarada en muchos casos. Y tal afirmación, mal entendida, ha producido en determinados niveles socio-religiosos, y hasta en muy concretas personas fanáticas de la creencia manipuladora, reacciones de rechazo perfectamente comprensibles, pero inexactas. Porque se tiene un concepto visceralmente condenatorio del mal físico y psíquico y porque la sociedad —sobre todo la estrecha sociedad de creyentes a todo riesgo que aún queda por esos mundos— piensa todavía que conceptos como tara mental, herencia patológica o incluso palabras como cáncer o tuberculosis o psicosis se deben nombrar únicamente con términos como aquel de la «larga y penosa enfermedad» que se convirtió en su día en síndrome abstracto abarcador de todo lo feo e inhumano, y hasta presuntamente sucio y vergonzoso, que andaba por esos mundos de María Santísima.

Pienso que a las cosas conviene llamarlas por su nombre y que no sólo no ganamos nada, sino que perdemos mucho, si no lo hacemos así y camuflamos conceptos que nada tienen objetivamente de vergonzantes. Porque nadie —o supongo que muy pocas personas, tal vez dos o tres por millón y medio— podría enorgullecerse de no estar o de no haber estado enfermo en alguna ocasión, o de no ser un enfermo permanente. La enfermedad, sea la que sea, implica taras, crónicas o transitorias. Y esas taras —demosles su nombre y concedámosles su estricto significado— conllevan problemas que afectan de una u otra manera a la personalidad del individuo. E incluso hay otras ocasiones en que esas taras son provocadas y voluntarias, asumidas por el propio sujeto por medio de autocastigos —ayunos, vergajazos o cilicios— practicados para castigar, dominar o hasta transformar el cuerpo y sus sensaciones («la carne», si queremos utilizar el lenguaje pseudotrascendente del cristianismo).

Pues bien, esos males o taras o sacrificios voluntarios van

destinados (o tienen como consecuencia, si no interviene la voluntad) a una transformación de las perspectivas físicas o a una disminución de las facultades sensoriales, de captación de la realidad inmediata. Quiero decir que, bajo el efecto de una enfermedad, de una convalecencia o de un defecto permanente, físico o mental, genérico o de nacimiento, la percepción sensorial puede quedar alterada o afectada. Y, al ser así, puede quedar también trastocada en el sujeto en cuestión la apreciación del entorno físico y, de rechazo, la inalterabilidad —aparente sólo— de las reglas de la lógica racional. Y eso mismo puede suceder con ocasión de cambios naturales del organismo físico, como la pubertad o la menopausia.

#### *Agujeros en la sensibilidad*

Gracias a —o por culpa de— tales circunstancias, los sentidos, en su totalidad o parcialmente, pierden su importancia en tanto que vehículos de percepción de la realidad física e inmediata que nos rodea. Se convierten en una o varias tablas de una barca que hace agua por ellos: la barca humana. Es decir, que la realidad inmediata es captada de modo que, desde parámetros de supuesta normalidad, consideraríamos como defectuosos, como una miopía o una sordera.

Ahora bien, si pensamos que un error permanente de apreciación del entorno físico puede hacer que su realidad, supuesta y admitida, resulte alterada, cabe perfectamente admitir que *otra* realidad ajena al sujeto y no normalizada o autenticada por el mundo de los sentidos —transformadores y traductores de vivencias y fabricantes primarios de realidades tridimensionales inamovibles— pueda entrar a través de la zona afectada e imponer su propia permanencia. Por ejemplo, a través de una glándula endocrina sujeta a hipo- o a hiperfunción. Por ejemplo, a través de una ceguera o de una sordera. Por ejemplo, a través de una distorsión total de las funciones, provocada por un ayuno prolongado. Por ejemplo, a través de un cerebro trastornado por una psicosis o incluso insuficientemente desarrollado por un régimen de vida precario, carente de alguno de los elementos básicos para el desarrollo y la subsistencia.

En cualquiera de estos casos se produce un rechazo consciente o inconsciente del entorno. Y, consecuentemente, surge

una zona —mental o anímica— no encajada adecuadamente en la realidad cotidiana. Zonas en las que han de producirse *grietas* en lo referente a la captación supuestamente correcta del entorno que llamamos normal y cotidiano. Grietas por las cuales puede entrar otra faceta de la realidad, ajena al mundo aceptado como normal y capaz de hacer vivir otras realidades o, al menos, capaz de permitir que otras formas de realidad normalmente ignoradas pero presentes en nuestro entorno cósmico se hagan patentes para ese sujeto en un aquí y un ahora.

Los ejemplos no faltan en ningún caso y muchos de ellos he tenido ya oportunidad de citarlos en otras ocasiones, para escándalo de ciegos creyentes incapaces de entender una realidad que no sólo debe creerse a pies juntillas. Es la tara de alcoholismo hereditario sufrida por Bernadette Soubirous, la pubertad de las niñas de Garabandal, los éxtasis de santa Teresa durante su convalecencia en Becedas, la mente primitiva y sin desarrollar, precariamente alimentada, de los niños pastores de Fátima (dos de ellos, por cierto, enfermos y muertos precozmente), la estulticia de san José de Copertino, reconocida por todos sus superiores. En todos los casos, o en un abrumador porcentaje de ellos, eso que podría llamarse tara, defecto, enfermedad o herencia surge como detonante —demasiadas veces ignorado— del contacto con la otra cara de la realidad, con la aparición, con el milagro prodigioso.

•••

#### *Dos grados de la manipulación*

En un primer momento del reconocimiento de esta circunstancia, surge la sospecha de que toda esa caterva de visiones, éxtasis, mensajes e histerias no son más que alucinaciones de mentes enfermas y de cuerpos disminuidos. Admitiendo que a veces sí es así, no nos damos cuenta de que *eso* no basta en modo alguno para definir unos hechos que se producen ahí mismo, con toda una sobrecarga de irracionalidad imposible de explicar, pero también imposible de achacar de modo simplista a la pura alucinación.

Porque resulta, en el caso de las apariciones al menos, que nunca es suficiente la circunstancia de los sujetos más o menos afectados por eso que he dado en llamar —con perdón siempre— taras. Ese elemento no es más que uno de los facto-

res, entre otros muchos que podemos catalogar —lugar, momento histórico, oportunidad colectiva, instante socio-cultural, circunstancia religiosa— y otros que permanecen ignorados y que, de ser conocidos, nos permitirían clasificar y definir lógicamente unos fenómenos que, si algo tienen de común, es en primer lugar su absoluta falta de adecuación con la fenomenología racional, y en segundo término su manipulación por parte de los grupos dominantes de presión religiosa, que tratan (y a menudo lo consiguen) de adjudicarse los motivos y apellidarlos con arreglo a las coordenadas de su particular teogonía salvífica.

Sin embargo esta manipulación, con ser tremendamente significativa, es secundaria. Y conviene que no lo olvidemos. En cierto modo, podríamos llamarla la manipulación de la manipulación, porque sólo trata de aprovechar la circunstancia para poner nombres y apellidos con los que tratará de hacerse cargo exclusivo del prodigio para que coincida con las premisas trascendentes que conforman su propia teoría de la dependencia humana: salvación para quienes están con ellos y les acaten, condenación eterna para quienes se opongan o pretendan ignorarles.

Por encima de esa manipulación está la otra, la que llega desde una realidad que se opone a todo intento de catalogación, racional o espiritual; la que afecta, sin definiciones válidas, a todo el género humano, sea cual sea su circunstancia social, religiosa, política, histórica o, simplemente, humana.

#### *Un espacio concreto, inmutable, preciso*

Aun a conciencia de que siempre desconoceremos el factor decisivo que desencadena el fenómeno trascendente o ultradimensional de las apariciones y los cultos, cabe que, cuando menos, tratemos de analizar los que se nos evidencian, o siquiera la apariencia que adoptan para hacérsenos patentes. Y dentro de esas cualidades parece claro que *el lugar* es un desencadenante del prodigio.

La tradición religiosa popular occidental está repleta de recuerdos de imágenes de santos y vírgenes —santos sospechosos en general y no menos sospechosas vírgenes negras— que, a su modo, *exigieron* que se les levantara su santuario en un espacio concreto. Se cuenta eso de la virgen de Guadalupe

(Cáceres), de la de la Balma (Castellón) y de tantas otras que sólo enumerarlas aburriría. En todos los casos hay un encuentro de la imagen en un lugar concreto: cueva, hueco de árbol, zarza o losa, tanto da. Hay igualmente un intento de las autoridades civiles y religiosas de llevarse la imagen a la localidad cercana para instalarla con todos los honores en la parroquia. Entonces sucede un prodigio que admite variantes: o la imagen regresa sola por la noche al lugar donde fue encontrada sin que nadie contribuya en apariencia a su traslado, o bien se niega a ser trasladada aumentando su peso de tal modo que resulta imposible subirla a la carreta que le destinaban; o bien los animales uncidos a esa carreta se niegan milagrosamente a dar un paso con la imagen encima. Consecuencia: se levanta el santuario en el sitio exacto donde tuvo lugar el encuentro.

En ocasiones, cosas parecidas tienen lugar también con determinados santos. El san Marcos venerado en la parroquia de Corcubión (Finisterre, Coruña), iba al parecer en un barco veneciano que quedó encallado en las arenas de la ría hasta que, no se sabe bien por qué, sus tripulantes consintieron en dejarle allí. Por su parte, san Fausto, que era del pueblo de Alguaire (en Lérida), dejó dicho que, al morir, subieran su cuerpo a un caballo y le dejaran donde el rocín decidiera; el caballo atravesó nada menos que Aragón y Navarra, y, al llegar a las cercanías de Bujanda (Álava), cayó tres veces, como avisando (y dicen que se ven las huellas de las herraduras en los tres lugares donde fue a caer), y murió desfallecido en la entrada de la aldea, donde dejaron el cuerpo del santo, que todavía puede verse, momificado, en la iglesia parroquial.

#### *Aquí y en ningún otro lugar*

La crónica piadosa de las apariciones marianas tiene las mismas características o, al menos, los mismos resultados. Siempre, la virgen de la aparición comunica a sus pupilos su ferviente deseo de que se le levante un santuario en el lugar preciso de su presencia. El problema estriba en que al ser esos lugares, en general, de dominio espiritual católico, el deseo de la aparición tiene que pasar por el consentimiento de las autoridades eclesiásticas, las cuales jugarán previamente con toda una serie de supuestas pruebas que, en apariencia, habrán de autenticar la ortodoxia (?) del prodigio. Hay casos,

como Fátima, Lourdes o La Salette, en los que la Iglesia se convenció rápidamente de la verdad de sus milagros. Con las mismas o parecidas pruebas, con testigos al parecer suficientes para llenar trenes enteros, Garabandal o el Palmar de Troya —por citar ejemplos inmediatos y recientes— no han obtenido el *placet* vaticano. El porqué supongo que queda en los límites de la que anteriormente denominaba manipulación secundaria.

Pero no importa. Para el pueblo, o para determinados sectores religiosos, unos ya existentes, otros formados a la sombra de la misma aparición, lo vivido o lo sentido o lo visto allí es suficiente para que se despierte, de modo activo, la devoción masiva. Garabandal sigue atrayendo masas de fieles dispuestos a sentir la presencia de las apariciones que nadie más que las niñas mediúmnicas han contemplado. Y la devoción ortodoxa se va desviando, al menos en ciertos sectores, hacia la otra devoción propia de nuestro específico contexto cultural: el fenómeno OVNI. Lo que la Iglesia cristiana rechazó —a pesar de audiencias especiales del papa Pablo VI a las niñas del prodigio y a pesar del impacto que las apariciones causaron en el mundo católico— lo recogió la nueva religión tecnológica sin apenas transformación.

El Palmar de Troya, por su parte, se ha convertido en núcleo religioso de una secta ultracatólica e integrista que ha proclamado —precisamente allí— su independencia de unos poderes vaticanos supuestamente vendidos al marxismo y ha emprendido el levantamiento del santuario en el preciso enclave que designó la aparición y confirmaron los presuntos prodigios.

#### *Apunte para una razón de la sinrazón*

Si repasamos los testimonios de los seres que han servido de intermediarios a las apariciones, observaremos que hay una insistencia —constante y hasta a menudo machacona— en mensajes en los que, fundamentalmente, se habla de arrepentimientos, de penitencias, de sacrificios y de consuelo a los que sufren. Hay, pues, una constante que merece tomarse muy en cuenta: *el dolor*. Cualquiera que haya pasado por el santuario de Lourdes o por Fátima habrá tenido la ocasión de contemplar escenas de máximo dolor y de increíble maso-

quisimo. Los trenes a Lourdes son trenes en los que se ha concentrado, fundamentalmente, el dolor de los desahuciados, de los desesperados, de los que saben que sólo un milagro puede hacerles crecer la pierna cortada o desaparecer la metástasis tumoral incurable. Todos van al santuario con su dolor auestas, con su muerte temida auestas y cada cual con la conciencia, nunca expresada, de ser el agraciado de turno —porque no faltan los milagros de turno, para que la llama de la fe y de la esperanza se mantenga— en la gran lotería del sufrimiento, del prodigio. Piscinas repletas de enfermos llagados, empapándose unos a otros y empapando el agua con sus miserias, gritos en los que se mezcla el dolor y el arrepentimiento de supuestos pecados, filas interminables de carritos de inválidos, formaciones paramilitares de pustulosos hediendo su propia putrefacción, columnas de mancos, de ciegos, de jorobados, de parturientas. Un espectáculo, en fin, en el que parece reunirse *aposta* todo el dolor humano, donde parece concentrarse todo el sufrimiento en una plegaria masiva dirigida a lo fundamentalmente desconocido.

Porque se da el caso de que ese dolor esencial no viene únicamente de los enfermos. Atención, por favor: la aparición reclama también —y sobre todo— arrepentimiento y sacrificio. Yo he visto a hombres y mujeres descalzos, caminando sobre guijarros puntiagudos hacia el pinar de las apariciones de Garabandal. He visto manos desgarradas de gentes que se han prendido de los espinos para sangrar ante el lugar sagrado donde *saben* que se apareció Nuestra Señora. He visto —y he oído— brutales golpes de pecho de presuntos pecadores que no acierto a adivinar aún cómo pueden llegar a saber que han sido perdonados o al cabo de cuántos porrazos se producirá el perdón.

Atención, porque estamos de nuevo —una vez más a lo largo de la demasiado larga historia de las creencias impuestas— ante un rito esencialmente doloroso y masivo, consciente, asumido, consentido y precisamente *concentrado en un determinado espacio previamente designado y reclamado por la aparición*.

Me parece que, en cierto sentido, estamos empezando a alcanzar el fondo —o uno de los fondos— del misterio: el porqué de ciertas concentraciones masivas y dolorosas del fenómeno religioso de las apariciones.

Un hecho a tener en cuenta, que en más de una oportunidad he tenido ocasión de traer a colación, es el de la existencia de lugares mágicos que han mantenido sus cualidades, en muchos casos, desde la prehistoria hasta nuestros días. Se ha dicho que tales lugares son centros de poder, encrucijadas de corrientes telúricas, ombligos del mundo en los que se concentran determinadas energías cósmicas. Se ha afirmado con la misma insistencia (por parte de la ciencia racionalista) que se trata simplemente de enclaves elegidos al azar por los seres humanos y conservados atávicamente como núcleos religiosos, o (por parte de la heterodoxia esotérica) que son enclaves en los que determinados iniciados o seres especialmente sensitivos han captado las fuerzas profundas que rigen el universo.

No importa ahora seguir haciendo cábalas sobre la naturaleza de tales lugares. Nunca, creo, llegaríamos por medio de nuestros conocimientos a encontrar una explicación convincente a su existencia. Pero el hecho de que no la encontremos no significa en modo alguno que no exista. Simplemente, se trata de una explicación que cae fuera de nuestros planteamientos lógicos o científicos. Aceptémoslos, si queremos, tal como son y veamos cómo en ellos —alucinación o hecho consumado— se repite secularmente el fenómeno paranormal, el contacto consciente o intuitivo con la Otra Realidad, sea aparición virginal, presencia angélica, fenómeno OVNI, culto arcaico consecuente a prodigio perdido, o acumulación de heterodoxias metódicamente combatidas por los poderes espirituales y ocasionalmente aniquiladas a sangre y fuego.

Una evidencia es común a esos lugares: o siempre a lo largo del tiempo o en un determinado instante más o menos prolongado de la historia, han concentrado, en un espacio concreto, a una masa numerosa de *humanidad doliente*, llegada de muchos puntos diversos para exponer, lavar y proclamar sus máculas y para pedir, en medio del dolor, que le sean quitados los males del cuerpo y perdonados los males del espíritu.

Visitar aún hoy los que fueron, con toda probabilidad, los santuarios ibéricos más importantes del mundo antiguo, es toda una lección de continuidad histórico-religiosa. El de Castellar de Santisteban, en la provincia de Jaén, está formado por una enorme cárcava de la que, en su día, manaba una fuente que iba a verter sus aguas en el río vecino. Hasta hace no tantos años, los del pueblo vendían «muñecos» a buen precio a quien aparecía curioso por allí, buscando el recuerdo arqueológico. Los tales «muñecos» eran los exvotos de bronce que se habían acumulado en cantidades ingentes en el lecho del riachuelo, como hoy se acumulan en los muros de La Balma, en Fátima, o en cualquier otro santuario de fama reconocida o pretermitida: las piernas, los ojos, las manos, los oídos o los senos de cera ofrendados por quienes llegaron a aquellos pagos a impetrar los favores de la divinidad patrona o de la aparición reconocida. Esos exvotos de bronce, que hoy se acumulan a millares en los museos arqueológicos, nos dan cuenta de una humanidad heterogénea, compuesta por todas las castas y por todos los estamentos, que acudía al lugar sagrado en busca precisamente de consuelo o de curación a su dolor. Allí vemos imágenes de guerreros, de pastores, de jóvenes y de viejos, de parturientas, de campesinos, de carreteros, de sacerdotes, de seres simples que aparecen, en ocasiones, con las manos extendidas en oración petitoria, en ocasiones cojos o mancos, o señalándose el punto donde, seguramente, estaba implantado su mal.

Si damos un salto de un milenio al otro extremo de la Península y evocamos lo que, en su momento, fue Compostela y lo que fueron los caminos que conducían hasta allí, comprobaremos también que, en buena parte, el fenómeno del dolor masivo se repetía. Allí están los restos de los hospicios y de los lazaretos del camino, destinados a albergar a la masa de enfermos y de leprosos. Allí están las primeras crónicas, que nos hablan de penalidades sin cuento que tenían que sufrir los peregrinos y que, para muchos, constituían un acto de auténtica purificación. Ahí está, sin más, el recuerdo popular de los milagros, en los que surgen condenados, reos de muerte, enfermos del cuerpo y del alma que transitaban por la ruta en una marcha constante del sufrimiento a la esperanza. Porque, naturalmente, lo mismo que sucede hoy en los trenes de en-

fermos a Lourdes, nadie se lleva consigo sus dolores sin una esperanza, por remota que sea, de librarse de ellos. La fe, la oración, la penalidad sin cuento de un largo camino o de un corto trecho recorrido de rodillas o a rastras, o con los pies descalzos y llagados, sólo se compensa con una siquiera vaga convicción de que, al final, todo lo malo, lo doloroso, lo sangrante y lo purulento habrá de desaparecer.

*Traed con vosotros todo vuestro dolor y entregádmelo*

Lea quien lo desee los mensajes emitidos machaconamente por las apariciones y transmitidos por sus angelicales contactados: allí está claramente expresado todo. Que acudan los enfermos, los lisiados, los que sufren mal de cuerpo o de alma, porque en aquel lugar sagrado habrán de ser consolados. Y los enfermos y los lisiados, etcétera, acuden en masa y uno de cada diez mil, o cien mil, o uno de cada diez millones... sana milagrosamente, con todas las autentificaciones necesarias de una ciencia que, esa vez, se ha tropezado con la horma de su zapato, con lo auténticamente imposible, luego con lo básicamente milagroso. Un hombre con los huesos de una pierna hechos astillas desde diez años atrás, acude a Lourdes y sale con su pierna completamente restablecida. Científicos de toda solvencia (Alexis Carrel, por ejemplo) y escritores impregnados de racionalismo a la moda (Zola) se asombran y se rasgan las vestiduras ante un *show* cósmico con prodigio inexplicable incluido. Prodigio auténtico y autentificado, imposible de poner en cuarentena o de olvidarlo a beneficio de posibles inventarios.

Sin embargo, nadie parece caer en la reflexión de que, en aquel preciso lugar mágico o milagroso y para aquel presunto patrón divinal, importa mucho menos, infinitamente menos, esa curación aislada que la masa ingente de dolientes que nunca llegarán a curarse y habrán de regresar a su destino después de haber entregado su correspondiente ración de energía dolorosa. Naturalmente, las fuerzas vivas manipuladoras secundarias del cotarro, que han encontrado en esos santuarios milagreros un medio supletorio de acumulación de poder y de divisas, tienen preparada su respuesta para justificar esa discriminación: los designios divinos son inalcanzables; nadie puede juzgar la obra del Dios, sino aceptarla y

adorarle por ella. Se refocilan cuando sucede un nuevo prodigio y consuelan con palabras prefabricadas a quienes no tuvieron la suerte de aquel solitario que fue tocado por el favor celestial. Y, por otra parte, siempre hay espectáculos histéricos de pretendidas curaciones que contribuyen al mantenimiento de la llama sagrada.

Aquí hay algo que, aun no teniendo explicación lógica, si parece tener un sentido concreto, al margen de su esencial incomprendibilidad. A mí, al menos, se me plantea como un paralelo con la imagen del pescador que arroja unas pocas migas de pan seco en el remanso de un río. Los peces acuden en masa; unos pocos conseguirán efectivamente su migaja, pero *todos ellos* caerán en las redes y servirán de presa al pescador. ¿Quién sirve en este caso a quien? ¿Los peces que acuden ansiosos de un bocado exiguo que llega de su Más Allá —de fuera de las aguas que constituyen su hábitat— o el ser humano que abarca con su poder el agua y el aire —es un decir— y puede aprovecharse para beneficio propio e inmediato del deseo instintivo o de la necesidad de supervivencia de los pececillos?

## 10

### De cómo el pez grande vino a comerse al pez chico

#### *La escala dimensional de la evolución*

Si intentásemos establecer la sucesión evolutiva de los seres del cosmos a niveles de conciencia dimensional —y tendré que pedir excusas por lo que me temo que pueda parecer una definición muy poco ortodoxa—, deberíamos partir de una conciencia-punto, que correspondería, en líneas generales, al que llamamos mundo mineral. Una piedra o un grano de arena, o un objeto natural o artificial inorgánico, *está en un lugar* preciso, ocupa un espacio limitado y no puede desarrollar la energía necesaria para su autodesplazamiento. Si es que existe en este ser objeto algún tipo de conciencia —y no hay nada que impida pensar que la posee— esa conciencia estará constreñida al punto exacto de su ubicación. Es, pues, una conciencia que podríamos llamar *adimensional* (aunque, de hecho, sabemos que ocupa un espacio que contiene las tres dimensiones, si bien no podrá tener conciencia de ello).

El mundo vegetal crece y se desarrolla por sí mismo, nace y muere y crece, aunque tampoco tiene la capacidad de desplazarse. Su punto de referencia espacial está en su contacto con la tierra y, a partir de ella, su camino hacia arriba (tronco, ramas, hojas, flores) y hacia abajo (raíces). Su even-

tual conciencia sería la línea, es decir, la *unidimensionalidad*.

Avancemos la sospecha que le asaltará a más de un lector: no hay, de hecho, un límite estricto que sirva de frontera definida a los seres de la naturaleza. Del mismo modo, no existiría un punto en el que se pudiera afirmar taxativamente que, antes de él, sólo hay conciencia adimensional y, al otro lado, otra unidimensional (y así sucesivamente). Tomo voluntariamente *bloques enteros de conciencia* y pienso que cada cual podrá representarse, por su cuenta, esas zonas de nadie en las que se produce el paso de un tipo de conciencia al siguiente. Continuando, pues, con la escala iniciada, nos encontraremos ante los seres inferiores del reino animal, que tienen conciencia primaria de desplazamiento superficial, como podría tenerla un supuesto ser de *dos dimensiones*. Un gusano de seda tiene conciencia de la hoja de moral que devora y por la que se desplaza, pero ignora esencialmente los volúmenes. Sin embargo, ese mismo gusano, llegado al ápice de su evolución física, deja súbitamente de comer, se envuelve en la seda que él mismo segrega por centenares de metros, hasta formar un capullo, y muere materialmente, se pudre y se seca dentro de su caparazón para resucitar —pues se trata de una auténtica resurrección y hasta he sentido tentaciones de escribirla con letras mayúsculas— en una mariposa de vida precaria que, durante unas horas, es casi capaz de volar, de palpar los límites de una conciencia *tridimensional*.

Si continuamos analizando la conducta de los animales superiores (incluyendo ya en ellos desde insectos y crustáceos capaces de saltar o de volar hasta los simios antropoides), nos daremos cuenta de que, en ellos, como en la mariposa, hay ya una conciencia *tridimensional* que les permite captar instintivamente la altura, la profundidad o los contornos de su espacio vital, moverse entre ellos y mantenerlos como límite de captación.

Por su parte, el ser humano, en tanto que grado evolutivo inmediato, se mueve, lo mismo que los animales superiores, en un espacio que sus sentidos —nuestros cinco sentidos más ese sexto sentido mental del que hablan los orientales— dictan como tridimensional y que, por lo tanto, limita su percepción inmediata. Sin embargo, un grado superior de conciencia —llamémoslo su condición de animal racional— le lleva a intuir, aunque sea de modo primario, la dimensión inmediata, de la que en cierto modo se siente —nos sentimos tú y yo,

amigo racional— esclavo. Se trata del concepto del *tiempo*, de la dimensionalidad temporal que domina el curso de nuestra existencia y marca la pauta, tengamos o no conciencia clara de ella, de eso que denominamos nuestra trascendencia.

*Tú mi da'una cosa a mé, io ti dó una cosa a té*

Hace ya unos treinta años, cuando el movimiento llamado neorrealista convirtió a Italia en una potencia mundial en la industria cinematográfica, se realizó una película en color, *Carrusel napolitano*, tal vez la primera en aquel mundo latino de la segunda posguerra mundial, en la cual, en clave de espectáculo musical, surgían una vez más todas las lacras y los terribles avatares de un mundo que había aprendido algo —no mucho, por desgracia— de los centenares de millones de muertos que habían producido cuatro años de contienda.

En aquella película había un número —repito que se trataba de un film musical— en el que todos los componentes jugaban al toma y daca casi cósmico que patentizaba la mutua dependencia de los seres humanos: «Tú me das una cosa a mí, yo te doy una cosa a ti», decían, haciendo intercambio de las cosas más peregrinas que cabría imaginar en el mundo.

Viene a cuento aquel recuerdo —que para muchos será ya prehistórico— con la interdependencia que podríamos establecer y que, de hecho, existe ya en todos los seres que pueblan el cosmos. *Todo le sirve a alguien*. Nada hay que, de uno u otro modo, no sea útil a otro, que lo habrá de tomar a cambio de algo que él, a su vez, puede proporcionar a un tercero. El mundo, en este sentido, es un constante intercambio de necesidades y de hartazgos entre los entes que lo pueblan.

Los seres de conciencia unidimensional, el universo de los vegetales (dicho de modo amplio y necesariamente inexacto, sólo estructuralmente válido), se nutren del mundo adimensional de los minerales, extrayéndoles directamente las sustancias necesarias para cumplir su *función vital*.

Los animales primarios, por su parte, extraen su alimento principal de las plantas, que previamente han tomado de la tierra las sustancias nutricias. A su vez, los animales más evolucionados, lo mismo que los seres humanos, se alimentan indistintamente de materias vegetales y de otros animales, en una especie de síntesis alimentaria y vital que se hace progre-

sivamente complicada, en tanto que ha de nutrir órganos también progresivamente más evolucionados que hace que las funciones vitales exijan una mayor complejidad acorde con los estudios evolutivos de seres con necesidades de nutrición diversas, según los órganos que hayan de mantener. El mundo exige ese escalonamiento, del mismo modo que lo exigen todos los seres que lo componen, de tal modo que aquello que toman de los estadios inferiores de la evolución supone síntesis cada vez más complejas y, a su vez, hacen entrega de elementos todavía más complicadamente sintetizados a los que forman parte del escalón evolutivo inmediato. Con escasas variantes, que creo que sólo servirían para confirmar los hechos, así se establece la armonía de la naturaleza.

#### *El hombre en tanto que ser que se alimenta*

A medida que los seres de la naturaleza alcanzan grados superiores de conciencia, sus necesidades alimentarias se diversifican y, sobre todo, tienen que cubrir campos cada vez más amplios. Si, por ejemplo, a una planta le basta con sintetizar los alimentos que le proporciona la tierra y que toma del aire para crecer y echar hojas y ramas y frutos, a una oruga sedera le será necesario tomar de la hoja de la morera sustancias que no sólo le permitan alimentarse y crecer, sino también fabricar la seda que le dará la posibilidad de envolverse en el capullo del que habrá de salir la mariposa con toda su complejidad orgánica. Un mamífero, por su parte, necesitará que los alimentos ingeridos le den robustez de músculos y una vitalidad sanguínea que le permita regar un cerebro relativamente desarrollado, más toda una serie de vísceras con funciones tremendamente complejas y diversificadas.

El ser humano, por su parte, posee una capacidad de raciocinio supuestamente superior a la de cualquier animal. De hecho, el rasgo distintivo de la especie humana es precisamente la razón. Pues bien, esa capacidad debe también ser alimentada, porque todos sabemos que surgen cierto tipo de taras cerebrales que son ocasionadas por la carencia de sustancias concretas necesarias para esa particular y compleja función y para nada más. Pensemos igualmente que, en el caso del ser humano —lo mismo que en el de muchos otros animales y hasta en el de las plantas— la alimentación no se

lleva a cabo únicamente por la vía digestiva (directa, podríamos decir), sino por otros muchos caminos. Hay una alimentación producida por el sueño, por la respiración y hasta existen —aunque no siempre se practiquen— una alimentación *emocional* y una alimentación *intelectual*, cuya carencia puede también causar trastornos que afecten a la personalidad humana. Y créase que no lo digo como metáfora, sino que esas necesidades existen realmente como tales, como energías vitales que deben cubrirse y fomentarse, precisamente porque el ser humano, aunque muy a menudo de modo inconsciente, es un sujeto tan inserto en su propia evolución como pueda serlo el gusano de seda, y no podemos pensar en modo alguno que se ha alcanzado un límite evolutivo más allá del cual no podremos pasar. No sólo no es así, sino que esa evolución forma parte integrante de la naturaleza humana, del mismo modo —sólo que con mucha mayor complejidad— que forma parte de la naturaleza de los animales inferiores la utilización o la absorción de determinados alimentos que les permitirán la conservación de la especie en su lucha continua por sobrevivir a la selección natural. En líneas generales, el ser que mejor y más razonablemente atienda a sus necesidades vitales y alimentarias será siempre el que tenga mayores probabilidades de supervivencia y, por tanto, de evolución selectiva.

Vemos, pues, que cada especie —y el ser humano, en tanto que es especie, hace lo mismo— se alimenta de lo que le proporcionan las criaturas en estadio evolutivo inferior, usa sus energías y su capacidad primaria de síntesis de los alimentos naturales que, en estado puro, serían ya imposibles de asimilar, y muestra su nivel evolutivo por el uso que hace de su preponderancia sobre esos otros seres. Pero no deja de resultar curiosa esa dificultad progresiva en los procesos de asimilación; más que curiosa, significativa, puesto que se acentúa en razón directa con la complejidad orgánica de los seres a todos sus niveles y, naturalmente, al nivel mismo de su percepción o conciencia de la dimensionalidad, agudizada al máximo en el ser humano, que es el ser racional por excelencia.

### *Cualidades y dimensiones*

Partimos del hecho, universalmente admitido (a pesar de lo cual habría que someterlo a un análisis de certificación de

certeza) de que el ser humano se distingue precisamente por su cualidad de ser racional. La razón y sus consecuencias es lo que distingue, pues, a la humanidad.

Del mismo modo, cada estadio evolutivo de la naturaleza se distingue por una cualidad que, curiosamente, marcha paralela con el sentido de conciencia dimensional que antes especificábamos. De modo que la conciencia adimensional se corresponde con la cualidad de *la inercia*, la unidimensional con *el impulso*, la bidimensional con *el instinto* y la tridimensional con *la voluntad*. El ser humano, a cuestas con su conciencia cuatridimensional —por más errada e inexacta que tenga la concepción temporal— es el detentador de *la razón*. En esquema, la pauta evolutiva sería así:

<i>Especie</i>	<i>Conciencia dimensional</i>	<i>Cualidad</i>
minerales	adimensionalidad	inercia
vegetales	unidimensionalidad	impulso
animales i.	bidimensionalidad	instinto
animales s.	tridimensionalidad	voluntad
seres humanos	cuatridimensionalidad	razón
... ? ...	pentadimensionalidad	... ? ...

Partiendo, pues, del grado más evolucionado *racionalmente conocido* —el género humano, es decir, nosotros— cabe afirmar que cada grado sucesivo de evolución, cada especie, está en condiciones de dominar y de manipular a todas las que se encuentran en estadios inferiores. El vegetal domina al mineral (a la tierra) y se alimenta de él. Y así sucesivamente hasta el ser humano, que, provisto de su suprema arma mental (la razón en cuestión) domina, manipula y se aprovecha a todos los niveles de los seres que evolutivamente le anteceden. Este factor le confiere lógica (racional) conciencia de superioridad y le hace suponer, por medio de esa suprema arma que tiene consigo, que se encuentra en la cúspide del poder cósmico o, al menos, del poder planetario.

Pensemos un poco, aunque sea, de momento, al menos, para sacar soluciones aparentemente perogrullescas. ¿Por qué cada especie es vencida y manipulada por las que poseen la conciencia dimensional un grado al menos superior? Creo que

la respuesta es casi obvia: porque cada una de las *cualidades* inferiores *ignora* visceralmente a las que la siguen, aunque *sepa* que están ahí. Y, en consecuencia, no puede sustraerse conscientemente a su lógica agresión. Hablando en términos dimensionales —que son precisamente los que nos van a servir para captar en lo sucesivo la manipulación de la que somos nosotros mismos objeto— hemos de admitir que cada conciencia dimensional carece de las condiciones necesarias para captar el ataque y el dominio que se ejerce sobre ella desde otro plano dimensional.

Si imaginamos la conciencia del gusano (bidimensional) sólo capaz de entender a su manera la superficie sobre la que discurre su existencia, una agresión llegada desde *arriba* o desde *abajo* le encontrará inerte. Hagamos la prueba si queremos. Coloquemos a nuestra oruga sedera sobre su hoja de moral. Acerquemosle un palito desde el nivel de la superficie de la hoja; la oruga se moverá en dirección contraria. Sin embargo, si ese acercamiento lo efectuamos desde arriba, la oruga será incapaz de captarla y podremos atravesarlo sin que el pobre bicho llegue a saber nunca desde dónde le ha llegado la agresión y sin haber podido hacer absolutamente nada para evitarla o para defenderse de ella.

#### *La razón, ¿punto final?*

Hemos tomado tan a pecho nuestra supuesta cualidad de reyes del planeta que, echando mano de nuestra arma suprema —la consabida razón, esa Razón que hasta hicieron Diosa Suprema los *sans-culottes* de la Revolución Francesa—, y con la ayuda de todas las fuerzas de presión de que disponemos, nos hemos fabricado a nuestra imagen y semejanza toda una teoría del poder racional, de la que nos hemos constituido en cúspide, cima y corona. Y hemos sido tan orgullosos y nos hemos sentido tan satisfechos con nuestras posibilidades que, más allá de esa cúspide sobre la que nos hemos izado, sólo admitimos —y eso no siempre— a un Supremo Hacedor sobre el que descargamos todo aquello que cae fuera de nuestro entendimiento.

Claro que sucede también que, ocasionalmente —y por más creyentes que seamos o que nos hayan pretendido hacer a lo largo de nuestro ya prolongado proceso histórico—, sur-

gen fenómenos que, aunque resultan incomprensibles para nosotros, resultaría también ridículo y bochornoso adjudicárselos a esa divinidad suprema que nos hemos fabricado a nuestra imagen y semejanza. Y entonces nos encontramos, como dicen en los pueblos, con el culo al aire; totalmente desasistidos, incapaces de *racionalizar* los hechos que no tienen *razón* y sin la menor posibilidad de definirlos, es decir, de transformarlos o de dominarlos y hasta de defendernos de su agresión, cuando la hay. Por el contrario, son fenómenos que nos dominan a nosotros, que juegan a pidola con nuestra suprema *razón* y la enfangan y la inutilizan lo suficiente como para que empecemos a dudar de ella en tanto que cualidad suprema en la evolución natural de las especies.

La cosa viene a plantearse como un gran despropósito cósmico. ¿Creíamos que la *razón*, nuestra *razón*, lo podía absolutamente todo? ¡Pues toma irracionalidad a espaldas pudiendo con ella! ¿Nos imaginábamos la cúspide de una escala evolutiva sin más límite que nuestro Dios infantilmente infinito o nuestra no menos deificada *razón*? ¡Pues toma absurdos fenómenos que se rien de nosotros y en nuestras propias barbas y nos dejan inermes frente a una realidad que, deliberadamente, por orgullo supremo, habíamos tratado de borrar!

#### *Objetos (y conceptos) no identificados*

A lo largo de nuestra historia de seres racionales y pensantes, inventores de tecnología y presuntos soberanos del planeta, han estado surgiendo constantemente ante nuestras conciencias fenómenos que la *razón* ha sido incapaz de explicar, aunque, siguiendo un proceso lógico del pensamiento racional, ha tratado de encajar en determinadas coordenadas de nuestra mente cuadriculada. La necesidad de dar un cauce a los fenómenos evidentemente irracionales es la que, al fin y al cabo, ha obligado al ser humano a inventarse a Dios, pero el orgullo de sentirse propietario exclusivo de todo un planeta es lo que, por su parte, le ha inducido a establecer escalas serias de comunicación o estadios conscientes de relación con Él. El ser humano, con toda su aureola de racionalismo, se sentía en la misma cumbre que había fabricado y todo cuanto no entraba en los límites de su entorno racional se atribuía —o se sigue atribuyendo ocasionalmente— a la divinidad abstracta.

Y esa atribución dejaba al hombre *siempre* como dueño y señor —o como inquilino privilegiado— de su propio entorno. Dios absorberá lo que quede del ser humano después de la muerte; Dios —y sólo El— marcará los límites del comportamiento humano; Dios habrá sido el fabricante de la pirámide evolutiva de la que constituimos la cumbre y el que habrá colocado al hombre en su puesto inamovible.

En cuanto a todos los fenómenos que escapan a la clasificación racional y que surgen en nuestro entorno, que están ahí mismo y que no pueden negarse, identificarse ni catalogarse (y ni siquiera adjudicarse a la divinidad, porque son demasiado cotidianos, demasiado «de andar por casa» para adjudicárselos directamente), hemos optado por varios caminos, que se han sucedido a lo largo de la historia, según haya dominado en nuestra civilización racional el sentimiento de dependencia divina o la razón científica a ultranza, con todos los estadios intermedios por los que hemos atravesado.

La primera explicación, propia de estadios deístas o de épocas dominadas por la manipulación secundaria de los grupos de presión de origen o de extracción religiosa, viene a atribuir cualquier manifestación de fenómenos no identificados a *emanaciones* o a *enviados* del dios de turno: dioses menores, sefirots, santos o ángeles que proceden de la divinidad, que son «sus hijos» como nosotros somos «su obra», o sus enviados, que vienen como portavoces de sus advertencias y que —lógicamente— se presentan de manera prodigiosa e intangible, como corresponde a su categoría de origen divino.

A medida que la ciencia avanza en el discurrir de la historia, muchos fenómenos que anteriormente carecían de explicación racional ya la tienen. Consecuentemente, la cotización divina baja muchos enteros e incluso, en numerosas ocasiones, se ha de declarar en quiebra o, al menos, en suspensión de pagos. Una tormenta puede ser explicada y prevista, como puede explicarse —y dicen ya que preverse— un terremoto. Se sabe por qué una hierba (antes milagrosa) o un agua (antes sagrada) pueden curar determinados males. Se sabe por qué se producen fenómenos antes divinizados. Como consecuencia, surge una segunda explicación a cuanto aún continúa sin ser explicado. O debemos esperar, pues ya llegará en su día el momento de esa explicación, en cuanto la ciencia lo descubra, o se trata de alucinaciones que no son más que producto de mentes temporalmente (o perennemente) afectadas

por alguna conexión defectuosa en sus circuitos racionales.

La tercera solución viene, en cierta manera, de la transferencia del concepto divinal al mundo de la ciencia racionalista. Conociendo —mal, por supuesto— los avances científicos y presuponiendo —todavía peor— las perspectivas que aguardan a la ciencia en el futuro más o menos próximo que se nos avecina, un sector cada vez más numeroso de la humanidad se ha planteado la evidente existencia de *otras humanidades* en otros sistemas planetarios del Universo, suposición evidentemente lógica, que a estas alturas no admite duda ni suspicacias y que incluso los remisos del deísmo religioso a ultranza aceptan sin posibilidad de contraponer una negativa racional. A continuación, han adjudicado a tales humanidades un grado de avance *tecnológico-científico* ligeramente superior al nuestro (suponiendo siglos o milenios de desfase cultural y tratándose de sólo unos grados, a los que nosotros, sin duda, llegaremos —o llegarán nuestros científicos, o nuestras multinacionales manipuladoras— el día menos pensado) y nos las han traído a nuestro mundo, dispuestas en muchos casos (demasiados) a asumir el papel de unas divinidades abstractas y moribundas que ya no cotizan lo suficiente en la bolsa de la credibilidad o de la credulidad humana.

#### *Cada cosa en su sitio*

Todo menos admitir —porque para eso somos nosotros, la Humanidad, la cúspide de la evolución natural, o al menos eso nos hemos creído— que hay o que puede haber entidades que *viven* una conciencia dimensional superior a la nuestra y que, sin que nosotros tengamos la menor posibilidad de detectarlas (a menos que ellas consientan o provoquen la detección) conviven en nuestro mundo y con nosotros lo mismo que nosotros convivimos con las ovejas, los cerdos, las vacas o las orugas sederas. Y, para más exactitud, haciendo con nosotros exactamente las mismas cosas que nosotros hacemos con los animales o con los vegetales de los que nos servimos y nos *nutrimos*.

He dicho *nutrimos* y la palabra puede parecer incluso un poco o un mucho canibal o vampírica. Y no es que yo vaya ahora a negar que lo sea y rasgarme la túnica para afirmar que dije digo donde digo Diego. Nada de eso. He hablado de

nutrición y he querido expresar pecisamene eso: nutrición, canibalismo, alimento, comida, subsistencia, vitaminas y proteínas e hidratos de carbono... o la materia o la energía que puede servir de sustitutivo o de complemento nutricio a las entidades que, sin saberlo nosotros *racionalmente*, están ahí y nos manipulan, porque ése es su derecho dimensional y natural: el de manipularnos, exactamente lo mismo que nosotros —¡los amos del mundo no lo olvidemos!— estamos o nos consideramos en el derecho de devorar y dirigir y manipular a los seres de conciencia dimensional inferior.

Vamos a tratar de establecer un paralelismo hipotético a modo de ejemplo. Intentemos comprender *realmente* nuestra situación trasladando, lo mismo que hacíamos en la escuela, una determinada figura o una concreta función al plano *inmediatamente inferior*. Si logramos recordar cómo, en los problemas de geometría espacial, trasladábamos las figuras y los volúmenes a las hojas de papel —bidimensionales y planas—, podremos hacernos cargo y captar el problema que ahora se nos plantea. En el fondo, casi me parece mentira la evidencia de que todo en este mundo de conciencias y de dimensiones sea tan terriblemente simple, tan visceralmente captable. Pero lo cierto es —y esto lo supieron ya hace muchos siglos los heterodoxos matemáticos seguidores del místico de los números, Pitágoras— que el universo no es más que numerología. ¡Y pobre del científico que no sea capaz de comprenderlo y crea que domina lo que, en realidad, le está dominando a él e indicándole, por cifras y por líneas y superficies e incógnitas y volúmenes e integrales, lo que *es* realmente el Universo!

#### *El juego de la razón produce monstruos*

Nosotros somos, para el mundo de lo suprrracional, lo mismo que el mundo de los animales superiores para nosotros. Nosotros dominamos ese mundo con la razón, que supera al entendimiento de nuestras bestias, pero a nosotros se nos está dominando y se nos manipula mediante una suprrracionalidad —o irracionalidad, porque ese mundo no tiene nada de racional ni de razonable— que jamás podríamos ser capaces de comprender.

Si algo distingue a cualquiera de los hechos o de los fenómenos que llamamos malditos o fortianos es precisamente el

que, contra todo pensamiento racional, carecen de un porqué y, sobre todo, se encuentran absolutamente ajenos a nuestro fundamental concepto del dualismo, es decir, de la perspectiva racional por excelencia.

La razón, que nos caracteriza como seres pensantes, nos hace ver el mundo como un constante enfrentamiento de opuestos. Nos es imposible emitir juicios de valor si carecemos de la medida que nos comparará un hecho y nos los situará en esa tabla que tenemos establecida para todos los niveles vitales. Llamaremos mala a una cosa en tanto podamos compararla con la bondad de otra. Decimos de una cosa que es luminosa en tanto que nos la representamos como contraria a la oscuridad. Algo es amable por contraposición con lo que es odioso y algo es negro si no tiene nada de blanco o de color. Si vemos un lado del rostro de una persona no vemos el otro (salvo que seamos cubistas, pero ya volveremos sobre eso), y si decimos que algo está frío es porque sentimos su ausencia de calor.

En cambio, nos encontramos esencialmente inquietos y sin posibilidad alguna de reaccionar cuando surge algo que nos resulta imposible de catalogar en las perspectivas del dualismo. Fijémonos en el fenómeno OVNI, que es la muestra más palpable e inmediata con la que se nos presenta, cada vez con más insistencia, el universo de lo irracional. Nadie de los que se han ocupado del fenómeno, nadie de cuantos lo han vivido o lo han juzgado, han podido zafarse a una pregunta primaria que forma parte de nuestro mundo lógico y cuadrulado de la dualidad: ¿es el fenómeno OVNI bueno o malo para el ser humano? Si leemos a los investigadores o preguntamos a los testigos, seguro que todos, de un modo o de otro, tienen formada su idea y la defienden a capa y espada. Pero sucede que esa idea nunca es única; que las opiniones se dividen en un cincuenta por ciento. La mitad responde: es bueno; y la otra mitad jura que es algo malo, perverso, negativo y peligroso para la humanidad.

Los que afirman la bondad del fenómeno son quienes, de alguna manera, lo han deificado y le han transferido la fe religiosa perdida o apagada. Para ellos, el fenómeno OVNI es un sustituto de ese Dios que ha muerto a manos de la tecnología científica y, como tal, resume todo cuanto de bueno y deseable queda en las mentes respecto a ese concepto del Paraíso Perdido que fue el cielo, convertido por la astronomía en

simple y puro cosmos. Los OVNIS y quienes parecen ir dentro de ellos son criaturas enviadas desde un mundo esencialmente mejor y han llegado hasta nosotros para redimirnos de nuestros pecados, de nuestra incredulidad, de nuestra ciencia equivocada y de los peligros que nosotros mismos estamos provocando.

Los que se aferran a la maldad intrínseca del fenómeno, juzgan a través de animales extrañamente desangrados, de testimonios —ciertos— de mentes que se han dislocado definitivamente después de un contacto, de familias rotas tras una supuesta llamada extraterrestre. Pero, fundamentalmente, suponen malo el fenómeno precisamente a causa de su impenetrabilidad, de su constante juego con los parámetros racionales, de su negativa a ser explicado, catalogado, analizado y, en consecuencia, vencido.

*Ni bueno ni malo, sino todo lo contrario*

Fijémonos en un hecho que, a mi modo de ver, podría arrojar un poco de luz —aunque no fuera mucha— a la hora de enfrentarnos con la carencia de un encaje dualista de los hechos fortianos y, como resumen y ejemplo de todos ellos, del fenómeno OVNI en todas sus fases. ¿Nos hemos detenido alguna vez a pensar que nuestro concepto del bien y del mal, del amor y del odio, de lo izquierdoso y de lo derechista, *está referido siempre a nosotros* y jamás a la naturaleza y al resto de las especies que la componen? Cuando damos muerte a una res para comerla, o cuando arrancamos una lechuga para hacernos con ella una ensalada, no nos planteamos en modo alguno si somos buenos o malos *con* el cordero o *con* la hortaliza, sino que esas cosas son buenas *para* nosotros.

Siguiendo la misma vía de pensamiento, planteémonos el caso del rebaño de vacas o de cabras que cuidan nuestros pastores, tratando de llevarlo a los mejores pastos, haciendo que coman la mejor hierba y engorden. ¿Lo hacen acaso por altruismo? Si lo hiciera por eso el pastor —es decir, si confesase que su único afán era proporcionar felicidad a sus animales—, todos nosotros le tildaríamos de loco, de absurdo, de irracional, porque —diríamos— los seres inferiores a nosotros, en su totalidad, están ahí precisamente para servirnos o para que nosotros nos sirvamos de ellos. Lo tonto e ilógico sería dete-

neros a pensar en si obra mal el leñador con el árbol que abate a golpe de hacha, o el fabricante de seda con las mariposas que no dejará nacer, o el pescador dominguero que vuelve de su jornada con media docena de truchas en la cesta. Sólo pensamos en una eventual mala acción hacia los demás seres de la naturaleza *cuando esa acción no reporta provecho alguno a quien la lleva a cabo*. Sutil juicio de valor, porque estamos comprobando ya, día a día —y hoy ha llegado ya a constituir uno de los problemas fundamentales de nuestra supervivencia— que muchos de los actos que ha cometido y sigue cometiendo el ser humano en su supuesto beneficio y siguiendo sus necesidades inmediatas, están comprometiendo seriamente nuestro futuro y nuestra subsistencia. Pero no se trata de eso aquí y ahora, sino de que hemos conformado nuestra razón y nuestra moral (igualmente racional) a nuestro exclusivo beneficio.

Vamos ahora de nuevo con el fenómeno irracional, con la presencia entre nosotros de lo esencialmente falto de lógica y carente de razón. Ese fenómeno OVNI, ¿es bueno o malo, al margen de lo que opinen los testigos y los investigadores, los contactados y los curiosos?

Analicemos su comportamiento, al margen de juicios y al margen también de su radical inexplicabilidad. Ante todo, trasponiendo cuanto acabamos de apuntar respecto a nuestro propio concepto moral, tendríamos que prescindir de que se trate de un fenómeno bueno o malo para nosotros, del mismo modo que no nos planteamos si nosotros somos buenos o malos con respecto a las demás especies de la naturaleza. En todo caso (pero me imagino que sería demasiado pedir) tendríamos que preguntarnos o tratar de saber, dentro de lo posible y prescindiendo del pensamiento racional demasiado consciente, si se trata de un fenómeno o de un conjunto de fenómenos que llega desde planos dimensionales distintos y si, desde ellos, actúa sobre nuestra especie y sobre todas las demás y nos las manipula en su propio provecho, en la única manipulación ante la cual el ser humano tendría que conformarse irremisiblemente a ser sujeto pasivo.

Vamos a recordar de nuevo lo que comentaba anteriormente respecto a nuestra acción sobre la conciencia presuntamente bidimensional de la oruga. Decía que, si nos aproximamos a ella desde su propio plano de conciencia —la superficie de la hoja sobre la que vive— advertirá la presencia de un elemento extraño y presuntamente agresor, mientras que si la aproximamos desde arriba, sólo nos advertirá cuando estemos en su propio plano dimensional. Supongo, siguiendo con la misma experiencia, que si nos aproximamos a la oruga desde abajo y atravesamos la hoja sobre la que se encuentra, sólo captará nuestra presencia (o la presencia del objeto que hayamos empleado, rama, aguja o bisturi) cuando atravesemos ese plano ¡y en ningún otro instante distinto! E incluso entonces, sólo se dará cuenta de que allí hay *algo* e ignorará qué es y de dónde procede. Y, todavía más allá, ese agujero que eventualmente habremos perforado en su hoja no será tal agujero para la oruga, sino un espacio de *nada*, puesto que, presuntamente, carece de la capacidad de advertir los planos dimensionales, mientras que un agujero (para nosotros) supone que hay algo, al menos, debajo de él.

Observemos ahora el otro paralelismo que vamos a intentar dilucidar. Un OVNI o una formación entera de OVNI surge de nadie-sabe-dónde, incluso muchas veces —a los testigos me remito— de esa superficie del mar que ha hecho plantearse a tanta gente (incluso a gobiernos concretos, aunque nunca lo hayan hecho público oficialmente) que existen «bases submarinas» de esos presuntos ejércitos galácticos. Si recordamos el que fue en su día célebre caso del seminarista de Logroño, la entidad ufológica —o lo que fuera aquello— se presentó súbitamente en su cuarto, sin venir de parte alguna, y comenzó a manipular todos los aparatos —radio, tocadiscos y no recuerdo qué más, supongo que hasta el reloj— como siguiendo un juego del absurdo más sorprendente e inexplicable.

El fenómeno, pues, exactamente lo mismo que los fantasmas de la tradición de la novela gótica inglesa o las almas del Purgatorio del mito de don Juan, se filtran a través de la solidez de los muros materiales y hasta parecen formarse en el cielo —podríamos decir, parecen *materializarse* a partir de la nada, del ningún-lugar— y, de la misma manera, se desinte-

gran en la nada, después de haber realizado acciones que —confesión de sabios científicos que a veces parecen convertirse en locos alucinados— no podrían jamás haberse realizado técnicamente, científicamente. O sea racional y lógicamente. O sea, también, que los OVNI's son capaces de romper todas las leyes establecidas a partir del comportamiento de los cuerpos físicos, de los cuerpos tridimensionales, que son los que estamos en disposición de apreciar, calibrar, juzgar, dominar y entender.

El fenómeno OVNI ha de plantearse, pues, contra todos los intentos que se han hecho y que se sigan haciendo, como una manifestación radicalmente incomprensible e inaprehensible, al menos desde una perspectiva física, corporal. Ni siquiera se ha podido establecer si tales objetos están compuestos por algún tipo de *materia*. Aparentan tenerla muchas veces, surgen a nuestra percepción como naves metálicas —o plásticas, vaya usted a saber—, brillantes, con luces muy determinadas, de colores, con unos movimientos precisos, aunque desafían las leyes físicas de la materia. Incluso han dejado y siguen dejando huellas en la tierra, precisas y concretas —huellas que, por otro lado, serían paralelas a las que nosotros dejaríamos sobre la hoja de la morera sobre la que discurre la vida de la oruga sedera—, pero falta siempre la prueba de su materialidad concreta. Y, al decir prueba, me estoy refiriendo al objeto concretísimo, al fragmento preciso, al pedazo o esquirola o resto *material* de cualquier tipo, a no ser las señales de combustión que surgen, tan a menudo, y que sólo afectan a la materialidad del objeto —plantas o tierra— consumido, quemado y destrozado.

No puedo evitar el recuerdo de algo que me decía una vez mi buen amigo Juanjo Benítez, investigador incansable y pateante empedernido del fenómeno, cuando un día me confesaba: «Mi mayor ilusión sería lanzarle un cantazo a un OVNI y escuchar el ¡clong! de la piedra sobre su superficie metálica. No necesitaría más pruebas de su existencia».

*Crear, no creo, pero haberlos, háylos*

Las palabras —no sé si las ha escrito alguna vez— de Juanjo Benítez son reveladoras de la radical inseguridad que provoca, en todos nosotros, la presencia sentida y nunca pro-

bada de los fenómenos supradimensionales. Porque va todo un mundo desde la seguridad de que esos fenómenos «están ahí» a la prueba —imposible— de su presencia.

En este sentido, sin embargo, yo me atrevería a sugerir una causa —tan irracional como el fenómeno mismo— que, en cierto modo, lo justifica, si no lo puede demostrar. Para mí, y en la mayoría de sus manifestaciones —y no sé si atreverme a decir que en *todas* sus manifestaciones—, el fenómeno es paralelo, al menos en síntesis o estructuralmente, a todos los demás fenómenos de tipo paranormal que se plantean en nuestro mundo de comprensiones parciales. Por supuesto, la presencia de OVNI es equivalente a la de las apariciones que analizábamos en páginas anteriores, con la diferencia de que, mientras éstas son asumidas por los grupos de presión religiosos que manipulan las creencias —y ese hecho de asumir el fenómeno puede tomarse (dualísticamente) en sentido positivo o negativo, según acepten o nieguen su eventual sacralidad—, el fenómeno OVNI está siendo acaparado por grupos de neocreylentes, que cifran su existencia en el hecho de aceptar la presencia de supuestos extraterrestres semidivinales —o totalmente divinizados— que llegan a la tierra con la misión específica de salvarnos de nosotros mismos y de nuestros evidentes y peligrosísimos errores, que pueden dar al traste con la ecología galáctica o con un equilibrio (supuestamente racional) establecido por las eventuales conciencias extraterrestres, mucho más avanzadas —tecnológicamente, claro— que nosotros.

Lo más curioso de este enredo es cómo, en un mundo dominado por la tecnología, que cifra el progreso —confundiéndolo por desgracia con la evolución— en los logros mecánicos de las grandes compañías multinacionales, que son la pauta de nuestra medida presuntamente evolutiva, y en sus equipos de investigación (recordemos y tengamos en cuenta las esperanzas absurdas de la informática, puestas como meta de nuestros próximos años), la mente de muchísimos seres humanos se desvía peligrosamente, asociando la presencia y hasta los presuntos mensajes del mundo supradimensional a humanoides tecnólogos que vienen de otros planetas a contarnos (y, naturalmente, a convencernos) de una superioridad mental y científica que nosotros tendríamos la obligación de deificar e incluso de adorar y convertir prácticamente en rito religioso, en acto mágico, en materialísima manipulación sal-

vifica proporcionada por quienes, supuestamente, llegan a este mundo para sacarnos de nuestros errores integrales y enseñarnos el camino de nuestra redención. Un camino que, en esencia, no difiere un ápice de aquel otro que les trazara un día Yavé a los israelitas mosaicos, cuando les lanzó a tumba abierta por el desierto del Sinaí para sufrir todas las penalidades posibles que el hombre-piara-ganado puede resistir a mayor gloria de su presunto dueño y salvador.

### *Pastores y ovejas*

Por mi parte, estoy absolutamente convencido de que no es gratuito, ni mucho menos, el paralelismo, simbólico en el Evangelio, del pastor y de las ovejas, del mismo modo que no es causal ni arbitrario el que yo mismo, líneas más arriba, haya colocado a los pastores como ejemplo de nuestra condición de «ganado» apto para servir a las supuestas o sospechadas necesidades de determinadas entidades supradimensionales que nos utilizan de un modo que a nosotros nos ha de resultar, esencial y visceralmente, inaprehensible, al menos mientras nos empeñemos en aferrarnos a nuestro racionalismo a ultranza y no seamos capaces, en tanto que especie, de reconocer nuestro puesto exacto en el orden establecido en el cosmos. (Naturalmente, me estoy refiriendo estrictamente a un puesto que *nosotros no hemos elegido*, sino que, en cierto modo, nos ha sido asignado. Y del mismo modo que la cabra o la oveja no han elegido libremente su inserción en el contexto del rebaño, pero tienen que aceptarla, porque hay una entidad —el pastor— que las manipula irremisiblemente y al que tienen que obedecer, en persona o a través de sus ayudantes los perros, así nosotros hemos de asumir nuestro papel de ganado alimentario de conciencias situadas dimensionalmente por encima de nosotros.)

Atención, porque creo que es importante señalar que todas estas apreciaciones son meramente objetivas. Quiero decir que atañen a la humanidad como masa y sólo en tanto que tal humanidad no adquiera conciencia clara y definida de que existe efectivamente una auténtica —y no meramente supuesta— evolución, a la que cósmicamente tiene todo el derecho de acceder. Pensemos que el ser humano, desde el hombre de Pekin o el australopiteco de hace dos o tres millones de

años, ha pasado efectivamente del estadio evolutivo que hoy adjudicamos, con muy pocas variantes, a los animales superiores —con una conciencia dimensional caracterizada únicamente por el predominio de la voluntad— y que llegó a la conciencia racional definida como propia de la humanidad tras una síntesis de la evolución natural de la especie: de todas las especies. Hoy, ese mismo hombre se cree señor absoluto del planeta. Pues bien, pensemos que esa evolución existe, que es un hecho y que tenemos derecho a ella, en tanto que seres naturales que formamos parte de un Universo en expansión (o sea, en evolución). Sólo fuerzas muy determinadas, que nosotros mismos podríamos alcanzar si no nos vence la manipulación cósmica, pueden oponerse a que esos estadios evolutivos sean una realidad alcanzable.

¿Por qué?

Por un motivo que podríamos comprender claramente si fuéramos capaces de transferir, una vez más, el problema planteado sobre la conciencia bidimensional. Pensemos en el pastor una vez más: ¿consentiría en que sus ovejas, sus cabras, sus vacas o sus cerdos comenzasen a expresar su deseo de libertad y de independencia, y se negasen a obedecer sus órdenes o las órdenes secundarias de los perros? ¿Comprendería acaso que esos seres tienen derecho (cósmico derecho, si queremos) a elegir el momento, la circunstancia y el lugar de su propia evolución hacia estados de conciencia superiores?

Supongo yo que en todo el universo existe una ley de estabibilización (digo si será dimensional), que induce a sus entidades a intentar en su momento la propia superación, pero sin permitir que las entidades inmediatamente inferiores tengan acceso al estadio que lógicamente, con su paso, quedaría vacío. Supongo también —y la experiencia humana viene a demostrarlo en cierto modo— que ese paso evolutivo no se produce de modo total, ni siquiera masivo. Y que es absolutamente necesario que una minoría abra lentamente el camino, antes de que, poco a poco, a lo largo posiblemente de unos cuantos miles de años, el resto de los componentes de la familia con conciencia dimensional común alcance el siguiente escalón evolutivo.

¿Cómo se comporta la entidad llamada OVNI o, en general, el fenómeno paranormal en su más amplio sentido, con respecto a la posible evolución humana y a los intentos más o menos conscientes del hombre por alcanzarla?

Distingamos, ante todo, la evidente diferencia que existe entre el concepto que tenemos de avance cultural y el auténtico sentido de lo que llamamos evolución, y esto aunque ambos términos hayan sido demasiado a menudo confundidos y, consecuentemente, tergiversados. El avance cultural, en términos generales, es una radical y constante afirmación de las coordenadas científicas, por las que el ser humano se mueve en tanto que conciencia racional y razonante. La cultura es sólo afirmación teórica de un racionalismo que confirma al ente humano en sus esquemas lógicos y en la sublimación —nunca negativa— del mundo sensorial sobre el que se basan los parámetros de la conciencia racionalista.

La evolución supone, de hecho, el salto del ser humano hacia estratos más reales del entendimiento integral; hacia la superación, en fin, de ese racionalismo que caracteriza al hombre como especie, para el que ni siquiera nos hemos preocupado de buscar un nombre apropiado, pero que supone la liberación de las percepciones sensoriales y la comprensión del universo a partir de otras fuentes superiores de conciencia.

Quiero decir con estas distinciones que, en su raíz, nada tiene que ver (o, al menos, no tiene por qué tener la menor relación) la altura cultural con el grado de evolución real que pueda alcanzar un individuo o un grupo humano determinado. Un gran científico racionalista puede encontrarse en un estadio evolutivo infinitamente inferior, como ente consciente, al de un bonzo de un monasterio japonés o un anacoreta copto, que tal vez ni siquiera sepan escribir su propio nombre. Lo cual no impide que, en términos generales, una conciencia culturalmente desarrollada esté en mejores condiciones para emprender el camino hacia el siguiente peldaño evolutivo que un cerebro obtuso o insuficientemente preparado en las lides intelectuales.

A partir de esta afirmación, en cualquier caso, tendremos que sacar la conclusión de que, no teniendo nada específico en común la vía evolutiva del ser humano con la altura cultural alcanzada a niveles personales, de grupo o de área económica, social o étnica, esas áreas serán tratadas a distintos niveles de manipulación por las entidades que esa manipulación dimensional adopta según los sujetos culturales sobre los que

haya de actuar o los grupos sociológicos en los que tenga que influir.

### *Estructura manipuladora del fenómeno de las apariciones*

Las llamadas apariciones constituyen, seguramente, el nivel más inmediato de manipulación dimensional que se ejerce sobre el individuo humano a niveles culturales. Y no me refiero únicamente a las que, con plácemes o rechazos de los poderes religiosos establecidos, se manifiestan como contactos divinales de raíz cristiana o de cualquier otro credo, sino a aquellas otras que surgen como presencia de entidades supuestamente extraterrestres que vienen, lo mismo que las vírgenes y los arcángeles, como aparentes portadoras de mensajes de salvación.

En todos los casos se da, por parte de los sujetos receptores, un grado precario de cultura. Suele tratarse de analfabetos, jóvenes pueblerinos de escuela primaria o parroquial —catecismo, palo y tentetieso— o seres con escaso grado de formación que, curiosamente, parecen adquirir un baño de cultura después del contacto. En todos estos seres se da igualmente una enorme dosis de credulidad, que se manifiesta inmediatamente, sin dudas y sin ningún tipo de planteamiento crítico. La aparición es asumida en su aparente realidad desde el primer instante y sus mensajes son transmitidos en cuanto comienzan a revelarse. Las órdenes —porque siempre hay órdenes e incluso, en muchos casos, órdenes que no admiten réplica— se aceptan sin rechistar y sin poner en duda su autenticidad, y del mismo modo se reemiten a todos cuantos quieran oírlos, presuntamente el mundo entero, aunque su influencia sea generalmente restringida.

Por parte de la entidad contactante, hay diversos niveles de acercamiento, que suelen darse de modo sucesivo y en un orden perfectamente establecido de antemano. Surge, en primer lugar, una presentación de credenciales: yo soy Tal. La tarjeta de identidad está avalada por el mismo modo de presentarse y por el grado de manipulación secundaria del receptor. Al creyente se presentará como celestial, al no creyente —racionalista ateo, a su modo— como entidad extraterrestre. Y hasta el disfraz irá acorde con el *show* representado.

El segundo paso vendrá dado por una manifiesta preocu-

pación ante el estado en que se encuentra el planeta. Y, en general, esa preocupación vendrá a responder a la preocupación presente en el inconsciente colectivo de los individuos. Ahí entra de lleno el mensaje antibolchevique de Fátima o la profunda preocupación por el avance del peligro nuclear en los extraterrestres.

Tercer paso: la entidad viene a resolver este caos político, bélico, prebélico, o simplemente tecnológico, que puede terminar con la vida del hombre sobre la tierra (o con la fe ciega en los valores religiosos reconocidos, que viene a ser lo mismo: muerte del cuerpo, muerte del alma). Mas para que la misión obtenga resultados satisfactorios, los seres humanos tienen que colaborar intensamente. ¿Cómo? Volviendo a las costumbres *buenas*, a las creencias *convenientes*, a la oración *positiva*, al sacrificio redentor, rechazando de plano al mismo tiempo los *malos* sistemas políticos, las *nefastas* teorías racionalistas y los *negativos* pensamientos que apartan de las viejas y sanas creencias. Es decir, que se trata de meter en los seres humanos la idea del moralismo dualista a todos los niveles, hacerles ver que existe algo muy malo que se contrapone a lo esencialmente bueno, que es lo que se debe mantener a toda costa. Hay que promover *amor* frente al *odio*, hay que aprender a distinguir (o hay que mantener, cueste lo que cueste) el valor de los contrarios; sostener, fomentar, conservar y defender unos principios esencialmente dualistas que son, no lo olvidemos, la base misma de la realidad sensorial propia del grado evolutivo que hemos recalcado al principio como propio e inherente a la conciencia tridimensional del ser humano.

Sólo entonces se emprende el cuarto paso: llevar a la práctica la supuesta *redención* del género humano. Las órdenes son entonces tajantes. Hay que *sufrir* por los demás, hay que *sacrificarse*, hay que lanzar plegarias a coro (y mejor cuanto más numeroso y heterogéneo sea ese coro), hay que convertir el lugar preciso de la aparición en un auténtico *ombiligo del mundo*, en el que se concentren al máximo las energías de toda una humanidad que clame al unísono por la salvación redentora (espiritual y física). Unos prodigios sabiamente dosificados y ciertos, como los que ya comentábamos, bastarán para mantener, durante el tiempo que haga falta, la concentración masiva de un conjunto humano que se dará cita allí del mismo modo—y no es metáfora gratuita— que las ovejas se concentran a su hora y bajo las órdenes del pastor, en el redil o en el aprisco.

Hay, pues, en este asunto de las apariciones, una doble vertiente que no debemos pasar por alto. Por un lado, se *condiciona* a los fieles —y doy a la palabra su sentido más amplio— para el mantenimiento a ultranza de los principios del dualismo propios de la conciencia dimensional del género humano, es decir, para el mantenimiento a ultranza del status de dependencia frente a cualquier deseo o cualquier intención de evolución. Por otro lado, se *provoca* una fortísima corriente de energía colectiva —enfermos, penitentes, disciplinantes y corifeos— en un centro presuntamente divinizado que parece apto, a juzgar por su secular implantación mágica, para canalizar esa energía hacia un destino que no podemos en modo alguno adivinar, pero que, sin duda alguna, resulta *útil* para alguien o para algo.

#### *Casos, modos y maneras del contacto personal*

Hace unos años se dio en Gran Canaria un caso que no es seguramente único, pero que tuvo un resultado que resume, por su carácter violento, otros muchos que tienen consecuencias menos espectaculares. Fue la historia de dos muchachos de poco más de quince años que, desde tiempo atrás, aseguraban mantener contactos con entidades extraterrestres mentoras por medio de la ouijá. En el verano de 1979, los mensajes se hicieron progresivamente esperanzadores para ambos, porque anunciaban la inmediatez de un posible contacto personal con los presuntos maestros. Un día, la ouijá concretó una cita en uno de los parajes más solitarios y desolados del noroeste de la isla. Allí acudieron los dos chicos en un día tórrido de agosto, recorrieron bajo el sol kilómetros de tierra calcinada sin que llegara a producirse el esperado contacto, hasta que uno de ellos, ya entrada la tarde, comenzó a sentir serios trastornos que, ya anochecido, le obligaron a pedir a su compañero que fuera a buscar ayuda, porque él no podía siquiera moverse. El pueblo más cercano, San Nicolás, quedaba a unos quince kilómetros, lo cual supuso tres horas largas de camino hasta llegar a él. Ya de madrugada, el chico regresó con un médico y algunos vecinos donde se encontraba su compañero. No encontraron de él más que un montón de despojos carbonizados, que la guardia civil tuvo que recoger con palas, porque se deshacían al menor contacto. El forense dictaminó muerte por insolación aguda y el

muchacho superviviente pasó, al poco tiempo, a un hospital psiquiátrico.

He dado cuenta de un caso límite, en el que lo trágico sustituyó a toda una serie de características dramáticas que, rozando alternativamente lo mágico y lo —aparentemente— lógico, lo serio y el chiste, el sainete y el teatro del absurdo, conforman todo un mundo de contactos en el que se dan visitas a planetas desconocidos, aparición de cualidades paranormales, invitaciones a tortitas de maíz, curaciones inexplicables e ilógicas, redención de alcohólicos y de drogadictos, profecías que nunca o muy pocas veces se cumplen, nombramiento de representantes galácticos en la tierra (que se convierten automáticamente en mesías creadores de nuevas sectas), rupturas de vínculos familiares, coitos intergalácticos, traslaciones prodigiosas, actos de vampirismo con bestias y personas, suicidios rituales y un montón de variantes que harían la lista interminable e inútil para cuantos siguen, más o menos de cerca, el proceso o la investigación de estos fenómenos.

¿Qué hay de común en todos estos contactos? Aparentemente, nada. En realidad, el absurdo esencial del hecho en sí mismo, la dependencia aparentemente voluntaria del contactado para el resto de sus días, como propagandista directo o indirecto de unas entidades que han surgido precisamente para que él las proclame y sirva de testigo de su existencia y de emisor de energías, que, como en las concentraciones masivas de fieles creyentes, pueden resultar *útiles*. Porque, sea cual sea la variante del contacto, existe fundamentalmente una emisión de emociones por parte del contactado, aunque sean mínimas y, en muchos casos, inconscientes. Pero hay, sobre todo, una creación o un intento de creación de cierto *ambiente general*, que tiende a implantar en las conciencias que lo captan el convencimiento —o eventualmente la prueba— de que hay algo o alguien muy por encima de ellos, algo que deben tener en cuenta para siempre, como entidad superior que domina irremisiblemente al ser humano, física y psíquicamente, más allá de su voluntad. Algo o alguien que puede hacer de ese ser humano en cuestión lo que le venga en gana en cuanto quiera o en cuanto ese ser humano se desmande e intente ejercer libremente su propia voluntad. Algo o alguien que, además de todo eso, resulta inaprehensible, incomprendible e imprevisible, tres factores fundamentales de dependencia que dan al hombre la misma inseguridad en sus propias posibilidades evolutivas que la que procede de un dios

arbitrario premiado de *sus* buenos y castigador de *sus* malos, en épocas de predominio de fe y de poder religiosos. Aquí se trata también de fe, tan fuerte y tan fanática como la otra, pero la diferencia estriba, aparte las presuntas *pruebas*, en que el objeto de la fe no es ningún espíritu intangible, sino unas entidades que se patentizan como poseedoras de un grado sumo de conocimiento y de poder emanado de un aparente y colosal e incompresible avance en el campo de una tecnología científica imposible de asimilar.

En estos casos, aparte dramatismos absurdos y crueldades en apariencia gratuitas, cabe destacar que los contactados son, por regla general, gentes de inteligencia media, de estudios medios y, bien por su personalidad o por la circunstancia personal anterior al contacto (el ejemplo de alcohólicos o drogadictos redimidos), seres con una cierta merma en su capacidad de discernimiento personal. En estos casos, el choque del contacto directo y dramático, eminentemente emocional, tiene efectos prolongados y, aunque no tenga como consecuencia una concentración de seguidores histéricos o dolientes (los mesías contactados suelen reunir en torno suyo grupos relativamente reducidos, pero profundamente fieles y convencidos), el efecto consecuente del contacto marca, lo sepan ellos o no, todos los actos de la existencia.

#### *Los sembradores de inquietud*

Si cualquiera de estos contactos citados en el apartado anterior llega ante una mente científica clara y fría, la sensación que produce es la de un ser que o bien ha tenido alucinaciones, o ha fabricado, con ánimo de llamar la atención, todos los elementos de su historia, o intenta justificar una actitud o unas determinadas cualidades personales forjándose un entorno mítico particular. Incluso cabe pensar que si esa mente analítica y fríamente científica se tropezase en un momento de su vida con un intento de contacto como los que relatábamos, lo rechazaría como alucinación momentánea y simplemente interna que habría que evitar a toda costa.

Para estos casos, la manipulación irracional adopta métodos muy distintos. Uno de ellos, que ya está extendiéndose de modo alarmante, aunque sus protagonistas suelen guardar silencio por temor a perder el crédito científico de que gozan, se ejerce

sobre los investigadores que acceden a estudiar el comportamiento de los contactados del grado anteriormente descrito. Estos científicos comienzan a encontrar extrañas y presuntamente lógicas relaciones de causa a efecto, constatan que los contactos guardan en su inconsciente toda una serie de experiencias y de datos que no salieron a la luz en sus declaraciones aparentemente alucinadas. Comprueban que se dan coincidencias no tan absurdas, que hay un encadenamiento de hechos que, aun dentro de su contexto esencialmente ilógico, guarda indudables raíces de verosimilitud y, sobre todo, de sinceridad y de experiencia «sin trampa ni cartón». Y esos hechos, si bien no les afectan (al menos en apariencia) hasta el punto de proclamar sin más la presencia entre nosotros de los «poderosos extraterrestres», les colocan en un estadio de conciencia inquieta y expectante, propicia al fin y al cabo para que, en un instante dado, puedan entregarse de lleno a la convicción de que hay, efectivamente, unas entidades que pueden dominarnos y a cuya voluntad o conocimiento o poderes no hay más solución que plegarse. Dejarse manipular, a la postre.

El otro método, paralelo en cierto modo al que acabo de exponer, sólo que todavía sin cobayas contactados que sirvan (como los niños de las apariciones) de receptores-emisores, es el de los contactos «oficiales», representados fundamentalmente por un caso conocido ya a nivel internacional como *el asunto Ummo*.

En líneas generales, puesto que un conocimiento más profundo del caso puede encontrarse ya publicado en varios libros, se trata de una serie limitada de intelectuales, artistas, científicos y hombres de letras, todos ellos serios y con un prestigio indudable en círculos que no pueden dudar de su palabra, que reciben periódicamente comunicaciones escritas, llegadas desde los más distintos lugares, en las que se les va dando cuenta de la existencia y de la presencia en la tierra y entre ellos de un grupo impreciso de personas *casi* humanas, procedentes de un lugar perfectamente localizable en el mapa celeste. Estos seres, no se sabe con exactitud con qué fines concretos (aunque, *oficialmente*, lo explican absolutamente todo), cuentan la historia de su llegada, las circunstancias de su permanencia entre nosotros, sus conocimientos, sus creencias y hasta su estructura fisiológica y vital. Narran su cosmogonía y su teogonía, su nivel de civilización, el sistema sociopolítico por el que se rigen presuntamente, sus relaciones, sus apuros entre los humanos para

no delatarse, su aspecto físico, su idioma (que emplean a menudo, hasta el punto de que ya casi podría confeccionarse una gramática ummita), su sistema numérico y métrico, los principios científicos y tecnológicos de sus naves espaciales e incluso —aunque de un modo un tanto criptico— su manera de actuar y sus métodos para establecer relación con los seres humanos de la tierra. Muy probablemente olvido algo —tal vez sus relaciones con otros seres de la galaxia— pero, en líneas generales, eso es todo y sólo queda adentrarse en los mensajes para comprobar en lo posible qué revelan, más allá de lo que los presuntos ummitas han intentado contar. Así vemos:

- a) una estricta e indudable coherencia *lógica* y tremendamente *racional*, sin cabos sueltos que pongan súbitamente sobre la pista de una eventual mentira que podría hacer que todo el sistema creado se tambalease;
- b) una muestra palpable —aparentemente al menos— e incontrovertible de que hay razas estraterrestres a las que nuestra ciencia y nuestra tecnología tardará probablemente siglos enteros en alcanzar.

Cada acto, cada interrogante, cada sospechado absurdo, cada una de las actitudes tiene respuesta para los presuntos ummitas, de tal modo que, sin apenas resquicios y basándose únicamente en las numerosas comunicaciones que llevan enviadas hasta la fecha —aunque hay temporadas de silencio—, se podría reconstruir, al menos en sus hitos principales, todo el proceso cultural, histórico, social e incluso psíquico de una raza humanoide de algún punto de la galaxia, que se ha colado de rondón en nuestro entorno para observarnos y —dicho con todo disimulo, evitando palabras directas y aprovechando incluso presuntas dificultades de expresión que dejan las cosas ligerisimamente nubladas— manipularnos, dominarnos, influir sobre nosotros y sobre nuestros esquemas vitales. Y ello a pesar de que los presuntos mensajes ummitas están haciendo constante alusión a sus intenciones manifiestas de no influir un ápice en los destinos de la humanidad terrestre.

### *La grieta*

El impacto ummita sobre los destinatarios de sus mensajes

es indudable. Y lógico. Nadie puede quedar indiferente ante ellos. Todo cuanto se deduce de esa ya numerosísima correspondencia es perfectamente coherente y, por si fuera poco, cuando científicos de toda solvencia —físicos, matemáticos o ingenieros— han sido requeridos para contrastar datos, fórmulas o sistemas expuestos en los mensajes, han corroborado, sin lugar a dudas razonables, que ese supuesto mundo tecnológicamente avanzadísimo sobre nuestros actuales logros científicos es perfectamente posible, que nada se opone a su existencia.

La pregunta, la duda, la sospecha visceral ante una trama epistolar tan perfectamente tejida surge, sin embargo, cuando nos planteamos una serie de preguntas que sólo tienen respuestas vagas o carecen simplemente de respuestas. (Porque, ante todo, hay que advertir que la comunicación con los presuntos ummitas es unilateral y que nadie —al menos que yo sepa— ha logrado establecer contacto con ellos por propia voluntad.)

Una pregunta: ¿por qué tanta proclama repetida de respeto a la independencia y el libre albedrío del género humano y, paralelamente, ese bombardeo de pruebas que nadie, en principio parece haber pedido?

Otra: ¿por qué tantas reticencias y tantas promesas de no inmiscuirse en nuestros asuntos y tantas rogativas a los destinatarios para que no se dejen influir por un supuesto sistema que, en realidad, está metiendo a tornillo en sus mentes, hasta el punto de que no hay uno solo de ellos —entre los que yo conozco, al menos— que no se conozca de memoria la vida y milagros (sí, dije milagros) de los ummitas y no los haya tomado como presunto ejemplo, o hasta como posible historia del futuro inmediato de la humanidad terrestre? (Una historia que, en líneas generales, no es *evolutiva*, naturalmente, sino de triunfo más o menos disimulado de ese racionalismo que a nosotros mismos nos está encarcelando dentro de nuestra misma conciencia dimensional. Y fijese quien esto lea cómo, en una de sus últimas misivas —última a la hora de redactar estas líneas— felicitan a los humanos por los últimos vuelos espaciales norteamericanos y olvidan, porque eso hay que olvidarlo, que suena mejor mentar otras cosas, los millones de seres humanos que se mueren de hambre mientras se dilapidan dólares y rublos en la carrera espacial.)

Y todavía unas preguntas más, dirigidas a todos mis ami-

gos que reciben periódicamente mensajes telefónicos y epistolares de Ummo (aunque sé que no han de hacerme caso): ¿por qué organizáis reuniones periódicas para intercambiar noticias y lucubraciones con ummíticos motivos? ¿No os dais cuenta de que eso —no entro en lo que *realmente* sea— está ejerciendo la más increíble manipulación de vuestra curiosidad, de vuestra dependencia, de vuestro interés —tan sano y objetivo como queráis verlo— hacia algo que os está extorsionando, dirigiendo inconscientemente vuestras vidas hacia donde le place, mientras os muestra una realidad que los investigadores convertís en libros, los periodistas en noticia y los artistas en obra de arte, «ad maiorem gloriam Ummi»?

Ummo —yo sólo lo llamaría componente número N de la gran manipulación cósmica a la que el ser humano está sometido desde los albores de la historia, del mismo modo que él ha sometido a las conciencias dimensionales inferiores— es una fuerza que actúa sobre un sector intelectual y culto de la sociedad humana a niveles propios de éste, del mismo modo que actúa sobre los niños de Fátima o del Palmar de Troya a sus correspondientes niveles mentales. Y tan inteligente es manipular así como tonto sería hacer llegar cartas metafísicas de Ummo a las niñas de Garabandal o hacer aparecerse a la Virgen María y al arcángel Miguel ante cualquiera de los actuales destinatarios de los mensajes ummitas.

Cada contacto se lleva a cabo, por parte de las conciencias manipuladoras, de acuerdo con las coordenadas mentales o culturales de sus víctimas (aunque las llamo víctimas en un sentido amplísimo), y de ese modo se alcanza un espectro excepcionalmente amplio de la sociedad recipiendaria. En el fondo, es el mismo método que el ser humano sigue con su ganado: no trata del mismo modo a los inquilinos de un corral de gallinas que a un rebaño de vacas, ni le damos el mismo alimento o administramos los mismos estímulos a un perro y a un loro. Cada especie, como cada estrato cultural en el género humano, necesita una estimulación muy determinada y distinta y específica, acorde con la personalidad y la conciencia de cada grupo genérico o cultural. Nosotros, los seres humanos, lo sabemos y del mismo modo hemos de presumir que lo saben (y cabe que incluso mucho mejor que nosotros) las entidades de conciencia dimensional inmediatamente superior, que se sirven de nosotros a su placer y hacen que les seamos útiles y que les sirvamos de alimento, tal como

nosotros buscamos la utilidad y el alimento en las especies que nos anteceden. Y, del mismo modo exactamente que no admitiríamos en modo alguno la rebelión de nuestros cerdos si pidieran la reivindicación y el derecho a abolir la festividad de san Martín —que, como todo el mundo sabe, es la fecha fija de ejecución masiva de puercos en los pueblos peninsulares—, tenemos que comprender que nuestros presuntos pastores traten a toda costa de impedir nuestro rechazo a la sumisión en la que necesitan mantenernos para dar sentido y razón a su propia, particular y desconocida —para nosotros— existencia.

La cuestión que ahora se plantea es si nosotros, efectivamente, debemos plegarnos a esa exigencia y permitir que todo siga exactamente igual como hasta ahora, sin tomarnos la oportunidad de acceder al grado de evolución al que —suyongoyo que lógicamente— tenemos derecho en tanto que conciencia cósmica.

